

BN  
733.47  
104

2

5

BN  
DIT  
U

**Tradiciones**

**y**

**Costumbres**

**Haitianas**

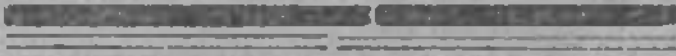
COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA





Administración

**“VODU”**





G.R.

BNP/IL  
PD-RV  
299.675  
P419J  
e2

# El Autor Publicará

ABR. 7 1972

## "TIERRA MIA"

*Novela histórica sobre las revoluciones de La Linea*

## "VIOLETTE HOUBIGANT"

*Novela*

## "CUENTOS DE MUERTOS"

*Cuentos Oriollos*

## "MERCEDÉS MILAGRO"

*Una novela de ambiente vegano*



SANTIAGO PEÑOLGUIN

**"V O D U"**

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA

Reg. No. 681127 e.1

Tip. LA PALABRA

LA VEGA R. D.

1940



21390

BND 10

---

ES PROPIEDAD DEL AUTOR. HA SIDO HECHO EL  
DEPOSITO DE EJEMPLARES INDICADOS POR LA LEY

---

21390



*Al*

CÓLECCION 7  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

*Generalísimo*

*Rafael L. Trujillo M.*

*Benefactor de la Patria*





# "VODU" HACE ETERNO EL RECUERDO DE:

Don Elías Brache V, Gobernador Provincial

Lcdo. Julio Espailat de la Mota.

Lcdo. Francisco José Alvarez A.

Lcdo. Rafael Rincón

Lcdo. Arturo Calventy

Lcdo. Carlos Grisolia Poloney

Sociedad "La Progresista"

Don Pablo Durán Rosario

Prof. Apolinar de la Rosa

Lcdo. José Pérez Nolasco

Don Américo de la Rosa

Don Bolívar Pereyra

Prof. Juan Miseses Reyes

Font Gamundy & Co. C por A

Sta. Casilda García Rivas

Doctor Joaquín Solís

Lcdo. José Díaz Valdespares

Don Blas A. Pezzotty

Don Francisco Antonio Saldivar

don mario concepción

Profra. Dolores Morilla Almanzar

Prof. Juan María Concepción

Don Vicente Garrido

don rubén suro

Don Francisco A. Ceara Valencia

Mr. Charles Sebastien

Prof Rafael Montaña  
Prof Ismael Sánchez  
don darío suro  
Don Emilio Ceara  
Don Arcedo Hernández  
Agrónomo Genaro Brito  
Don José Espinal  
Don Efraín Baez  
Doctor César Abreu  
Don Eriberto Saldivar  
Don José Solís  
Don Bienvenido Trinidad  
Doctor Francisco Archibaldo Pérez  
Don Luis Eduardo Joaq. Gómez  
Prof. Juan Pablo Holguín  
Don J. Arismendy Robiou

# a manera de prologo

---

No podía sustraerme a la aspiración más grande de mi vida: la de publicar un libro antes de los treinta años, teniendo ya escritos algunos que satisfacían ese deseo. Y, el primero de Febrero del año en curso, cinco años justo de llegar a Nabajón, me despedí de él, después de renunciar la escuela, con el fin propuesto de dar a las cajas a TIERRA MIA; mas no resultó este, sino el que he intitulado "VODÚ" y que hoy ve la luz pública.

Ya en La Vega, requería otra profesión para ganar la vida y volví al campo que dejé de niño, a dedicarme a la agricultura. No es ésta la que dá la tranquilidad y sosiego requeridos para una labor literaria de meditación y grandes alcances. En el campo falta la biblioteca de consulta y el estado económico que resuelve todos los problemas. ¡Y cuántas veces con las manos entodadas de acariciar la madre tierra, corrí a tomar las cuartillas para preparar este libro, hecho como decimos más de pronto que de carrera! ¡No quería que se me pasaran los treinta años!

Esa gran fuerza de voluntad que puse a toda prueba; el despego del Sr. don MANUEL A. BATISTA E de cederme desinteresadamente sus talleres tipográficos de "La Palabra"; el concurso efectivo y el aliento optimista de mi hermano DELFIN PEÑA H. que se hizo cargo de los trabajos de imprenta y la ayuda material y espiritual de las personas que en páginas de honor me complazco publicar, hicieron la materialización de esta obra.

Así caro lector:

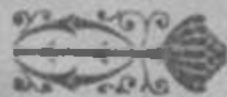
Ahí te entrego a "VODU" Puedes decirme que no

*te gustó; me servirá de aliento tu sinceridad para proponerme a laborar en una obra más perfecta y que sea quizás de tu agrado. Puedes hacerme también crítica de que mi obra es buena, si es de tu agrado, que no me envalentonan las palabras para enorgullecerme y pensar que este es el límite a que puedo aspirar. Yo sé que podía hacer una cosa mejor, trabajando con más detenimiento, pero, se me iban los treinta.*

**SANTIAGO A. DE PEÑA HOLGUIN**



# INDICE



	<i>Página</i>
Dedicatoria	III
Página de Honor	IV
A manera de Prólogo	VI
<b>CAPITULO I</b>	
Introducción	7
<b>CAPITULO II</b>	
Clases sociales. El jornalero. Un retrato	29
<b>CAPITULO III</b>	35
<b>CAPITULO IV</b>	
Un duelo en el crepúsculo y un canto en la noche	41
<b>CAPITULO V</b>	
Un problema y un caso	49
<b>CAPITULO VI</b>	
Las brujas. El lugarú o galipote. La que comía niños Consideraciones sobre la fe.	61
<b>CAPITULO VII</b>	
Dajabón Capotillo. El sentido de la muerte. Un "baisié". "Vodú".	75
<b>CAPITULO VIII</b>	
El juego de gallos. El hijo de musié Glemen. El yimó. El dosú El plase y el marige	106
<b>CAPITULO IX</b>	
Ei papei aguanta to, y la lengua no tiene güeso	120

	<i>Página</i>
<i>CAPITULO X</i>	
Víctimas	129
<i>CAPITULO XI</i>	
Sobre el Vodú y el Zombí	134
<i>CAPITULO XII</i>	
Harlem	143
Supersticiones	145
<i>CAPITULO XIII</i>	
Las tribus de los Fons. Los dioses del Vodú	149
<i>CAPITULO XIV</i>	
Altars, sacrificios, etc	155
<i>CAPITULO XV</i>	
Una discípula de Trina.	161
<i>CAPITULO XVI</i>	
La sugestión	173
<i>CAPITULO XVII</i>	
El poder de la sugestión y la fuerza de de la fe	181
<i>CAPITULO XVIII</i>	
El Creol	187
El Mayoít	188
El drogné	190
El ensalmo del anguila	194
Al priyé	195
Las pelonas o botijas	199
Un vale que fué a Haití	201
Epílogo	209

---

---

---

## CAPITULO I

### INTRODUCCION

Un amigo de confianza a quién di a leer las conferencias que había preparado sobre el "vodú" y costumbres haitianas, me recomendó que escribiera un libro con el mismo tema. Me decía del inconveniente de las conferencias, donde muchas veces el triunfo está asegurado con la habilidad, *personalidad*, del conferenciante, desatendiendo al interés social del tema;... son escritas o preparadas para una minoría, y nunca llegan al pueblo. "Sus observaciones y estudios son dignos no sólo de las personas cultas; deben llegar a la clase baja, para ponerla en guardia de estos hábiles timadores, que, aprovechando la ignorancia y candidez de nuestras masas crédulas y sencillas en sumo grado, viven en la holganza, en el placer desenfrenado, en la ociosidad más corrompida, que les ofrece su có-

*NOTA:- Las palabras tomadas del haitiano son escritas en este libro, más o menos tal como se pronuncian en español, para facilitar así su lectura.*



modo oficio de declararse poseedores de dones sobrenaturales, que no son más que el triunfo de la astucia de zorra que bulle allá en el fondo de su alma inverecunda". Así se expresaba en amable esquelita, y comprendí que el libro era el vehículo que debía tomar para dar a conocer estas anotaciones tomadas como amenas, en los cinco años que pasé en La Línea Noroeste, cerca, muy cerca, de la misma frontera, y que llamaron luego mi atención, creyéndolas dignas de ofrecerlas al público.

Otro señor, que es mi amigo, en conocimiento de la labor a que me venía dedicando, deseoso de sondear e interesado también en lo que sería mi libro, tuvo a bien solicitar hacerme una serie de preguntas. Para abonar y dar por adelantado, no la curiosidad de mi amigo, sino algunas consideraciones que quiero dejar asentadas desde un principio, ya que la mayoría de las personas con quienes he conversado sobre esta obra han concurrido a estas mismas preguntas, lo que para mí no es extraño, dado el deseo de averiguar, propio de nuestro espíritu, lo que puede haber de sobrenatural y verdadero en ciertas cosas, he tratado de reconstruir éste diálogo, para ofrecerlo en este primer capítulo.

Como hablabamos en parte solariega y no había mortal que nos molestara, nos entregamos de lleno al tema sin inconvenientes.

Su primera pregunta fué esta:

—¿Es un baile el “vodú”?

—No. El vodú es una religión. Tiene su culto: la manifestación de adoración que se hace a los poderes sobrenaturales; su ritual propio; su creencia. Lo sirven sus sacerdotes y sacerdotisas, llamados “Papabocó” y “Mamaluá”, consagrados para celebrar, hacer y ofrecer los sacrificios. Me adelanto a decirte que es un politeísmo... Fué la religión que trajeron los esclavos africanos a Haití.

—¿Sólo a Haití?

—Es de suponer que no. Pero en esta isla, sólo los haitianos lo han conservado. Y se explica muy facilmente. El español que pobló esta parte Este de la isla, no trataba igual que el francés a los suyos en la parte Oeste. Aquí gozó el esclavo de muchas consideraciones. El español se mezclaba con él, lo educaba, le enseñaba su religión y parece también que aquí no fué tan poblada la esclavitud africana. El francés trató al suyo como perro... ni su mismo idioma le enseñò... Hay que recordar la Independencia haitiana, es decir la sublevación de los negros esclavos contra sus amos a fines del Siglo XVIII

Esto explicaría también, si el grado de civilización de los que causaron la "matanza de los blancos", corresponde al grado de progreso de un pueblo que se abre las puertas de la luz y la cultura.

—Pues convenimos, que el vodù es una religión haitiana .

—Sí, una religión degenerada, extraña a nuestra personalidad.

—Hay un sujeto que es el que comunica, o mejor dicho, el intérprete entre el hombre y el espíritu ¿no es verdad?

—Ese es el "caballo", el que "monta" el "sance" o "luá".

—Bueno; ¿es verdad que ese "ser" o "luá" se posesiona de esa persona para revelar su poder, aprisionando, por decir así, a este individuo para que no haga su voluntad, tratando que sólo actúe bajo el imperio, bajo la influencia de lo sobrenatural?

—No podría decir con certeza si hay o no tal influencia. ¿Puede caracterizarse un hecho por las apariencias? .. Hay que tener presente, que son personas de dudosa moralidad las que siempre montan "luá" o "sance"; *contumaces expoliadores de Occidente*, dice un crítico de LA NACIÓN; faltos de educación, de energía, de respeto; hombres los más depravados, llenos de todas las pasiones rastroas... ¿Cuándo podríamos entonces decir que

obran de buena fe? ¡El que sólo lleva la levadura de la maldad y del egoísmo, puede tener una chispa de bondad, si esta lesiona sus intereses?. ¡Ah! ¡Los intereses! No lo creas. Los intereses estarán primero que todo; es la noche de su alma, porque llevan también la ambición sin freno, la intemperancia sin medida, hasta la crueldad bulléndole en el corazón... Pero volvamos: las apariencias no caracterizan un hecho.

Gladis, una linda muchachita de cabellos negros como la noche y de piel tostada por el sol, venía al patio de sus parientes, cercano a mi bohío, a jugar con sus amiguitas, todas niñas de su misma edad y alguna que otra mayorcita. Gladis propone un juego; da instrucciones a sus amiguitas, y comienza a bailar. Sus labios se abren para entonar un raro y extraño canto de "Vodú". Nadie sabe lo que hace, pero ella dice que va a montar un "Luá". Sus caderas se mueven rítmicamente, al paso que sus pies llevan la cadencia del canto que no deja de ser melodioso, triste y apasionado. Toma un quinqué encendido en sus manos, y grita: "-!Come candelita, Candelito!".

Hace como que se lleva la llama a la boca; ha quedado apagada la lámpara; se contorciona y vuelve y se eleva su canto... se estremece, y cae rodando por el suelo co-

mo una muñequita. Pero no está mole; hace que tiembla como si le atacase un mal.

—Gladis! Gladis!- le gritan las amiguitas que la suponen enferma.

—No es Gladis- responde ahuecando la voz, para darle ese tono hombruno que sale lóbrego—No es Gladis; es Musié Candelo. Gladis está en el río bañándose.

Pues musié Candelo,-se acerca a preguntarle una-¿qué tengo? Me duele la cabeza.

Gladis se incorpora y dando tumbos, va y toma unas hojitas y las pasa por la frente de la enferma.

—Ya estaràs bien- le dice, y prosigue con voz ronca:—Luà Candelo, quiere más candela. !Come candela, Candelo!—.Y se pasa el quinqué por la boca, apagándolo antes de tocar sus rojos labios. Y seguía la canción con apasionamiento:

‘Si madan criminé  
si papá oleba,  
bamo difé pa toné  
bamo a tafiá,  
Candelo oh! se difé  
on marao Candelo’.

Y mientras baila y canta, una de las más avispadas, ambiciosa como todo ser humano, se le acerca y le dice:

—Oye, Gladis; dame el número del premio mayor que va a salir el domingo.

—Gladis, no; Musié Candelo es el que está *montado* y es quièn habla. Coje el 26-42-, le responde al momento, que parecía en una forma autómata... Y sigue su baile y su canto...

Cualquiera que la hubiera visto, conocedor de los ritos del "vodú", era capaz de asegurar que estaba "*montada*". Hacía sus movimientos y dramatizaba tan bien sus juegos cuando decía que iba a "*montar un luá*", que muchas veces los ponía en dudas. Y era todo falso. Gladis, apenas una niña de escasos siete años, inocente y angelical, lo que sabía bien, era imitar lo que había visto.

Ella nos contaba, que su madre acostumbraba a llevarla a "*Centros*" de espiritista y a un "*Ballí*" donde "*montaban*" a *luá* Candelo. Para Gladis eso no era una religión, ni acaso un fetichismo; era tan solo un juego. Pero con ese "juego" muy bien podría engañar al más astuto de los creyentes en *seres y luás*, cuando solía amarrarse a la cabeza el madrás colorado, comenzaba el baile, cerrando los ojos y abriendo la boca para entonar:

"Ogún Balenyó caté ushe dan da,

Ogún Balenyó, oh!";

hablaba y decía: "Gladis ahora está en la playa del río y se desnuda para bañarse", cualquiera le atribuía las facultades que, según las teorías y procedimientos de los *sanistas*, poseen como don natural las *Mamaluás* que

sirven de *caballo* a Ogún, o a cualquiera otro *ser*.

Otra pregunta:

—¿Hay algunas diferencias entre el Espiritismo y el Vodú?

—No he estudiado el Espiritismo nunca; ni he ido de visita en ningún tiempo a sus reuniones o *centros*; pero, personas interesadas y conocedoras del Espiritismo y del *vodú*, me afirman, que esencialmente son diferentes. X, un señor de vasta ilustración y de refinada cultura, conocedor, por haberlo estudiado, tanto uno como otro, no ha dudado al manifestarme, que el Espiritismo es una ciencia que admite como doctrina, principios razonados y metódicamente expuestos, de la posibilidad de sostener relaciones o comunicaciones con los espíritus de los muertos, evocándolos por diversos medios, y que el voduisimo es una religión degenerada, corrompida, viciada, que trata de comunicarse con *seres* malignos, y que nada tienen que ver entre sí, el Espiritismo y el Vodú. Me decía también otro amigo, que en el Vodú se valen tan sólo de espíritus *retardados*, y, como el hombre busca su compañero hasta llegar a la perfección, el medio justifica el fin.

El hombre corroído de pasiones, lleno de pereza, de molicie, de crueldad, de soberbia, de intemperancia, de egoísmo, de furia,

no buscará la esencia de perfeccionar su alma en el "vodú", sino que la degradará a cada instante más en él, la pervertirá a cada momento, la enfangará. Sabemos del hombre que tiene todavía una chispa de bondad, que tratará de perfeccionarse, que irá de abajo para arriba, de la ciénaga pestilente, a la altura radiante y sana de la montaña, pero ése no buscará el "Vodú".

—Es decir, que dejamos asentado que hay una diferencia esencial entre uno y otro. Bueno. Otra pregunta: ¿Existe lo sobrenatural en el Vodù?

—Yo quisiera estudiar la fuerza de la sugestión, analizarla, para explicar muchas cosas. Este criterio mío, daría el conocimiento de muchas verdades. Pero, considero que hay muchas cosas inexplicables.

Trina Silverio, que no era tal su apellido sino Gómez, oriunda de Santiago y la cual yo conocí, vivía con Casianito, célebre drunista y timbalero, que fué miembro de nuestra Banda Municipal de La Vega, donde supo siempre captarse por su simpatía y entusiasmo, el recuerdo y aprecio de todos; pues Trina había pasado una larga temporada por Haití.

Allá por la Frontera Sur, se llegó con Casianito, acompañada de Lidia una de sus amigas, al Pitit Trou. Según le manifestaba ella a sus relacionados y amigos, en el Pitit Trou,





un *Luú* la casó con Casianito.

Pero les previno, *que si ella se dejaba de Casianito por otro hombre, él, el luú, la mataría; o si pasaba toño lo contrario, de que era Casianito que la dejaba por otra mujer, Casianito moriría. Yo me encargaré de cumplir una venganza*, dijo el ser, mientras en sus creencias y ceremonias celebraba las bodas.

Trina regresó por ese entonces muy enferma. Curada luego, abrió su "Ballí", que es la casa, enramada o sitio, donde celebran sus consultas y hacen sus ritos, en el Jobo a la orilla del Camú, por la Curtiembre. ¡Cuántas veces desde El Higüero, que era donde vivíamos, oíamos los tambuses repicar en la oscuridad de las noches apacibles, con su ritmo macabro que espantaba el silencio de la montaña y el murmurío de las aguas del río! El temor nunca nos acercó a esos lugares, pues para los nuestros eran sitios prohibidos. ¡Habíamos oído hablar tantas cosas endiabladas! Pero, la amistad que nos unió al correr del tiempo con algunos de los más allegados a esos andurriales, nos ha proporcionado material sobrante para ofrecérselo en próximo capítulo.

Trina tenía como seres protectores a Tílló y a una tal Filomena; pero ella trabajaba con la viejo Gunguná Guilloné, que le ofrecía todas las garantías para poder cambiar

marido. en rebeldía con la venganza que sobre ella haría el que la casò con Casianito.

Este matrimonio caminaba felizmente, hasta que un día el capricho de ella, por no decir otra cosa, lo encabritó, arrastrándola al adulterio.

Un señor que ha ido a hacerse un trabajo a donde ella, le ha apasionado de tal modo, que mientras le servía a éste como en mesa de rey, a Casianito le ponía en un rincón con una higüera de batata la que parecía abrirle el apetito más que al primero, que receloso se contentaba con solo probar los manjares.

A Trina le nacía un amor insaciable. Y aquí la lucha. No entre Casianito que parecía insensible a los desprecios y vejámenes que le causaba su mujer apasionada de otro, y éste que se entregaba a ella por vicio más que por querencia; sino entre Tinlló y Gunguná Guilloné. Tinlló quiere cumplir su "vendetta" con la fuerza primitiva con que obrarían los rencores heredados del alma corsa, pero Gunguná Guilloné emplea todo su poder y aquél no cumplirá su venganza, mientras esta vieja ejerza su influencia sobre la vida y acciones de Trina, que parece loca en su desmedida pasión.

Otro nuevo viaje a Haití; ahora por la Frontera Noroeste, hasta Grand Rivière. Acom-

pañan a Trina, muchas mujeres y tres hombres, entre estos, su último y grande amor.

Trina está muy preocupada por la lucha entre los espíritus que en ella solían *montarse*. Quería librarse de esas persecuciones. Deshacerse de Tinlló; preservarse de su venganza y salir airosa del empeño de gozar libremente este nuevo amante. Para todo esto ha ido a Grand Rivière donde había un Bocò de poder sumo.

Este Bocò le hizo el trabajo por \$30.00 (Treinte pesos), los que Trina se comprometió pagar en un término de 15 días. Para saldar esta cuenta, ella, vuelta a La Vega, haría un viaje exprofeso. Pero Trina dejó empeñada su palabra, y no volvió al plazo señalado, ni trató luego de pagar su deuda.

Las cosas van tomando un cariz oscuro para Trina. Su último hombre le huye. Este tiene escrúpulos; cree que esta mujer no le conviene, le tiene miedo y trata de deshacerse de ella. Con tal fin se ha ido por unos días para Ciudad Capital.

No hay nada más grande que haga desesperar el amor que el desprecio. Trina ya no sentía el amor como una posesión divina del alma, sino como una desesperación de su subconciencia; como una agonía en que la ausencia era un virus que la infectaba enfermándole el espíritu y el cuerpo... ese hombre era su

muerte.

El mismo día que vuelve el amado de regreso de la Capital, a La Vega, Trina da con él a las once de la noche en una de sus desoladas calles. Ha vivido buscándole. Le implora, y lo arrastra hasta su casa. El hombre no podrá ser nunca un Dios...

Han pasado la noche en la orgía. Por la mañana se despiden. Él, nada anormal ha notado en ella...y sin embargo.....

Trina en la tarde se ha ido para su *Ba-lli*, en el paraje extraviado del Jobo, donde solía yo oír el repiqueteo de los tambuses que sobresaltaban el silencio y la oscuridad de las noches, cuando *montaban* sus concurridísimos *vodú*. Ha buscado la soledad. La acompaña una sola de sus ayudantes o *metresa*. Trina tiene una sesión con sus espíritus. Ya es demasiado tarde y sigue evocando sus *luás*. Canta:

„Bonjour papá Legba bonjour  
timún muen yo  
Bonjour papá Legba bonjour  
ti mun muen yomá pé mandé”.

Baila... Sus caderas se contorsionan como en un espasmo prolongado, doloroso y cruel. Su voz suena con apasionamiento de tragedia y parece que sube su canto para impresionar todo aquel recinto solitario. Está *montada*. Ya no canta: habla. No parece que es la voz de Trina. La armonía de las modulaciones

que brotan en la garganta de la mujer, con variadísimos latidos para darle todas las tonalidades que tanto entusiasman al hombre cuando atento las oye hablar, se han atrofiado, perdido en Trina. Las palabras salen de su boca contorsionada por pequeñas explosiones secas, inacordes; con torpeza de lenguaje, con extraña dicción.....como si en ella hablase un haitiano que trata de expresarse en dominicano; fué todo lo que oyó la ayudante que ha venido quedándose dormida, mientras Trina se incorpora y se planta frente al altar como en una imploración suprema.

Toma el jarro de su servicio: es decir, el consagrado a su protectora Gunguná Guilloné...

Tinlló espera. Su designio podría cumplirse si no fuera por ese jarro. ¡Oh, si se cayese al suelo y se rompiera! Todo lo es ese jarro: es la garantía de Gunguná Guilloné.

Y Trina, nadie supo por qué, contempla el jarro con rabia; lo levanta en la mano hasta arriba, y, lo estalla al suelo.

La *metresa* se ha despertado con el sobresalto característico del que siente un ruido cuando está tomando el sueño. Corre a ella, y la ve cuando se desploma por el suelo como un pesado fardo.

Trina trata de incorporarse para rogar

a su ayudante que rompa seguido todos sus jarros sagrados dedicados al culto. Y sigue en un estado comatoso, hasta que llega al fin.....

Han avisado al pueblo. Vienen las autoridades y el médico.

Éste, primero pensó que Trina había tomado un veneno, pero no hay señales y descarta la suposición. Luego declara la defunción por un ataque cardíaco.

En el altar están todas las vasijas; sólo una permanece en el suelo rota: la de su servicio; la consagrada a Gunguná.

Como después de algunas horas el cuerpo sigue sin adquirir esa rigidez cadavérica, y de la cintura para arriba está caliente y de ahí para abajo está helado, fue del pensar de las autoridades, que la dejaran 24 horas para enterrarla, no fuera un ataque cataléptico lo que Trina sufriera.

Mientras tanto, sus amigas, siguen haciendo diligencias. Neftalí, no quiere ayudar a resucitar a la que para muchos no se encuentra muerta. Éste se niega y otros se esconden. Rencillas de profesión.

Mandan a Hoyo de Hincha donde vivía otro Bocó, llamado Damiscá y, éste le mandó un *trabajo* con la recomendación de que si se lo hacían antes de las 9 de la noche ella volvería a la vida.

¡Cosa extraña! Hasta las nueve todavía tenía el cuerpo la mitad caliente. Pero el trabajo de Papá Damiscá llegó muy tarde, a las 11 de la noche.

Al otro día cuando la fueron a enterrar, no había adquirido la rigidez cadavérica y todo el cuerpo estaba de color negro.

¿Qué causó la muerte de Trina? Sostienen sus crédulos amigos, por encima del acta de defunción certificada por un médico, que Tinlló cumplió su "vendetta". ¡No se puede una burlar del poder de esos dioses tan inhumanos e instintivos sin esperar su venganza!

Me contaba uno de sus adeptos que una noche Trina se presentó en un *Centro* de espiritista y dijo: "que si le hubiesen tocado la "yunta de Tinlló", "que se hace con dos jarros amarrados por el asa con una cinta color mamey, pidiéndole a este *ser* perdón, ella hubiese vuelto a la vida, hubiese resucitado". Otros van más lejos y dicen, que dicen, que Trina está en Haití viva, vuelta una *Mamaluá*.

Con todo y esta historia de su muerte, Trina no era más que una hábil timadora; así lo atestiguan muchas de sus fechorías. Y a pesar de todo, se cuentan de ella muchas curas milagrosas: sabía sacar muertos, curar locos, preparar oraciones y "guanguá", volver la vista a los ciegos y dar medicina para

muchos males, etc. A ella iban grandes personajes, y no es extraño que entre sus crédulos y asiduos visitantes, se mencionen nombres de señoras de las más encopetadas de nuestra aristocracia, hombres del mundo político y señoritas de los círculos de primera.

Deseo que confiéis a vuestro recuerdo la muerte de Trina. Yo no me he atrevido adularle en el hecho nada. Como me ofrecieron la narración, así os la ofrezco. Que era una hábil timadora?, lo subréis luego.

Ahora ¿por qué el misterio de su muerte?

He dicho que hay muchas cosas inexplicables.

¿Lo sobrenatural ejerce su influencia y cumple su designio? ¿fue en verdad Tinlló quien mató a Trina o fué un ataque cardíaco el causante de su muerte?

¿Qué pienso yo al respecto? Lo que penséis vosotros, si estáis de acuerdo a la sana razón o a la razón pura.

Que hay enigmas en la vida? ¿Por qué y de dónde el amor, y la misma vida, y sus muchos rencores y odios? Preguntas que parecen no tener una respuesta. Son como la ambición: un cruel enigma!

Lo que sé es que hay una fuerza grande de sugestión empleada por estos hábiles estafadores y una gran red de ayudantas y ayudantes, encargados de recoger todos los



*chismes del pueblo.* Así también me lo advierte nada menos, que uno que estuvo muy cerca de Trina. ¡Si lo sabría él!

Otra pregunta:

—¿Cree Ud. que los muertos se comunican con los vivos?

—Mi juicio al respecto me lo reservo en esta obra. Unos creen y otros no. Sir Oliver Lodge, eminente sabio inglés, quien estudió el ocultismo en todas sus facetas, creía posible comunicarse con los muertos. Harry Houdini, el famoso mago de renombre mundial, pasó toda su vida estudiando el asunto e hizo un contrato con su señora, de que si moría él primero, trataría de comunicarse con ella en cada aniversario de su muerte. La viuda ha hecho diez de esos esfuerzos y ha fracasado. Defraudada, termina este año abandonando las sesiones, diciendo:

*—Si alguno podía comunicarse con este mundo era Houdini.*

—Enterado. ¿Cuál es pues el desarrollo de su obra?

—En lo que respecta al vodú, dar a conocer sus cultos, ritos... su historia... Narrar algunos hechos y esclarecer algunos timos de que han sido parte personas honradas, pero sencillas y crédulas, que han caído engañadas por verdaderos salteadores.

—Cree que es perjudicial para la Repú-

blica el Vodú?

—Me adelanto a afirmar que sí.

—¿Y en Haití?

—Es otra cosa. Es su tradición, y yo respeto las de los pueblos. Son sagradas. A ellos les incunbe hacer su estudio y dar su palabra. No a la manera que lo hacemos nosotros. Lo que sí, que en Haití están prohibidas las prácticas del vodù.

El Artículo 409 del Código Penal haitiano reza así: (traducción) *Los fabricantes de paquetes, talismanes, objetos de todas clases para el uso del vodú y sus influencias serán castigados de tres a seis meses por la primera vez, y de seis a dos años los reincidentes, por la Corte Criminal. Tal convicción no impediría la aplicación de penas más severas para crímenes en esta conexión. Todos los bailes y prácticas de cualquier forma que tengan por naturaleza alimentar el espíritu de superstición, fetichismo entre la jente se considerará como brujería y será castigado por la ley.*

De la lectura de este artículo se desprende también, de que en conexión con el vodú pueden haber crímenes. "TAL CONVICCIÓN NO IMPEDIRIA LA APLICACION DE PENAS MAS SEVERAS PARA CRIMENES EN ESTA CONEXION" dice.

Las autoridades haitianas se han visto obligadas a permitir el Vodú y los mismos

americanos cuando la Intervención en Haití, lo prohibieron primero, para luego darle su consentimiento

Antes de los americanos, se bailaba vodú cualquier día, y había fiestas de estas que duraban 15. Ahora sólo le es permitida los sábados, domingos y días festivos.

Si debemos desterrar el vodú como le dije, es porque va desdiciendo y retardando nuestra cultura.

El principio, es decir, la base en que nosotros debemos fomentar nuestro progreso y nuestra civilización, debe ser lo autóctono, lo originario de nuestro país, ennobleciéndolo, perfeccionándolo, elevándolo, y echando fuera lo extraño que venga en detrimento de nuestra personalidad.

El "Vodú" no realza nuestra cultura; la retarda, como hemos dicho, por no decir que la destruye. Nosotros somos un conglomerado de jentes civilizadas, y, alarma como en Provincias y en la misma Capital subrepticamente, se baila "luá", como dicen.

—Eso sobre el vodú, ¿y sobre las costumbres haitianas?

—El conocimiento de nuestras tradiciones y costumbres interesan para el desarrollo de nuestro progreso y de nuestra civilización. Es de mi parecer que nadie debía ignorar las de nuestros vecinos de Occidente. Ahora

bién, el estudio de las diferentes costumbres de los pueblos del mundo, siempre han interesado sobremanera.

—¿Y al respecto de la labor dominicanizadora llevada a feliz término en la región Noroeste, por el Generalísimo Trujillo?

—No es lo que han creído algunos de mis amigos, que vengo a tratar cuestiones viejas y resueltas de frontera. El ideal de confraternidad llevado a tan feliz término por nuestro esclarecido Gobernante y por el Gobierno de Haití, brillantan y ejemplarizan sus ejecutorias para América y el Mundo, y, no debemos olvidar esto. Es por ello, que me inclino a dejar consignado en este libro lo que para mi significa la labor dominicanizadora del Generalísimo Trujillo, como una labor de cultura, de liberación y de patriotismo; que de dicha labor, en los cinco años que pasé en esa región Noroeste, vi el principio, el paso agigantado con que se desarrolló y el adelanto que ha venido tomando. Nadie ignora, que una parte de ese territorio Trujillo lo ha reivindicado y puesto al servicio de nuestro progreso y de nuestra civilización.

—Para terminar; ¿qué otra cosa nos guarda Ud. en su libro?

—Una ligera narración sobre el Ba Moun.

—¿Ba Moun?

—¿Recuerdas a Fausto?... Pues bien...

Y como curiosidad esta: de que haya la creencia todavía de que los dioses fecundan en el vientre de los mortales; tal es el hijo de Musié Clemén, que es el vástago de este *luá* o Dios.

---

---

## CAPITULO II

### CLASES SOCIALES. EL JORNALERO. UN RETRATO.

Como en este libro vengo a hablar sobre las costumbres de un pueblo que puede sentirse herido, quiero dejar anotado desde un principio, qué clase del pueblo es al que se refiere mi estudio, con el fin de no lastimar susceptibilidades, ya que no hago consideraciones de carácter general, pues según he podido darme cuenta, el pueblo haitiano está dividido en tres categorías sociales bien definidas: la aristocracia o plutocracia, la media y el jornalero o "burro de carga".

La aristocracia la forman los individuos que por cualquiera razón consideran su genealogía, como poseedora de un título nobiliario. Recordad que en Haití hubo monarquía. Un negro famoso, se declaró Rey, con el nombre de Cristóbal, a principios del Siglo XIX. Esta aristocracia está formada por personas en la mayoría de refinada cultura. En sus manos siempre ha estado la dirección del Go-

bierno. Tienen según parece sus problemas raciales, y os aseguro que cuentan con esclavos, aunque os parezca extraño. Se creen superiores y su círculo es demasiado elevado, aunque hayan muchos de la clase media, que se crean gozar del mareo de esa altura, a la cual no llegará nunca el hijo del jornalero, que será siempre un paria. La aristocracia en Haití vive aferrada a su tradición y a su grandeza.

¡Cuán diferente a nuestra República en que sólo hay dos clases aún no definidas, en que el camino a los círculos de primera, lo pueden allanar el dinero, el estudio, el talento y hasta la simpatía!

Yo no vengo a referiros las costumbres del aristócrata haitiano. Mi libro viene hablando, y deseo que lo tengáis bien presente, de ese haitiano que vosotros mismos vísteis pasear por nuestras calles vendiendo carbón en un pobre burrito cargado hasta las orejas; o pregonando maní tostado puesto el "layó" en la cabeza; o extendiendo su mano pordiosera para rogar en nombre de Dios una limosna; o en grandes romerías, los pies descalzos y el madrás colorado en la cabeza y un ancho sombrero de cana, hacia el santuario de nuestra Señora de Las Mercedes en el Santo Cerro, o a postrarse ante la Virgencita del Naranja de Higüey. Más también so-

listéis verlo, en los cortes de caña, rey y señor de una larga jornada, compañero de un arenque y una torta de cazabe.

Yo los conocí en la Línea metidos en sus ranchos de tejamánil, comiendo muchas veces "yonyón" (cetas) y; les hablaba en las tardes y en las noches calurosas, mientras ellos se entregaban a sus cachimbos y les escrutaba con las miradas adivinando la triste pesadumbre de su largo vivir de siglos.

Negra la piel, como un vestido de luto o como una noche lóbrega sin luna y sin estrellas; nariz chata, de amplios cañones por donde entra una fuerte respiración a un pecho ancho y robusto; orejas pequeñas, encojidas como una hoja achicharrada, de escasos pulpejos; los ojos negros, saltones, de córnea rojiza, que le dan muchas veces una expresión espantosa, bajo unos parpados abultados y fieros; labios morados como la fruta madura del icaco; de befo inferior grueso y colgante; el cabello característico; la talla gigante, con unos pies que parecen sufrir erisipela; los hombros caídos, de caminar simiesco, con un olor que brota de sus axilas, que recuerda el olor fuerte que se respira en los chiqueros, que corta la respiración si no hace que el estómago quiera salirse a uno por la boca, cuando es luna nueva y se le revoltea el *varraco*. Pero, tienen algo de real belleza en



aquellos dientes tan blancos como gotas de leche, que brillan como perlas o como luceros en la noche, que cuando ríen ponen una estela de luz en los labios.,

El haitiano que yo conozco es aquél que gusta vestir fuerte azul en los días laborables; de blanco o de negro en los días festivos; sin chalina y sin zapatos, por ser un cruel inconveniente martirizar los pies y anudar una cinta al pescuezo; que trabaja con el pecho desnudo y, que no dejará de usar su pañuelo de madrás colorado en sus faenas, bajo un sombrero de cana que hace blanco en el verde esmeraldino de los cañaverales, si es que se ocupa de talar con la mocha en los centrales.

La mujer ofrece otro contraste: un vestido con la combinación más variada y extraña de colores: recuerda aquellas colchas de retazos; el talle bajo y arremangada la ropa a la cintura; unos grandes y flácidos senos; un negrito en los brazos; un paño rayado de vivos colores amarrado a la cabeza; el polvo de todos los caminos a los pies descalzos, bajo cualquier sol o cualquiera luna. Un borrico por delante que sufre con paciencia la pesada carga que lleva al lomo y la que le descarga en las ancas su impiadada dueña con un garrote la más de las veces de *palo de cruz*, para librarse con éste de las asechanzas de los

espíritus malos que suelen encontrarse por doquiera...

El haitiano que conocí, no era el que vivía haciendo zafras en los centrales azucareros; y puede que sea el mismo, que si difieren es porque aquel era el esclavo de esas empresas y éste, el mío, era amo y señor de toda la región Noroeste.

El haitiano es muy testarudo y no del todo tonto como trata de aparecer, sino muy astuto en ciertas y deliberadas ocasiones. Servicial siempre y crédulo en sumo grado. En sus ojos melancólicos y en su frente larga y en sus pómulos salientes, manifiesta una desconfianza y una malicia oculta e hipócrita.

Cuando el alma se prescinde de perfeccionamiento, lejos de elevarse se atrofia y bastardea. Así le vemos bajo el yugo de su ignorancia, lejos de perfeccionarse ha sufrido un lastimoso decaimiento: hecho un estúpido para las manifestaciones del espíritu; aferrado a sus creencias torpes y corrompidas; a una tradición "soquete" y a unas costumbres sin las tendencias que dan el carácter a los hombres y a los pueblos. Así era mi haitiano, sin el desarrollo de las facultades intelectuales, sin el trato social, sin el pulimento, sin los modales que hacen cultas a las personas.

De mi haitiano sale el Papabocó ¡mala pécora! que se acerca a los centros de nuestras poblaciones, y que con asaz marcada intención, se presenta como sacerdote de la religión del "Vodú".

---

---

### CAPITULO III

Habíamos venido de la Capital y nos encontrábamos en La Vega, bajo el apacible alero del hogar querido.

Una tarde nos manda a buscar al Inspector de Instrucción Pública, para mostrarnos un telefonema, en el que se nos proponía la Dirección de la Escuela de El Cayuco, de la Común de Dajabón.

¡Dajabón, Cayuco! ¡Dónde está en el mapa Cayuco? Nos dimos a encontrarlo. Aquí. ¡Qué lejos de todo! ¡Qué apartado! Un punto de la República en el mapa. Tan solo eso. Cayuco! ¡Raro nombre que sonaba a nuestro oído con extraña musicalidad de canto aborigen!

Un momento. Había que pensarlo para resolverse.

Y nos dimos a la calle a preguntara los que conocían a Dajabón si habían visto, sabían dónde y cómo era El Cayuco.

Algunos nos entusiasmaron, hablándonos de la belleza del paisaje y de la simpatía y hermosura de la mujer liniera. Otros, los

que no conocían esa tierra ardiente del chivo, se jugaban la broma, diciéndonos: "los haitianos allá comen jente".

Resuelto el viaje, no dejó de haber el familiar querido y previsor, que nos amarrara al cuello una medallita de San Benito, para librarnos de hechicerías y *guanquá*.

Y con fecha 31 de Enero de 1935, nos dirigimos para el Noroeste.

A Monte Cristy llegamos de noche. Una luna en un cielo despejado, parecía velar sobre la ciudad que dormía con impresión aldeana. Ni una guitarra en la noche; ni un noctámbulo en las calles desiertas: sólo el amor rondaba en los tejados, y el murmullo del mar que traía una brisa fría. Monte Cristy estaba muerto bajo las estrellas y a la luz fosforescente de la Vía Láctea. Y la Luna pintaba de claro las calles. El sobresalto del motor en marcha de nuestro carro, espantaba el silencio que dormía.

Llamamos al restaurant. Traíamos hambre. Hicimos preparar pescado en salsa. El Chauffeur se "fajò" con el cocinero, mientras ardía el fogón, y entre risas y carcajadas se contaron algunos cuentos en *patoí*.

Como yo era el único que no sabía el dialecto haitiano, fué necesario traducirme, para gozar de la charla.

Yo me lamentaba.

—No se preocupe Ud.—me dijo uno de los compañeros,— que si pasa más de seis meses por estas regiones, hablará Ud. haitiano como un “musié”, pues generalmente aquí se habla el *patoi* más que nuestro idioma.

Creí que exageraba; ¡hablarse más otro idioma que el de nosotros mismos? Imposible!...

Como quise ser espléndido y pagar la cena, al pasar un billete de cinco pesos, me devolvieron tantas papeletas que casi me llenaron las manos. Recordé la primera vez que fuí a Mao: compro no recuerdo que cosa en una tienda. Pago. Me devuelven una cuantas papeletas. Tomarlas e introducirlas al bolsillo y salir casi huyendo, fué cosa de un minuto, en la creencia que me habían devuelto de más. Voy por la calle, cuando oigo que del comercio me llaman; me hago el sordo, y sigo. —“Oiga le llaman”, me dijo señalándome, una simpática joven que recostada estaba a la jamba de una puerta. Obligado a detenerme, vuelvo los pasos, desalentado con la pérdida del negocio, pues estaba en mi ánimo llevarme el sobrante, cuando el joven que me ha vedido me extiende la mano con un poco más de monedas. —“Le había devuelto de menos”, me dice. Le doy las gracias, tomándolas, y entonces fué cuando averigué, que eran papeletas haitianas y *papanó* los que me ha-

bía dado el señor.

No había carretera entre Monte Cristy y Dajabón, sino un camino de fácil tránsito en tiempo de seca, pero cuando llovía se ponía infernal.

Como no había escaseado el agua en en esos días, se habían formado unos bancos en el terreno, que más que rodando el carro en lo llano del camino, iba banqueando en el fango. Y, fué tanto lo que se columpió y saltó el "fotingo", que el pescado entre mi estómago, no le costó mucho trabajo, ni tantas maromas, para reunirse fuera, y por Caño Dulce se volvió a la mar.

Sería ya media noche cuando llegamos a Dajabón. Fuimos al único hotel. Raro: estaban levantado algunos de los huéspedes. La dueña del hotel no me quiere recibir, si antes no voy a la Comisaría a decir que he llegado yo. Me fatiga el "fotingo", y no estoy de humor para ir a verle la cara al Comisario. Me sientan mal los inconvenientes de esta última ruta, y antes prefiero dormir en la calzada, que moverme para llegar a casa de la autoridad, cuando ¡oh! veganos que estáis regados por todas partes!- se presenta el buén amigo y compueblano Dr. Julio Espailat Rodríguez, que servía en esa plaza como Teniente Médico E. N. Nos abrazamos. Al fin puedo entrar al hotel...

Como ya no había pescado en mi estómago y me sentía con hambre, me ofrecieron de lo que había: dulces. Comí, y comentamos mi designación. Luego, a dormir...

Ya estoy en La Línea.

Por la mañana, con tiempo para darle un vistazo a la ciudad, en compañía de un práctico, nos dirigimos a la escuela de El Cayuco.

No exageraba el que nos decía que esta sección era un bello paraje: una sabana toda verde, que se extiende casi sin desigualdad, como el cristal de un lago; luego ondula el terreno. Hay una franja de árboles que señala el cauce seco de Arroyo Jácuiba. Después una más amplia sabana al Oeste. Sabana de Santiago. Otra faja de añosos troncos, por donde corre Guajabo. Luego la Sabana de Beller que canta nuestro Himno Nacional. Y, como en un rincón, como oculto en un fondo cobijado de samanes y laureles, la ciudad de Dajabón bañada por las aguas del Massacre histórico. Al Sur, se dilata el paisaje, con los cerros de Las Mercedes y de Juan Calvo, para soldarse la gris montaña con el azul del firmamento en las estribaciones de la Cordillera Central, núcleo del sistema orográfico antillano.

Tiene el Cayuco, las Sierra de Jacuba y el Cerro Motón. Desde la empinada cum-



bre de la histórica Sierra de Jácuba, sitial de chivos montaraces, se divisa el más imponente y espléndido panorama. La sabana desnuda; los trillos que serpentean; la laguna de Saladillo, pequeño lago de tranquilas aguas, donde millares de aves de variadísimos plumajes, hacen nidal de trinos; y el mar, con su blanca espuma al besar la playa, y que parece rizarse como un lienzo color de esperanza al acariciarle la brisa, ponen una viva emoción en el espíritu y una admiración en los ojos que lo contemplan desde tan lejana altura.

---

---

## CAPITULO IV

### UN DUELO EN EL CREPUSCULO Y UN CANTO EN LA NOCHE

No podré olvidar nunca ese primer día que pasé en El Cayuco. Yo siempre había vivido cerca de los centros de población y ahora me encontraba en un campo desolado, frente a una vasta llanura.

Era de tarde. Me había recostado en la empalizada mirando para donde yo creía estaba Dajabón, el pueblo más cercano que tenía. Me iba invadiendo una triste melancolía al recuerdo de amigos y familiares.

El sol derramaba una torrentera de luz sobre las altas montañas, ampliando y haciendo más visible el ancho panorama. Los cielos comenzaron a irisarse, tomando los más variados y vivos colores: del rojo, que parecía un incendio en el occidente, hasta el gris claro por el oriente, que se iba tornando oscuro. El paisaje era imponente con esa combinación de luces y colores. Era el más bello atardecer que había visto. El crepúsculo

se adornaba con su sombra indecisa, para una cita con la noche que se avecinaba.

Entonces comenzó a afluir a los chiqueos el ganado caprino. Venían enfilados como un gran ejército y alegres como una pandilla de músicos. Habían pasado un buen día solazándose en los cerros y berriaban de contento, dando pequeños saltos.

Las hembras estaban esquivas y los machos, llenos de lascivia incontenida, las perseguían lujuriosos. El más viejo de todos, con su larga chiva y sus retorneados cuernos, se paseaba con elegancia en medio de la manada acariciando con su lengua y sus patas delanteras, a las más hermosas borregas. Los pequeños, retozaban y con su insistente *bubiar*, imitaban el relajo y la incontinencia de sus padres.

Me agradaba el olor fuerte de los machos vigorosos.

Tras la manada de chivos, un rebaño, de ovejos estúpidos caminaba con la cabeza baja como monjes enclaustrados. Sin ostentación, sin elegancia, el mayor carnero iba delante. La estolidez y debilidad de los pequeños hacía que algunas madres perdiendo la fila, corrieran presurosas dando pequeños balidos, a prestarle su ayuda a los que se habían extraviado en la retaguardia. La mayoría llevaba lana color blanca, sucia por el polvo del

camino; en otros el vellón era marrón y había también berrendos. Llamaban la atención los pequeños de color negro, por el contraste de la mayoría blancos.

Llega el rebaño y se echa bajo un cambrón, a rumiarse.

Unos cuantos machos que venían empujándose en disputa de una pelada y fea oveja, y que yo contemplaba, asombrado cómo debía gustarle ésa entre tantas limpias y hermosas que venían en el ganado, se han apartado un poco en la sabana para reñir. Los dos más robustos carneros han tomado distancia, se han echado a campo abierto; se miran de lejos como dos duelistas que van a batirse a pistoletazos, mas emprenden la carrera como a puñaladas, resultando que fué a cabezazos. El golpe es seco y quedan como atontados... Luego corren y se han puesto otra vez en posición de batalla; ya son tres pares. Han formado dos filas, como batallones. Se miran los adversarios y como dos columnas de ejército cerrados que se abalanzan a la balloneta, corren los camorristas y han chocado con un golpe que los hace estremecer a todos de pies a cabeza.

Sigue la batalla.

Otro machazo, hermoso ejemplar berrendo, que conoce el por qué del duelo y la causante de tan malditos celos, se llega a esta

que contempla el combate; atrevidamente la besa en la boca, le acaricia los pies y las mamas, y ella se pone aún más esquiva. Pero este carnero, sabio, que no se anda en penden-  
cias, sino que ha querido burlar a los celo-  
sos duelistas, se hace de su astucia: aparen-  
ta no interesarle la hermosa; y, muy melin-  
droso se le acerca por detrás...y zas!, la deja  
violada.

El sol se ha ocultado tras las montañas; el cielo se ha tornado grisoso; el crepúsculo perseguido de la noche se arroja en el occi-  
dente y ésta va cubriendo el valle y los mon-  
tes. Es el momento triste de la melancolía que  
agobia en la soledad y en el desamparo...

He cer do leche fresca de vaca.

He vuelto a la sabana, que se ha puesto  
oscura. En un tronco que está por el suelo,  
me he sentado. Miro para donde sé que están  
las montañas. Contemplo las fogatas que  
como luceros se elevan un poco del suelo  
en la oscura noche. Las veo moverse. Lla-  
mo la atención a uno de la casa que se ha acerca-  
do a mí. Preganto .

—Son los haitianos quemando troncos  
en la montaña—me dice.

Me pongo a contemplar las constelaciones  
diseminadas por el cielo que se hacen tan visi-  
bles como si estuviéramos en las alturas.

Me ha llamado la atención el sonido de

unos tambores. No sonaban como aquellos atabales que en las calles de La Vega oía para la fiesta del Espíritu Santo. Sonaban oh! como aquellos que en el Jobo oía yo desde El Higüero, en el "ballí" de Trina. Era el mismo sonido lùgubre, así lo apercibía a la distancia, que espantaba el silencio de las montañas y el valle que dormía...

El compañero que tenía a mi lado, me advirtiò, que eran los tambuses de los haitianos, bailando vodù del otro lado de la frontera.

—¿Y se baila por aquí mucho "jodú"?

—En este lugar no—me repuso—, pero, desde Corral Grande a Loma de Cabrera y Capotillo que la mayoría son haitianos, sí. Aquí antes lo bailaban, sí. Por Sanché cerca de aquí en la frontera, los haitianos no dejan de bailarlo, no.

—Bueno, y para qué es el "vodú"?

—El vodú, es como una fiesta ofrecida; una fiesta que se le hace a un *ser* o *lulú*, por ejemplo para adquirir una cosa; para librarse de enfermedades, de brujerías; para comunicarse con esos *espíritus* que según ellos lo saben todo... en fin, son cosas malas, según entiendo por lo que de él se cuenta. Yo no sabría bien explicar...

Los tambuses proseguían incesantes, allá muy lejos ... por la madrugada aún se oían.

Volví a quedarme en silencio. Los cie-

los se vienen llenando de luz. La luna va derramando el manojó de sus rayos plateados por sobre los breñales. Se muestra en rápida ascensión desembarazándose de las ramas de los árboles, con su hermosa cara sangrante. Se va poniendo anémica y la sabana se cubre como de una tenue gasa blanquecina. ¡Sopla una brisa que trae el perfume de flores silvestres.

A lo lejos se oye un canto: parece que viene de donde comienza la sabana. Se apercibe una voz, como un grito salvaje. Se acerca; no es una sola voz; son muchas las que entonan el canto que parece brotar de la tierra y recogerlo el eco de los cerros y montañas. Es un canto extraño. Del canto no entendía las palabras. He puesto todo mi oído...

—¿Quiénes cantan?...—iba a preguntar, pero el compañero se ha ido.

Están bien cerca de mí y siguen su canto. Son mujeres. Llevan por delante unos burros cargados al parecer con pesadas árganas. Me pasan por el lado como sombras..... Y se alejan las cantoras.

Vuelven y pasan otros, no cantan, más ahora van hablando en haitiano los recueros. Tras estos, otros, como procesiones, arreando sus burros: "Maché, maché, maché buguit"—, en "patoi".

Uno de los muchachos de la casa se me

acerca, y le pregunto:

—¿Quiènes son esas *recuas* de mujeres que cantan?

—Las haitianas que van a comprar y vender a Monte Cristy, a hacer feria. Cantan para aliviar la fatiga del largo caminar... también, para que no le salgan los fantasmas.

—¿Y salen fantasmas por aquí?

—Ellos dicen que sí, y que con el canto se espantan..

Volvieron a pasar más feriantas y venían cantando. Con la luna pude distinguir las bien. Algunas llevaban niños en los brazos. Todas a pie y los burros cargados, puesta sobre las árganas repletas, un haz de yerba Paez, para pienso del animal.

—Usted nota— me advierte el muchacho, —que el canto está compuesto de palabras haitianas y dominicanas? Es una gerga ininteligible hasta para nosotros los que *cortamos la lengua*; no es el patuá que todos los de aquí hablamos, sino como le dejo dicho una *reburugiña* que entre ellos le sirve para entenderse. Ellos creen que vienen hablando o cantando en dominicano-terminó diciendo entre risas mi compañero.

En verdad, estropeaban bárbaramente nuestro idioma, si no era que creaban de él un dialecto que ni sería haitiano ni dominicano; no sé como explicarme...



Los últimos que vimos pasar, venían cantando una canción de amor, me dijo el compañero. Yo creía que era un canto salvaje que salía de la tierra y lo repetían el eco de los cerros y breñales...

Solo del "vodú" en Haiti, se oían los tambuses incesantes como en loca desesperación.

---

---

## CAPITULO V

### UN PROBLEMA Y UN CASO

No bien doraba el sol las altas montañas, ni la claridad de los cielos bajaba al valle, cuando despertamos al canto de los miles pajarillos que saltando de rama en rama hacían demostraciones de alegría.

Nos tiramos de la cama al ruido de vida que salía de los corrales. Las vacas, amamantadas sus crías, daban bajo las manos maestras de los ordeñadores su blanca y rica leche. Las aves de corral se tiraban del "palo de las gallinas", desparramadas a su antojo, escarbaban y picoteaban la tierra; los gallo, sacudiendo sus alas y bajando con magestad los peldaños de la escalera, al pisar el suelo, se daban a perseguir a las gallinas, lo que traía rivalidades y envidia entre ellos, prestos a sus luchas y a sus guerras. Los orondos y ridículos pavos hacían ostentación de su tornasolado plumaje. Las pintadas guineas, que las había moradas, cenizas y blancas co-

mo el vellòn de una oveja, comenzaron su estridente canto con las variantes de sus tonos, que se hacían oír a lo lejos como el rosario que llevan las beatas en los templos. Los chivos incestuosos, en el chiquero, se daban cornadas y los machos parecían hablar en su lujuria insatisfecha, persiguiendo a las más tiernas borregas. Ordeñamos una hermosa chiva color azul —¡cómo la recuerdo! — y bebimos aún tibia del calor de la ubre su rica leche.

Los potros relinchaban, dando carreras y levantando el polvo en la sabana, y los ovejos se desparramaban en el prado, cortando los brotes tiernos de la yerba que alfombraba la llanura.

El canto del arriero junto al estallido de sus largos fuetes, se dejaba oír en el valle:

“Yo tenía un toritoooooooo  
Llamado luceroooooooo  
Que de chiquiticoooooo  
Era buen punteroooooooo  
Fuera, fuera, vaca!

Y otro que ha corrido temprano a trancar en los corrales el atajo de bestias, a todo galope en su potro, eleva también su canto alegre y rumbero:

“En la pueita ei cielooooo  
Hay un santo locoooooo  
Con lo diente a fueraaaaa  
Poi moidei a losotroooooo

Oho! Oho! Oho!

Levantamos los brazos, y sentimos la alegría de la naturaleza que se nos entraba al pecho. El optimismo nos enderezó el carácter, atinándonos la voluntad de vivir y de triunfar. Veníamos enfermos, llenos de apatía, víctima de esa pasividad absoluta para la lucha por la vida, y este contacto con la naturaleza nos impulsaba a sentirnos sanos y alegres.

El frescor de la brisa mañanera perfumada de oreganillos, uña de guaraguao y otras flores silvestres; los primeros rayos del sol que escalaba con su faz deslumbrante la montaña; el canto de la torcaz, de los ruiseñores en bandadas, de las calandrias, de maroítas que ponían armonía en cada rama; la belleza del paisaje, lleno de luz; el ganado, la misma tierra, todo, adelantaba el pensamiento a la realización de positivos resultados. Sentía la clara percepción de las ideas de una mente consciente y sana... y yo venía enfermo de la ciudad, de todas sus miserias y liviandades. Comencé a vivir mi vida interior esa mañana al contacto con la naturaleza.

La escuela estaba acucullada en la inmensa sabana; mas bien, parecía columpiarse en medio de dos cerros que le servían de celosos guardianes: el Cerro Motón y la Sierra de Jácuba.

Lo había visto venir como un inmenso simio doblado el cuerpo hacia adelante y los

brazos caídos, mas tomábale de las manos al más pequeño, arrastrándole, seguido de cuatro de su prole. Le he recibido. El haitiano viene a inscribir en la escuela a sus menores. Me habla en *patois*, y yo le doy a entender que no sé hablar el haitiano. Trata entonces de expresarse en español, y aquí viene el embrollo: lo entiendo menos.

El mayor de sus hijos quiere explicarme lo que me dice su padre; al muchacho lo comprendo mejor, pero yo quiero valerme sin intérprete. Hablo en francés y se le alegra al viejo la cara. Aunque no comprende bien, me entiende un poco.

He aquí el mayor de nuestros contratiempos: enseñar a los que no hablan nuestro idioma, ni nosotros el de ellos; educar, inculcándoles nuestra nacionalidad a los que no tienen nuestras costumbres y eran reacios a nuestro progreso; a los que no habían vivido nuestras tradiciones, ni nuestro heroísmo... eran verdaderamente un problema!

Ahora recuerdo lo que me refería un amigo:

—Yo no les doy la Cartilla de Eladio Homs, la que habla de nuestra Independencia, me decía con muchísima razón don Carlos, que era maestro también en la frontera;—yo no les voy a enseñar a estos negros que en un tiempo ellos fueron nuestros amos; que nos

gobernaron. Yo no les envalentono.

Y sigo hablándole francés al haitiano y a sus cuatro hijos, de los cuales uno, el mayor como dejamos dicho, hablaba un poco el español; los otros "ni papa".

Los nombres de sus pupilos, salieron como yo creí que se llamaban. El haitiano usa apodo; no le gusta dar su nombre, no le vayan a echar "guanguá"; y por eso tratan de olvidarlo.

—*Nom de famille.*

—Debonear— me contesta el viejo.

—TEMPRANO, es nuestro apellido, aclara el mayor.

Yo comprendo que la traducción que me hace el chico es de: *De bonne heure.*

Pero padre e hijo han entablado una acalorada discusión en haitino; uno que es DEBONEAR y otro que es TEMPRANO.

Los pequeños miran como asustados. Es raro el peinado que gastan y la ropa de variados retazos de diversos colores. La negrura de la piel se ve através de su claro vestido; los remiendos en el pantalón del viejo que gritan; el carsón del "piti garsón" a media canilla; los dedos de los pies desnudos como en una eterna rebeldía y sus sombreros de caña, ambos en las manos, dan motivo para un cuadro típico y característico.

Yo escribo en el registro: estos fueron

los DEBONEAR.

Después recibimos la visita de un dominicano que nos fué muy afectuoso y simpático. Hombre de campo, pero no de escasa cultura.

El, nos ha manifestado, que no exageraba el amigo que nos dijo que en estas regiones se hablaba más "patoí" que español. Hasta en el trato familiar es corriente *cortar la lengua*, nos dice. La moneda que se usa es la haitiana y la medida para tela es la *ona*, una vara de longitud arbitraria importada de Haití. Las costumbres y muchas cosas son netamente haitianas...

—¿Y hay muchos "musiésés" en toda esta región? — le pregunto.

— Más que dominicanos... Pasada la Independencia de nuestra República, la frontera quedó por muchos años sin vigilancia, y según hay prueba de ello, las fuerzas armadas de Haití, iban en merodeo, hasta Sabaneta y Guayubín, que es mucho introducirse. Hicieron prisioneros a muchos dominicanos que llevaron de rehén hasta la misma capital haitiana... muchos murieron por allá. Ahora son los civiles, el "musié", el que ha venido pasando la frontera siempre, haciendo sus viviendas, de una casita de tejamanil, en cualquier lugar del camino o de la montaña... Cuando la guerra de Haití de los "CACOCES" y SANDOLITOS" (pájaro bobo y lagartijo), en-

tre el 1910 al 11, por ahí, fuè que pasaron más haitanos la frontera huyéndole a Antoine Simón, de quien se cuenta, que acompañado de su hija montada en un caballo blanco, ésta en el ardor sádico de su bestialidad y criminalidad, gritaba: "FUSILLER!, al entrar a todas las ciudades que quedaron como Juana Mende destruída por el voraz incendio y sus calles llenas y tintas de sangre de los fusilados en masa... No perdonaba ni a los niños, ni a los viejos, ni a los locos... Entonces fué, cuando se quedaron más de los negros aquí...

Recuerdo ahora también, lo que me decía una de mis más distinguidas amigas de Dajabón, cuando en mis primeros días de llegar a esa región referíamos el problema de la población haitiana en nuestro país: "—Esa peregrinación— decía su abuelo, hombre de poderosa intuición, al ver pasar las caravanas de haitianos para el interior,— constituye una invasión pacífica, constante y silenciosa, pero deliberada, de fatales consecuencias en el mañana, si no se le mira a tiempo".

Las costumbres de los pueblos son el sello de su nacionalidad. Estoy interesado en conocer las de los haitianos — le decía yo al amigo con quién hablaba en la escuela.— Deseo saber algo primeramente del "judú".

—Bueno;— me repuso él,— pues el *judú* o *vodú*, es una creencia de los haitianos. Aquí



en Cayuco ya no lo bailan, pero por las lomas de Daví, o del otro lado de la frontera, puede Ud. verlo... Los haitianos son tan aferrados, tan simples, tan ingenuos en esta su creencia, que ellos hacen el ofrecimiento a su *sance* por ejemplo cada año; pero muchas veces, es su *ser protector* quien les pide la celebración de un *vodù*, y los vemos hacer todo lo posible, todos los sacrificios, por dejar satisfecha y complacida esa petición. Si pasado el tiempo en que debieron hacer su promesa, no les ha sido posible celebrar la fiesta, los vemos tristes, apesadumbrados.....y muchos hay, que mueren de *precundía* (Hipocondría).

—Su encerramiento es tal, —prosigue,— que los que son *caballos de lú* o Papabocoses, tienen bajo su sugestión la voluntad de sus crédulos compañeros, hasta el extremo que les quitan sus riquezas y sus mujeres, y éstos las entregan, porque así lo desea ese *espíritu* y hay que hacerle el sacrificio.

—Yo conocí— me cuenta,—un haitiano joven y trabajador, que tenía su mujer, de color indio, que no dejaba de ser hermosa y de tener ciertos atractivos. Se enamora en silencio de ella un astuto Papabocó, y, una noche que fueron a un “*vodù*” que celebraba éste, se encontró que el “*musié Culebro*”, el espíritu que *montaba* el Papabocó, se le declara apasionado de la mujer, amonestando al hombre que



si no se la dejaba gozar, haría caerle a él enfermedades y pestilencias. El haitiano crédulo, pero celoso del honor de su compañera, se impuso al capricho del "luá" y prefirió alejarse, no sin contrariedad en su espíritu, como es de suponer... Pero, cayó enfermo a los pocos días, y volvió a casa del Bocó único médico que conocía para curarse de su mal. Monta su *luá*, y se presenta otra vez "musié Culebro", quien le dice, que no curará hasta que no le entregue su mujer. Ofrece todo, menos su costilla. El *sance* no transige, empeñado en su loco desenfreno. El hombre sigue con su enfermedad. Tiene tristeza y pena. Todos los días se consumía más y se daba en pensamiento a su tragedia. Está sugestionado. No le queda otro camino, y al fin accede. Y fué llevada su mujer a los brazos del Bocó, para que "musié Culebro" gozara la hembra..... No pára aquí; pide más el *sance* para poder trabajar: de que no podía el marido seguir más viviendo con ella. Esta es su última y más decidida petición. Mientras tanto, el Bocó se refocilaba todos los días con la mujer, para hacerle el trabajo, pero ambicionaba, queriendo ser el sólo dueño de la hermosa, hasta que por fin lo consiguió.

Y así muchos hechos: crímenes abominables algunos.

Cuando se fué mi amigo, me quedé meditando ..... Y ese día lejano, me propuse

tomar anotaciones sobre las costumbres haitianas que yo tendría oportunidad de conocer y estudiar. Costumbres que se habían introducido en nuestro suelo, en perjuicio de nuestras familias, de nuestro idioma, de nuestras tradiciones, en menoscabo, digámoslo de una vez, de nuestro progreso y de nuestra civilización.

La República Dominicana ha sido un pueblo llamado a la confraternidad, a la solidaridad y al perfeccionamiento de las instituciones pan-americanistas; pero no podría ver sin extrañeza, la violación de un Estado, más cuando éste ha sido el suyo propio, por corrientes ajenas a sus costumbres, a sus tradiciones, a su política y al disfrute que tienen todos los dominicanos de la felicidad, suprema aspiración del hombre, que le brinda su tierra bella y su suelo fértil.

Así que, el último incidente de la frontera Noroeste, entre civiles dominicanos obrando por su propio albedrío y haitianos que subrepticamente se habían introducido a nuestro suelo, no fué una "casualidad" histórica, sino un fenómeno social.

Ahora podemos decir, que la frontera no separa a Haití de la República Dominica-

na, sino que los une en estrecho abrazo de fraternidad. Somos dos pueblos hermanos, que compartimos el dominio de una isla, *la más bella que ojos hayan visto*, al decir del más grande descubridor del mundo: Don Cristóbal Colón.

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA



---

---

## CAPITULO VI

### LAS BRUJAS. EL LUGARU O GALIPOSE. LA QUE COMIA NIÑOS. CONSIDERACIONES SOBRE LA FE.

El lugar era supersticioso como todos los de esas regiones fronterizas, influenciadas por las creencias de los vecinos de Occidente: crédulos y sencillos en sumo grado.

No dejaban las brujas de espantar en el silencio de las noches, con su graznido de lechuza agorera de la muerte, grito de que se hacen para marcar en la oscuridad su paso, a la vez que el campesino las conjura desde la puerta de su bohío a la mujer infernal: *Sola vayas! A la salina por sal y al infierno por candela.*

Y es que para muchos, las brujas tienen sus privilegios; están dotadas de poderes sobrenaturales por pacto con el diablo o por otras malas artes, y vuelan como cuervos nocturnos, cumpliendo las encomiendas de su fatal destino.

Al hablar de las brujas hiere mi imaginación un recuerdo de mi infancia: vivía mi

familia en El Tengue a kilómetro y medio de la ciudad de La Vega.

Con una vieja Mantilla, regalo de mi madre, todas las mañanas iba corriendo a la escuela particular que en el vecindario sostenía la Señorita Panchita Concepción, hoy Señora de Guzmán Sánchez.

La mañana que recuerdo, uno de mis compañeritos, me invitó a "barajar", y que nos fuéramos a Burende donde le habían asegurado, tenían amarrada a las patas de un catre, una vieja bruja.

Aunque nunca me había ido a vagar fuera de la escuela, en conocimiento de que contrariaba la obediencia que debía a mis padres, y yo era muy formal, pues temía a cualquier castigo que se me impusiera, no puede esquivar la tentación de ir con mi amigo a ver una bruja. Yo había sentido el fuerte aleteo cuando en las apacibles noches ellas pasaban volando por encima de mi casa con su fatal chirrido, mientras mi madre las conjuraba y me apretaba a sus brazos, como para librarme, de la majia que la infernal mujer podía echar desde arriba. Sí, la había sentido, pero verla, ni por asomo. Ahora se me ofrecía la oportunidad de contemplarla con su cuerpo emplumado, corvo el espinazo, su cara reseca, sus cabellos enmarañados, y su boca como el pico adunco de un ave de rapiña, tal como solía

pintarla mi imaginación. Verla, amarrada a los pies de un catre...!

Cuando llegamos, sentíamos la sal de la sangre en la lengua, de la fatiga, pues fuimos corriendo. Y ya era medio día cuando en una casa de Burende preguntamos por la bruja, y, ¡oh, desilusión! Nos aseguraron que era una señora de otro lugar cercano, que se volvía bruja para ir a las casas a echar brujerías; que con mostaza la habían tumbado cuando pasó volando; que amarrada la tuvieron a los pies de un catre, pero que le habían dado ya la libertad.....

Y bueno, el cuento de la bruja a nuestros padres, al regreso en la tarde después de la larga caminata, alentó el látigo al castigo... y nos desollaron de una pela. Desde ese día, no creí en más brujas..... Pero ellas siguen peligrando la imaginación de muchos linieros. Si no, oid mi cuento:

Era una tarde limpia y calurosa. El sol parecía derretirse en la sabana. Yo iba al trote de mi mula Marietta. Desde lejos se divisa el rancho de tejamanil del viejo Desíse, que queda en la ceja del monte, después del llano.

Encuentro al hatiano subiéndose por una escalera, y se encarama en el caballete.

—Va usted a coger alguna gotera, compay Desíse?

—No compé Maïetre...; toi poniende ete



barañ de cabulla aqui..

—Con qué fin, mi compay.

—Pa cogei una bruja, que yo siente pasai tu la noche puensima dei ranche, compé síiii.

—Así, compay Desiíse; ¿y cómo se cogen las brujas?

—Pue, yo poney ete barañe aquí en la camblera, y cuande ella pase boland, ella s' enred... y cai ai suele... síiii.

—Pue yo ignoraba ese arbitrio, mi compay.

—Pue también se jase una oracione, un "tusé"... y se le riega motasa, ajonjolí, cuaiquier cose que sea en granit, así como arena... y cuando ella pasé bolande... y ella baja a recojei, y a tragai granite, síiii...uté le da con un drogué batoné, y ai l' atuidila la amarre bien, con buene sogue, síiii.

—¿Así mi compay..! ¿Y qué es el "Drogué Batoné"?

—Pue e un garrote de palo e cru, coitao en Biene Santo sin jablai con naide un palabre.

—¿Y usted ha cogido alguna bruja?

—Yo no, compé Maietr-. Y entonces me dice que Luisiano uno de Escalante, tumbó una bruja una noche y que resultó ser una vieja haitiana que venía de Port-au-Prince a comprar reses; que ella le prometió para que la dejara en libertad una dos onzas, pero que "Luisian no pendej", le sacó tres.

—Concho! ¡Buen negocio! -exclamé-. ¿Y las dominicanas se vuelven brujas?

—La dominiquen,... Oh! sí Maïetre, síiii!

Y me mencionó algunas señoras que yo conocía; y me refirió que a Doña Fulana la habían tumbado un día que iba volando; y que Zutana hacía viajes a Haití en busca de *guan-guó* vuelta bruja; y que Mengana, dejó de serlo porque los curas que habían llegado últimamente a Dajabón, eran opuestos a todas esas porquerías y ella se había entregado a la religión y confesaba y comulgaba todos los días ...etc —

—¿Y què mal hacen las brujas?

—¿Que qué mai? Huay! Eta que pasa puaqui, ta poi llevame a Fagueliá-.. Él, tenía una de sus hijas ya en cama sufriendo tuberculosis. —Pue ella lo saben to, y lo adebinan to; ella también curan ..; pere, ye no creei en esa jodiende, no compé; son cosa dei l' enemigo mal, síiii. Tu ei que se ocupe de brujerie se condene, compè síiii...

—¿Y cuántas mujeres tiene usted compay Desiise, para decirle si usted se va derecho pa el cielo?

—No ma que tre; pero ye no vive agora con ello... toi ya vieje; ya no tengue gute de na.

Cuando regresé a mi casa, me encontré con el señor Z, un hombre de la ciudad y

no del todo ignorante, ni analfabeto. Le cuento del rato que he vivido en el rancho del viejo Desiise.

—Bueno, yo no creo, pero hay un algo, — me dice de *sopletón*.

—¿Cómo?— le pregunto asombrado.

—Pues le cuento que una noche, estamos mi señora y yo en la cocina, ella preparando la cena. La noche era oscura. Oye un escándalo en el patio y sale para regañar a los muchachos y le grita: ¿Qué pasa? Y yo la oí, le afirmo esto, cuando encima del mango que queda en el patio de mi casa, echó una carcajada una mujer. Todos la oyeron, con asombro y temor a la vez. Era una bruja que se había detenido a descansar en una rama del árbol.

—¿Y ustedes la vieron?

—No; sentimos luego cuando prendió vuelo.

Me contaba la vieja Eufra ... ya octogenaria, pero con toda la lucidez de sus sentidos, que antiguamente empleaban aquí a las brujas en las revoluciones, como espías principalmente, pues como podían volar y hacerse muchas veces invisibles, les era posible conocer los que tramaban revueltas; los que querían tumbar gobiernos, los que traicionaban, y para saber el lugar donde se ocultaba el enemigo, etc.; también, para preparar oraciones y ensal-

mos; para arreglar balas y dar resguardos.

Me refería ella, que un General de la Restauración, que no recuerdo el nombre, estando acantonado cerca de Guayubín, ya era alta la noche, cuando preguntò a uno de sus ayudantes:

—¿Qué hora será?

—Cuando yo pasé por el Cabo Haitiano, eran las nueve de la noche, —le dijo una bruja que pasaba volando a esas altas horas.

Yo conocía el brujo o la bruja, clarividente, que tiene más clientela que cualquier médico; que hace curas muchas veces asombrosas; que sabe dizque encontrar botijas y sacar muertos y entierros; que se dice poseedor del arte de curar todos los males y adivinar todos los acontecimientos. De estos hay por todas partes. Pero de las que vuelan sin aparatos; de las que montadas en chivos van a las montañas solitarias a celebrar reuniones con el diablo, de esas sólo las concebía en la imaginación enfebrecida de los supersticiosos de la Edad Media en la vieja Europa.

Ya no son las *lamias* monstruosas, con cabeza de mujer y cuerpo de dragón que chupaban la sangre a los niños griegos; ni las romanas arpías, con cabeza de mujer también y el cuerpo de ave de rapiña, agoreras de la [muerte de algún enfermo; son estas brujas que vuelan y descansan en los árboles; que

servían de espías a los viejos caudillos; que se *tumban* con granitos de mostazas y se enredan con baraños de cabulla; que viven aún en la imaginación de muchos linieros.

No tan sólo las brujas ejercen su poder de sugestión en aquellos simples habitantes que vivían en la faja fronteriza; están también el Papabocó, árbitro de muchas doncellas y de muchos capitales y no pocas vidas; el galipote o lugarú y el Ba—Moun.

No sólo las brujas tienen dones sobrenaturales; hay hombres y mujeres que se vuelven animales, tales como perros, puercos, burros, etc. A estos se les llaman *Galipotes* o *Lugaruses*. Solo parece que hay una distinción en el significado de ambas palabras. El *Lugarú*, es el que se vuelve perro, mientras que el *Galipote* se convierte en cualquier otro animal.

Una tradición francesa campesina, suponía que las almas malditas reencarnaban en un lobo, al cual la imaginación popular le daba la inteligencia humana, incluso la palabra. A este animal monstruoso, que recorría los caminos como un endemoniado, ya que representaba el espíritu del mal, se lo denominaba *Loup—garou*. De aquí que al hombre fiero, al hombre cruel se le llamara así: *loup—garou*.

Parece que el fantástico *lugarú* o *galipote*

haitiano, naciera de esa creencia francesa.

El haitiano afirma que los ricos para garantizar y defender sus intereses de las asechanzas de los malhechores, se vuelven galipotes. Así de noche, el dueño del bato, velará sus ganados, vuelto un hermoso perro o un brioso caballo.

Los que se vuelven galipotes o lugarú, toman la forma de cualquier animal, para robar, para hacerse desapercibidos, para llevar a cabo sus fechorías, para que no les entren balas o el filo del cuchillo no les hiera.

Me refería uno, que cierto galipote para hacer unas investigaciones de espionaje que se le había encomendado, se volvía un pen-co, forma en que pasaba sin ser sospechoso a cualquier vigilante. Comenzaba a pacer en la sabana y se llegaba hasta los jefes del cantón enemigo, que lo más que podían hacer era recostarse en el manso caballo y hablar de sus planes, mientras éste, poniendo oído a todo, iba luego, vuelto gente, es de suponer, a contar todo lo sucedido.

En uno de los cerros de Capotillo, vivía un haitiano que le llamaban el Mocho, porque era manco de una mano. El Mocho se volvía lugarú, y bajaba de la montaña de noche merodeando como un salteador, robando todo lo que encontraba en la Colonia. Se volvía perro. Pero al azuzarle los de la casa, salían

estos dando alaridos, y si algún valeroso se enfrentaba con el galipote, volvía siempre mal trecho de su osadía, si saliere con vida, pues la mayor parte de ellos morían en el combate.

En conocimiento de que era el Mocho vuelto perro, pues ya corría su fama, le pusieron asechanzas noche por noche. Y fué tal el atrevimiento del lugarù, que me cuentan, que una noche, mientras estaban tertuliano en una casa entró, y el perro de la casa, verlo, y salir dando gritos, fué una sola cosa; y vosotros sabéis, cómo se enfrenta en su patio el perro a cualquier otro ejemplar de su raza.

Como el filo del machete no les hace mella, ha de herírseles con el lomo o con un palo de cruz cortado en Viernes Santo, sin haber hablado una palabra. Para cojerlos ha de valerse uno de un perro que sea cincoño. Así que, al volver a las pocas noches, le azuzaron un cincoño y en un momento que estuvo a la mano, le dieron con el lomo de un colín, pero entre los matojos de la vereda se le perdió el enorme perro herido.

Al otro día, volvieron al lugar de la tragedia, y vieron la sangre que iba dejando en el trillo que había seguido para ocultarse. Siguieron el rastro y llegaron hasta el rancho del Mocho, donde èste permanecía acostado, y, ¡oh asombro de incrédulos!, muriéndose estaba de una fuerte hemorragia el infeliz, tirado en

su estera.

Esto me lo contó una persona seria que dice actuó en el caso, y muchas me lo afirmaron; más yo no le doy crédito, porque habiendo vivido varios años en La Linea, nunca vi un lugarú ni un galipote, apesar de que me señalaban muchas personas, que yo conocía, a quienes le suponían ese don de convertirse a su voluntad en animales, sin ser tan burros que comieran yerbas.

Me contaba otro amigo, que a una de sus hijas una señora haitiana quería comérsela. La niña enfermaba día por día, sin encontrar remedio que la aliviase. Una tarde, halló mi amigo a su mujer, peleándose con dicha haitiana que había venido atrevidamente a la puerta de su casa. Quizás instintos malos se removieron en él, cuando a ella se avalanzó, pero ésta salió huyendo y solo se concretó a vocearle:

—Come muchacho!,...pero esta hija mía no te la comes tú!

Si he comido niños, ninguno ha sido tuyo—, le repuso la mujer que huía.

Pero ella insistió, y volvió una noche vuelta *lugarusa*, me dice él. Me estrujó unos perritos que tenía amarrado en una ciruela en el patio de la casa... Al otro día, me fui al pueblo y conseguí un perrito cincoño, y vuelto a casa me preparé con mi *drogué ba-*



tomé. Volvió esa noche y cuando estrujaba a uno de los perritos en el patio, salí yo con mi cincoño y mi garrote. Le *chubé* el perro y la embistió... Corrí y le eché mano y le dí palos, que no la maté, sabe Dios por que. La solté, y los perros fueron ladrándole hasta la misma puerta de su casa. Eramos vecinos.. Al otro día, supe que guardaba cama de los golpes que le propinè.

—Y tenía la forma de un perro?— le pregunté impaciente.

—Así e; vuelta lugarusa, en forma de una perrita negra.

—Caramba!—exclamé.

Averigué sobre los denuestos y baldones con que mi amigo había menoscabado la honradez de la haitiana a que aludía, y todos sus vecinos me afirmaron, con esta expresión criolla: "Le dijo baibaridade y ella le gritó: *que si había comio niño, no eran lo dei*".

Es decir ¿què hay quiénes coman niños?

Cuando en el "Vodù", el *ser* pide un animal sin cuernos, me dicen, que se refiere a un niño.

En la ciudad me afirmaron, de que de cierta Señora, se comentó mucho la muerte de un hijo de crianza... de que en sus manos se habían perdido muchos... y de que era una deuda, más bien una ofrenda que debía hacer a su *sance* protector. Otros llegau a

decir, que es un pacto que tiene con el Ba-Moun, con en el diablo. Lo cierto es, que ella llegó a dar muchos "vodú", en sus recorridas por Haití.

—Todo es una sugestión. Y usted sabe, que el que cree y tiene fe, donde no hay nada le parece ver un mundo-. Así me decía un buen amigo de la Línea.

Haciendo un paréntesis en una divulgación científica, a los soldados de la República, el Dr. Fabio A. Mota M. en su libro *PRENSA Y TRIBUNA*, Editorial La Nación, año 1939, refiriéndose a las brujas, a los exorcismos, a los amuletos o talismanes, etc. dice: "Si pensáis sin prejuicios en estos recursos rodeados de misterios encontraréis en el fondo de ellos, esta verdad: La sublime inspiración de la fe.

"La fe, señores, debe merecer siempre nuestro respeto y nuestra veneración, ella es el alma de nuestras religiones; con ella se han edificado la moral, las ciencias, las artes; la fe es soplo divino que alienta la vida del hombre".

"Yo no os miento, ante las fuerzas ocultas de la naturaleza, no puedo hablaros sino con respeto y recogimiento".

Creo en la fe, pero hay otra fuerza también superiorísima: la sugestión. Ambas mueven montañas!



---

---

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

## CAPITULO VII

### DAJABON. CAPOTILLO. EL SENTIDO DE LA MUERTE. UN "BAISIE". "VODU"

Dajabón está como en el fondo; en un rincón de la Sabana de Beller. Sombreada la ciudad por añosos árboles, se asoma a las frescas aguas del milenario Massacre, que corre silencioso por un cauce de aurífera arena. El río sirve de frontera con la República de Haití. Un puente de madera, había entonces, que atravesando uno, por el sólido edificio de la Aduana, que ha servido siempre de Cuartel a nuestra armada, salta el río, y ya se estaba en tierra extraña.

La ciudad antiguamente había sido amurallada, pero ésta fué derribada, debido a la necesidad de urbanización que en tiempos mejores, le dió' carácter de pueblo progresista y de un futuro grande que no ha llegado a gozar.

En el tiempo de mi primera visita, Dajabón era una ciudad muerta, de vida aldea-

na y pastoril. En cinco años a esta fecha, ha progresado más que en su vida de siglos.

El mercado no era ese hermoso edificio que se contempla hoy soberbio, sino una pequeña cuadra despoblada, donde solían ir dos veces por semana a hacer feria los campesinos y los camioneros que traían las viandas de Santiago o de La Vega, proveyéndose el pueblo así de las perentorias necesidades que brinda la agricultura, que era muy pobre en toda esa región dedicada casi exclusivamente a la ganadería. Estas ferias, la hacían los haitianos, que por vender un cajón de gaudules por tres centavos, caminaban a pie treinta o cuarenta kilómetros, comprando con su producto un arenque de a dos, y un centavo de cazabe. Pero eran tantos, que parecía una fiesta de Antigua de concurridisima.

Un destartalado casuchón, vieja enramada que sustituyó al que de mampostería se había derruido, servía de iglesia, donde el culto, por esos tiempos, no solía efectuarse sino de cuando en vez.— Al cura político y galleró, lo había sustituido un pobre asmático, sólo dado a releer a Don Quijote, que era lo mejor que podía hacer...—. Hoy, regalo del Generalísimo Trujillo, se levanta una bella iglesia, de modernísima construcción, con su alta torre, donde los oficios divinos no han dejado de celebrarse con regularidad y entusiasmo. La feligresía

está en manos de Misioneros Jesuistas, (Misión Católica Fronteriza) sabios y doctos, que con sus ejemplos de seriedad han vuelto el fervor cristiano a esa Parroquia.

La Casa del Municipio, no era ese fresco y cómodo edificio de hermosas líneas, de dos plantas, que se contempla hoy frente al parque, sino un caserón, que llamabamos "Casa del Pueblo", caluroso y antiectético.

Las calles eran descuidadas, pero había alegría, eso sí, en el parque sombreado bajo el robledal... en las mismas calles...; y en las tardes domingueras, nos íbamos al Fuerte de Beller a darnos a la poesía y a las manifestaciones propias de la juventud.

El Fuerte de Beller, no era mas que un sitio simbólico, donde sólo podían verse las zanjas abiertas como cicatrices, de algunas trincheras y una que otra pared a flor de tierra, que indicaban donde se elevaba el edificio bañado tantas veces con sangre de patriotas, y enlodado en las batallas campales de nuestras guerras partidaristas, luego.

Aquel placer era fresco y encantador.

El paisaje era robusto; la sabana bella; el panorama con los altísimos picachos de la Cordillera Central, imponente.

Hoy, en estos sitios del Fuerte de Beller, se levantan los confortables y bellos edificios de una granja agrícola: un hospital, una es-

cuela, una casa de dos plantas para familia y oficinas, gallineros, establos, etc.

La sabana entonces cubierta de dorados pajonales, donde dormía la historia heroica de nuestro pasado guerrero, se ha convertido, al paso del arado con su dura reja en las entrañas de la madre tierra, en cauto al trabajo, a la espiga y a la paz.....

El progreso ha puesto otra perspectiva en el paisaje.

Las tardes de los domingos que no solíamos ir a "la sabana", pedíamos permiso y nos íbamos a Haití. En Haití fue donde por primera vez vi bailando el "Vodú".

Pero he resuelto llevarles en viaje a Capotillo, a las serranías del Mocho, para darles a conocer lo que yo ví hacer en tierra de nuestra Patria, a los bailadores de judù, y, también por los recuerdos que me trae aquella noche entre los cerros de esas altas montañas, cumbres que fueron de nuestro grito de Restauración.

Mi compañero de viaje, era un hombre de pelo en pecho. Por eso, no salía de sus predios, como decía, sin antes hacerle una visita al río. El río era la gran despensa. Sólo había que presentarse y por cinco o seis centavos, se conseguía la botella, cuantas quisieran, de "tafiá", que aunque contrabando, lo vendían algunos negros que se estaciona-

ban del otro lado de la orilla del río, correspondiente a Haití, donde expendían su mercancía que llevaban en calabazos, a los bañistas dominicanos, por el módico precio que dejamos asentado, frente a las mismas autoridades aduaneras, que se hacían de la vista gorda.

Rien preparado él de montura y de tragó, y yo en un hermoso caballo alazano, nos dimos a la ruta.

Al salir a despoblado, en la sabana, se ofrecían magestuosos en primer término, el Cerro de las Mercedes, cubierto de frondosa vegetación, y el de Juan Calvo, desnudo en el llano como un inmenso burro bayo perezoso y altivo a la vez.

Célebres alturas son éstas, la una, por la batalla en que perdió la vida el Capitán Piz Ramos, asesinado alevosamente, después de herido, por su antiguo compañero el vandálico Dosilién; y el otro, por el constante asedio de que fué parte en el 1912, donde demostró ser inexpugnable a las armas y al valor de nuestro pasado revolucionario.

Más allá, después de las Mercedes y de los Cerros de Partido, elevados más altos que las estrivaciones de la Cordillera Central a que pertenecen, perdidos en el horizonte, se contemplan en un con color gris pálido, el Nalga de Maco y el Pico de Gallo. En este



nace el Artibonito, río que sirve en parte de frontera y se interna luego en Haití, llevando sus caudalosas aguas al Golfo de Leogane.

Para llegar a Capotillo hay dos caminos: el uno, el de Don Miguel, atravesando la Peñita, paralelo a la Frontera; el otro, es carretero, por Loma de Cabrera. Nos vamos por D. Miguel por ser más corto a lomo de bestia.

Al contemplar tan rico pasto, donde no se apacienta ni un solo ganado porque la frontera, era una vorágine, uno piensa..., pero mejor es no pensar nada...

Antiguamente había algunos "botados" de haitianos a lo largo de este camino. Atravesando a Doña María, se baja al Massacre, y al subir se encuentra uno con el cuartel del E. N., donde viven los militares que prestan sus servicios de vigilancia, y en otras casitas, sus familiares.

El camino es llano, de pastos naturales; sólo algunas cicatrices se abren en la sabana como zanjones. Un galope, y nos encontramos frente a Capotillo haitiano, una pequeña ciudad o villa, unida por una carretera que se contempla como una cinta blanca, con Juanamenthe.

Se sigue en la sabana, pero Capotillo dominicano, está entre cerros que hay que bordear.

Se pasa cerca de la Joya, y se pueden

contemplar los ricos conucos de la colonia de penados, donde el trabajo regenerador, y la enseñanza, y economía que se les imparte, dan al delincuente la sensación de nueva vida. Es una de las obras de más significación de la política del Generalísimo Trujillo.

Entre los diferentes cerros que componen a Capotillo, en uno de ellos, como dejamos dicho, se dió el grito de Restauración el 16 de Agosto de 1863. Detrás de estos cerros, están las montañas y montes de Chaplé, Barrús y Carriassans.

Don Carlos Ma. Hernández, maestro que fué de la Escuela Especial Fronteriza Gregorio Luperón, de la colonia de Capotillo, un 16 de Agosto, colocó en uno de los altos, la bandera nacional que flotó airosa y heroica a los vientos de la libertad.

Somos de opinión, y ojalá sea bien acogida nuestra sugerencia por autoridades y pueblo que nos lea, se coloque una lápida o mejor, mucho mejor, un obelisco, que conmemore tan fausta fecha y diga al viajero donde nuestros patriotas se dieron cita, para elevar el pabellón señero de la Patria, y emprender "el incendio que atónito deja de Castilla al soberbio león", dando a la libertad la segunda República.

Es largo el camino, dos horas a lomo de buena bestia, después de atravesar los

arroyos Tetashual (Cabeza de Caballo) y Ben-sant. Hoy tienen otros nombres: uno se llama Cobán. Por Loma de Cabrera, se toma montura en esta ciudad y se pasa por la Colonia Benefactor, y da gusto atravesar a caballo toda esa región ricamente cultivada, donde el canto del labriego se une al de la escuela, en estas apartadas regiones, andurriales que fueron de haitianos, que venían en merodeo tras el ganado que se acercaba a la frontera.

El poblado de la colonia de Capotillo está dispuesto en círculo, elevándose en el centro el Cuartel del Ejército. Tiene comunicación telefónica y cartería rural. Las casitas están pintadas con tierra rojiza, y parecen recostarse bajo los cocoteros y naranjos.

He llegado a la hora en que el sol baja tras las altísimas montañas, haciendo adelantar y dilatando siempre el crepúsculo; en una tarde anémica.

Nos alojamos en nuestro hotel, y luego giramos una visita.

Llama la atención entre todas las casas estandarizadas, de galería al frente, una: por el mueblaje hecho de bambues del país, y por lo rico y santuoso de los manteles y vajillas. Es la morada de unos filandeses. Hay enfermo.

Entro a la sala de la moribunda, y me recibe su hija, de una hermosura, que nos-

otros los hombres de campo, comparamos con la de aquellas potrancas de fina raza, que bajo el cuidado de un amo solícito, crecen en las caballerizas o indómitas en la sabana.

Los cabellos bien cuidados, rubios como las eras espigadas de arroz movidas por la brisa mañanera; una blancura en la piel que ha tomado el rosado del trópico; los ojos azules como los lagos de su tierra báltica; sus mejillas rosadas, y su boca como el sumo rojo de la bija; los dientes como florido cafeto; sus manos, como los pies, en encantadora proporción; frescas y lozanas unas amplias caderas; de torneados y robustos muslos que enmarcan, a través de la transparente falda de seda que sube por encima de sus bellas rodillas, como un canto perenne que obsesiona sugestionando los sentidos. Tal es la hija de la moribunda que, sentada en otra pequeña sala desde donde podemos mirar a la desfalleciente, ha dado porque hablemos de amor...

¿De qué otra cosa puede hablarse al lado de una mujer hermosa y ardiente, que tiene la obsesión del amor que brota en ella como del sol los rayos luminosos? Siempre habíamos hablado del amor...

Nos miramos a los ojos. Pero yo algunas veces miro a la moribunda que es su madre. Me aterra ver a la enferma... y hablar de lo que es vida. Mi amiga no. Y es su

madre. Ella no sabe cual es el significado que ha de darle a la muerte. Hay en su espíritu una gran duda...

Yo la miraba; la escrutaba en los ojos. En ellos leía el espanto de una verdad: la muerte; tal cual nosotros la vemos. Antes, ella, no la hubiera visto así; otras ideas le habían inculcado.

Entra el padre y yo exclamo mirando a la enferma:

—Triste estado!

—¡Oh, no!— repuso sorprendido.— Nosotros no tememos a la muerte como ustedes los dominicanos. Para nosotros tiene otro significado esa evolución, ese cambio. Ella ha sufrido su enfermedad. Ha cumplido su destino. Morirá. Ella va para un viaje... A nosotros no nos apena que ella se vaya... Para ustedes, no es alegría viajar?..... Pues ella va de viaje.,.... va hacia Dios.

Para algunos, la muerte es la nada: no hay más vida. Para nosotros la muerte es un trance doloroso: que nos entrega a la gloria o al infierno, según nuestro comportamiento aquí en la Tierra. Para estos, la muerte es un viaje hacia Dios. ¡Cuántos sentidos de la muerte!...

Las compañeritas dominicanas le han infundido un miedo, un temor a mi amiguita. No es un viaje, —le razonan—, porque se va y

no vuelve. Es otra vida que la espera; una vida que ofrece una gloria imposible, según mi amiga, de alcanzar, o un infierno, donde van los réprobos, hasta por un mal pensamiento, hasta por un deseo insatisfecho. .Ella no cree en el pequeño viaje lleno de alegría de que le habla su padre. En ella existe un determinismo psíquico: afectación del infierno de los dominicanos — según me dice—, que le habla a la mente de un fuego incomparable a las llamas del oxígeno incandescente, donde le esperan, a la madrecita querida, todos los sufrimientos, los más despiadados y eternos sufrimientos que la mente humana en su neurosis, no ha podido concebir. Pálido resultaba en la imaginación de ella, el infierno del Dante.

—Nosotros no lloramos, como Uds, a nuestros muertos... — me ha dicho el viejo;—le cantamos. Deseamos que entre cánticos llegue hacia Dios... Yo desearía enterrar, a esta la compañera de toda mi vida, bajo aquel mango,— y me lo señala con su mano estropeada por el duro batallar con la tierra.

Ella, mi amiga, sabe que los dominicanos tienen una diferente religión a la de ellos. También, que difieren sobre el concepto de la muerte. El trópico se le ha entrado en las venas, así como el sol le ha dorado la piel, y ha ido borrando un poco de sus costumbres

y de sus creencias...; Oh el medio!

Por eso, al morir su vieja, lloró junta a sus amiguitas las dominicanas, mientras los suyos entonaban cánticos religiosos, acompañados de un viejo piano portátil, que habían traído de Finlandia. Lo único que ellos lamentaron, fué que no se la dejaron enterrar bajo el mango sombrío...

Y ella maldijo frente a la moribunda... Le parecía que no era para un viaje.... todos los viajeros regresan... .. los que van a este viaje, no vuelven.

Al retirarse su padre, me ha pedido volvamos a nuestro tema, pero antes me ha preguntado:

—No sè;— me dice,— si en verdad mi madrecita va de viaje, y aunque fuera, yo no podría dejar de llorar; nunca me he desprendido de su lado; pero no sé si es de viaje, o si es que termina... pero ¿y qué le parece el infierno?— termina preguntándome.

—El infierno?..... Bueno; hablemos de otra cosa.. del amor, que es alegría y del dolor; no porque la alegría sea inmanente de nuestro estado de ánimo y el dolor sea la fragua para hacer fuerte y purificar el alma, sino porque es lo más humano y puro que tiene la vida, siendo lo más eterno..... El amor..... es una de las semejanzas que tiene el hombre con Dios—. He hablado sin saber qué digo,

sin meditar las palabras; y hasta le he preguntado: —¿Tú crees que Dios no siente el dolor?

—Dios?..... Dios es malo porque mata a mi madrecita.

Yo, que siento un gran respeto al Creador, Verdad Suma, y que me han infiltrado, más bien, yo he heredado ese temor que me impacienta para llevar una vida feliz, social y provechosa, cuando el fantasma de la muerte se me presenta amenazador en mi subconciencia, no pude sino sentirme con una pesadumbre vasta como el universo, al oír la desesperación de mi amiga, frente al doloroso cuadro de la madre moribunda.

Ya la noche nos había cubierto con su sombra, y débil lámpara de tubo desde un rincón, en una mesa, disipaba en la sala la oscuridad.

Pedí excusa a mi amiga, y me despedí. Antes di un vistazo al camastro de la enferma; pálida como un cirio, descarnada como una tuberculosa, sumida en un semicomma, lanzaba sin cesar un pequeño alarido meningítico, que no podría olvidar nunca.

Al salir a la galería, la noche me esperaba, y como un ladrón me saltó a los ojos. Me detuve para habituarme a la oscuridad. Llevaba el fantasma de la muerte en la retina, melancólico, obstinado, desesperante... Me



oprimía el corazón.

El terror y la amargura sangrienta de tanto fantasear el sentido de la muerte, me sorprendía en el pensamiento, no de la gloria de los bienaventurados, sino de las tinieblas de *los de allá abajo*, que tanto infundía dudas y desconsuelo a mi amiga, en aquellos, en frenética desesperación, en loca angustia, en suplicios del alma, condenados para toda la eternidad a la repugnancia y al horror.

Sigo de pie en la galería con los ojos abiertos, y como si estuvieran cerrados. La oscuridad era tan densa que no se veía a un palmo de distancia.

Oigo a lo lejos el repiqueteo de un tambor; sonaba como aquellos que en los días patrios en La Vega, un grupo de bomberos o de guardias con cornetas, tocan a toda marcha a las puertas de las jentes pudientes o en las pulperías o en los cuarteles. Como perforando la oscuridad de la noche, el tambor viene ahora acompañado de un clarinete y una flauta que suena desafinada.

Llamo al compañero, que no es el horrachín del camino que se ha quedado durmiendo su jamera, sino un joven robusto del lugar que ha corrido presto para guiarme.

—¿Y esa música? —le pregunto.

—Es un "baisié". ¿Vamos?

—¡Oh, sí.—

Cualquier música es buena para infundir se ánimo; para no sentirse solo; para quitarse cualquier pena.

Y guiado por el compañero en las irregularidades del camino que se hace montañoso, llegamos donde tocaban el "baisió".

El bohío de donde salía la música era un ranchito de tejamanil, ladeado en la pendiente como un cuervo que va a emprender el vuelo en la noche; destartalado como un fotingo viejo, la puerta parecía estrecha; los rayos de luz que salían por la entrada y por las hendidias, de un quinqué que amarrado estaba con una soguita a la viga, parecían animitas y cocullos que vagaban en la oscuridad. En el patio, por el lado de la cocina, había una fogata donde estaba la cantina al "sereno" metida entre unas árganas. Sólo a la vista estaba una botella como muestra y un cajón con dulces: panecicos, coconetes y tabletas. El salón resultaba estrecho como una caja de arenques, donde sólo cabían los que estaban. Para verle la cara a los músicos, que se encontraban en un rincón, había que abrirse paso, empujando. A pesar de que la noche era fresca y corría la brisa del valle que subía al cerro, al irrumpir a la sala en que bailaban, se sentía una atmósfera pesada, caliente como la de un horno. El olor es fuerte y desagradable. Olor a negros sudorosos. La danza

es lúbrica, libidinosa. Baile de negros. Las caderas se mueven al compás de la música como en un desesperado epasmo de lascivia. Es carnal. No es abrazo sino caricias las que se prodigan, hombre y mujer, formando solo un cuerpo, como en la consecución de un acto impúdico. Así lo vi desde la puerta. Entré. Sentí el mareo producido por el olor del negro, y del "clerén" derramado por el suelo.

Me abrí paso hasta los músicos: eran cuatro negros. Uno tocaba un clarinete, sin dejar de tener cierto dominio y maestría en su instrumento; era el director. Gastaba un traje sucio "como la lega", y era el más limpio y decente que estaba vestido. Otro tocaba una flauta que él mismo había hecho con caña de Castilla, enchufados los gajos para darle largo, y sonaba bueno, aunque muchas veces, casi siempre, fuera del tono en que tocaba el clarinetista. Era aquél un muchacho al parecer de campo, como el que tocaba el "baisiè", una especie de tambor achatado hecho en el tronco de un palo hueco. El negro, sentado sobre él, como si se tratara de un buen potro, lo acariciaba algunas veces con los palillos batiéndolos muy de pronto; otras con las manos, frotándole con los dedos el parche, produciendo cierto sonido característico, como el zumbido de una enorme abeja; las más, tamborileándole, soltándole papirotazos

al cuero del chivo, que no dejaba de pujar como en un grito de desesperación. El canto lo llevaba el del "baisié", con su boca florecida de blancos dientes. Le acompañaba un negrito, el cuarto, que parecía rasguear una destartada guitarra, hecha al parecer con tablas de caja vieja, haciéndole el "falsete". Éste, mientras cantaba, bailaba con su guitarra, las más de las veces; la acariciaba como si fuera a una mujer las caderas; la relajaba como a una hembra, y en el enmarañado cordaje, le frotaba los bembes prodigándole besos como en la boca a una meretriz.

El canto era algunas veces tétrico, otras apasionado, pero ardiente y lujurioso siempre:

“Ñon tifi quio Ieshiná  
qui vini monté anjó  
Ieshiná to to..  
Dus pasesigo  
dus pasesigo  
Ieshiná to to.”

*NOTA:— No se hacen contar ni el que tocaba las maracas, ni el que le daba a la güiru, porque estos dos instrumentos estaban a cargo de casi la mayoría de los bailadores que eran diestros en sus manejos; ellos cantaban también.*

La sensualidad de la fiesta parecía que fermentaba.

Al verme los músicos, hicieron silencio, echándome a los pies la música. Yo hice el cumplido. Tomaron luego los instrumentos y, ¡oh sorpresa! trataron de tocar nuestro Himno Nacional. Yo los paré de súbito. Y dí las gracias. Entonces me ofrecieron un frasco, y le caté un sorbo, para dejarle complacido.

Pedí "tafiá" y le ofrecí a músicos y a bailadores. La fiesta era mía...

Y me di a borrar entre haitianos entregados a su danza enervante, la imagen de la enferma y de la muerte.

Me ofrecieron la más esbelta de las mozas; parecía tímida. Podía tener 15 años. Su carne perfecta, papitante, de color de fondo de paila, pero de cutis terso y suave como el pétalo de una rosa; sus senos que sobresalían del retajo a la blusa de muselina estampada, parecían dos palomitas inquietas, que vibraban como el cordaje de una guitarra al impulso de una mano sabia; sus caderas amplias que obsesionaban y un vientre cálido, acogedor como un lecho que invitaba a la orgía, al desenfreno, "al rito de la misa predilecta", que dijera uno de los príncipes cultivadores del verso negro... Era todo el encanto que podía ofrecer.

Olía a mujer, a hembra, a semen.

Los músicos tomaron sus instrumentos; el del "baisié" cerró los ojos y abrió la boca alargando los bembes, se desató de su lengua el canto y espoleó su montura, acariciándole la piel estirada.

"Tibolit sandé manyé, manyé ¡oha!

Tibolit ¡oha! ¡oha!

Tibolit sandé manyé, manyé,

Tibolit ¡oha! ¡oha!

Yo apreté por la cintura a mi morenita, que se entregó al "baisié" nerviosa, ágil, movediza, con lúbrico deseo.

Los pies casi no se mueven... son las caderas, el vientre. La música parece fuego, más bién brea derretida..... El olor ha terminado por sernos familiar... Ha habido resbalar de cuerpos hechos para la caricia y para la danza enervadora..... El "clerén" pasa de la botella a la boca ardiente... se desparrama por el suelo...

Yo no soy yo... ni acaso pienso. No podía menospreciar la hembra de cuerpo sabio en lances de amoríos. Yo no soy yo, porque soy lo que soy. Era por desvanecer esa conciencia indecisa que me di al baile.

Hay muchas influencias mórbidas que se ocultan en lo más puro de nuestro ser. Hay un complejo psíquico inconsciente, profundamente hundido en el alma. Nosotros sólo tenemos el dominio de lo que está ilumi-

nado por nuestra inteligencia y reprimido por nuestra voluntad, pero existe en nosotros, depositado inconscientemente, sin darnos cuenta, todos los acontecimientos, todo lo ocurrido, todos los hechos de la vida, desde el hombre primitivo hasta el actual. Todo se halla vivo. Sugetados los instintos por la educación, rechazados por incompatibles con la moral, van indeliberadamente manifestándose, hasta que el impulso es grande, dando esos estados graves denominados neurosis. El sufrimiento del neurasténico — escribe un neurópata — es la reacción contra aquellos instintos rechazados y demuestra la insuficiencia de la barrera que, por grietas incomprensibles, deja filtrarse aquel contenido. Lo que quiere decir, que no somos morales ni sociales sino por la coerción que nos impone la educación, apoyada en el temor a diversos castigos. Hemos hecho callar al animal, al primitivo, al ser brutal que todos llevamos dentro — termina diciendo.

Ya Ramón Marrero Aristy, escribió a "Baisié", — no lo he leído —; pero si algún día escribo a "Baisié", diré por qué escribí esos párrafos anteriores, si el caro lector considera poco oportuno y mal traídas esas consideraciones. Así es que os dejo con la ansiedad de seguir leyendo algo sobre el haisié, y yo me quedo con igual ansiedad de escribir a "Baisié".

No corría aún media noche y la fiesta seguía en su apogeo, cuando oí:

—En la loma hay un vodú.

Yo no sé quién lo dijo, pero pudo ser mi compañero.

—Vamos al vodú—exclamé.

—Es un poco lejos— me ha dicho en *creol* mi hembra, deseosa de seguir bailando merengue, congó y “maitinica”.

—Pero contigo, negra, no hay nada lejos... ¿Buscamos caballos?

—No; vámonos a pie; pueden robarnos los estos haitianos,—dijo mi compañero.

Y nos dirigimos al corazón de la selva: a una alta montaña. El camino era fatigoso; la oscuridad de la noche no nos dejaba entrever el peligro, pero sentíamos el abismo.

Los cuerpos iban ardientes, pero la brisa refrescaba la cabeza aguardentada. Era verdad que las estrellas estaban borrachas y que la tierra patinaba haciéndole perder el equilibrio a los pies.

Yo quería ver el vodú en su estado salvaje y primitivo.

En los alrededores de la ciudad, donde lo había visto, siempre estaba la autoridad, representada por la policía, para imponer el orden. Yo ahora quería verlo entre estos que no tienen ley; quería sentirlo desenfrenado, tal como creía verlo.



Circulado de un silencio de yermo, por donde dormía la soledad, siguiendo el *tun, tun* de los tambuses que oíamos alguna que otra vez, y el trillo que nos bailaba en los pies, después de más de hora y media de caminar, avistamos el "ballí".

Había cuando menos unas trescientas personas. En grandes enramadas, preparaban la comida del *ofrecimiento* para los visitantes. Es obligatorio dar comida en el "vodù".

El retumbar de los tambuses oídos de cerca junto al cantar de los que ebrios se entregaban al baile, parecía el tronar de una tempestad en los montes que venía debastándolo todo. Era aquel estruendo, como un monstruo que se tragaba la noche en un grito desesperante.

Tau pronto entramos el Jefe Papabocó, el que montaba el "Vodù", se nos acerca envuelto en su túnica roja de ritual, adornado de plumas y collares de cuentas de vidrio y vértebras de culebra.

Muy atento y con mucha cortesanía nos extiende ambas manos cruzadas según el uso sanista; nosotros le damos las nuestras y las aprieta; trata de atraerlas al suelo, como desprendèrnoslas. Nos damos la bienvenida, y mi compañero le explica quien soy y de donde vengo...

Nos declara huésped de honor.

—¿Qué desean? ¿En qué puedo servirles?— nos ha dicho en “patoi” que yo entiendo.

—Gracias, nada; sólo hemos venido por curiosear, y muy contento de conocerlo.— Fué nuestro corto discurso.

Nos busca sillas y nos aloja cerca del altar. Nos ofrece un trago—no se asombren— de Pedro Domecq— siempre se usan bebidas finas para los ritos, — y cigarrillos *chesterfield*.

Por la bebida y los preparativos, comprendo, que persona rica es la que hace el ofrecimiento de este “vodù”.

Nos sentamos a contemplar el baile. El Bocó se coloca a nuestro lado y nos atiende con distinción; para ello cuenta con una numerosa servidumbre. Es un hombre ya mayor y demuestra hasta cierto respeto. Su cara está surcada de grandes arrugas, y había como una gran pesadumbre en ella. Parecía patriarcal envuelto en su túnica roja, con plumas y collares. Fumaba un cigarro que movía de uno a otro rincón de la boca y no se lo apiaba ni para hablar. Escupía incesantemente y era el que menos borracho estaba de todos los Rocoses, pues habían más, que han venido a hacernos su cumplido.

Todos los que están dentro del “ballí”, bailan y cantan, y, hay algunos “montados”. No bailan en parejas. Hay como un fervor místico en todos los que se entregan a la dan-



SP

za. Todos mueven las caderas, culebreándose y hay algunos que en su sacudimiento, demuestran los estertores de una sensualidad en su paroxismo. Hay uno, que se arquea para atrás llevando hasta el suelo la cabeza que sigue como un péndulo en movimiento, y como si no estuviera articulado el hombre. Unos encorvando el cuerpo brincan; otros dan gritos y saltan con hipos de moribundos; hay los que están en el suelo como muertos. Parecen todos inconscientes mientras cantan:

“Tusá tusá relé tu Solongó

Tusá tusá relé tu Solongó

Luego cambiaban el canto y proseguían:

“Bonjur papa Legba bonjour

Ti mun muen yo Bon”.

Los cuerpos estaban sudorosos. La atmósfera cargada de olor a negros, a tabaco y a clerén. Se ha bebido mucho, y muchos están ebrios, echados en los rincones durmiendo su borrachera...

Algunas veces hacen sahumeros de incienso para espantar los espíritus malos, y otras desparraman por el suelo aceites olorosos, para atraer a los buenos.

Un hombre ha tomado con las manos candela de una fogata, y la ha llevado a su boca, y la ha comido, prosiguiendo luego el baile y su canto.

Han querido demostrarme en lo que son

diestros.

Un negro de contextura musculosa, *borracho como un perro*, trae un cuchillo en las manos; pone la punta acerada sobre el torso desnudo; se acerca a un estante de la enramada y trata de introducirse el arma, mas ésta cae rota por el suelo. Este mismo ha vuelto a tomar otro cuchillo; lo ha puesto en la misma posición pinchándose el vientre; se pone rígido, y se deja caer a tierra encima de la punta, pero antes de llegar al suelo, queda el cabo por un lado y la hoja por otro. Y sigue su baile, como con unos ataques espasmódicos.

Muchos se estrechan al suelo. Se derrama agua por todas partes, y se ha bebido de lo lindo.

Los sacrificios habían sido hechos; ya las aves, carneros y chivos, estaban en las ollas cocinándose al fogón.

La fiesta no decae; al contrario, parece subir a cada momento el termómetro del entusiasmo. Son incansables los tambuses en sus pujidos; las cantoras se turnan, y salen nuevos cantos y hay muchos como con baile de San Vito: estremeciéndose y temblando de pies a cabeza.

Y a pesar de todo, dentro del Ballí hay como un respeto y fervor en las ceremonias. Recato, no podría haberlo porque la danza

es demasiado sensual, pero no ha habido actos extremos de inmoralidad.

Se le ha ofrecido comida a todo el mundo. A nosotros nos ha tocado una hermosa pava horneada, que con buen vino abría el apetito. También hemos comido maíz tostado. Es señal de rendimiento y adoración. Es comida sagrada.

Muchos han venido a ofrecernos "tragos" y nosotros hemos derramado el contenido en tres sitios, para dejar así complacido al que nos los ofrece, demostrándole al sance que no le desairamos.

Había carne de ternera, de chivos y de aves de corral. Arroz y gandules. Todos saciaron su hambre sin costarle nada. Había maíz tostado, cazabe, "yonyón" y molondrones. De "claren" una barrica, del cual se servía uno, sin pedirle permiso a nadie. De aquí el gran número de borrachos. También se obsequió tabaco.

De todo esto se le ofreció a los seres, colocándoles la comida en el altar, en los troncos de algunos árboles, o en el arroyo, donde fueron a llevarle una buena parte de carne de ovejo, maíz tostado, arroz y gandules, lo que echaron por el agua, no recuerdo a que "sance", mientras le entonaban algunos cánticos.

Casi al despedirnos, se presentó un in-

cidente. Habían vuelto a bailar y una mozuela, como de unos diez y seis a diez y siete años, comienza a desgarrarse el vestido, como en un ataque de borrachera o de locura, y se queda como Eva, en "pelota". Negros senos como tallados en madera y barnizados de hollín; cuerpo juncal, flexible y bien proporcionado, brillan en su desnudez bajo las tristes lumbres de los quinqués que cuelgan de las alcayatas y de las alegres llamas de las fogatas, que con leños de guaconejo, perfumaban con el humo desde el suelo. La negrita comienza bailando; levanta los brazos serpenteándolos; mueve sus pies y se estremece todo su cuerpo, mientras sus cimbreantes caderas llevan el compás de un canto lujurioso. . Baila como Friné.

Nadie le ha tocado; y a no ser a mi compañero y a mí, a nadie parece llamarle la atención... pero sí... una mujer trata de cubrirla; mas ella se ha desgarrado nuevamente el manto, y cae como desfallecida, casi a nuestros pies, como en el paroxismo de una dolorosa agonía.

Dos mujeres la atienden, y comienza a hablar...

El Bocó, que está a mi lado, comprende mi emoción y mi perplejidad, y muy amable me explica:

—Es que el "ser" la ha castigado.

No bien ha salido ésta, cuando nuevas son castigadas con tan extraño procedimiento.

Y, casi frente al altar, un negro largo y desgonzado, con una túnica rayada de vivos colores, con un dengue que repugna y una borrachera que da asco, ha comenzado desgarrándose también la camisa, y el pantalón se lo baja, mientras grita como un endemoniado y se estremece como un obseso.

—Va el “sance” a castigar a su caballo—me dice el Bocó.

Y el negro descomunal que desgarraba su vestidura, se queda en cueros. Rueda por el suelo, y serpentea arrastrándose de espalda, como un lucio con las patas hacia arriba; sus ojos se entornan y su boca se contorciona como si bebiera un trago amargo, y salen unas palabras que explotan como una blasfemia... Le echan agua y se acercan al oído a decirle ensalmos.

Es hora de irnos.

Ya la aurora blanca, blanca como el velo de una novia, va escalando las montañas.

Mi intérprete le explica a mi huésped, el motivo de nuestra despedida, y yo doy las gracias por las atenciones recibidas.

—Y mi amiga? pregunto.

La buscamos por el “ballí”, por todos los rincones. Durmiendo bajo un árbol en una estera estaba. Todavía tenía los senos fuera



del refajo, que se contemplaban morenos a través de la blusa de muselina estampada.

—Le doy una patá pa que dipiete? —me dice el compañero que está borracho más que una cuba de vino.

—¡Oh, no! —le grito.—Déjala ahí; que la despierte el sol cuando nosotros estemos ya de regreso en Capotillo.

Yo casi no me podía mover. Un haitiano por una papeleta sucia y antibigiénica me ofreció su montura. Mi compañero encontró un mal burro, y venía atravesado en él más que montado sobre las posaderas.

El caballo me guiaba a mí; yo no tenía ánimo de guiarlo a él.

Olvidado sí venía del sentido de la muerte y del pequeño alarido meningítico de la enferma, pues estaba entregado a la contemplación del paisaje que se mostraba imponente a las primeras claridades del día, llamando a la belleza, al amor, a la vida...

---

---

## CAPITULO VIII

EL JUEGO DE GALLOS. EL HIJO DE  
MUSIE CLEMELLA. EL YIMO. EL DOSU.  
EL PLASE Y EL MARIAGE.

Para los dominicanos y para la mayoría de los hombres civilizados, su mayor desvelo, su más grande aspiración, no es la riqueza, es la felicidad que le brinda, esa cosa hechura de su costilla: la MUJER. Todo cuanto consigue, ya sea con el sudor de su frente o con las lucubraciones de su ingenio, lo pone a las plantas de ella como una ofrenda; tiene siempre a flor de labios para ella la musicalidad de un elogio; le palpita acelerado el corazón al contemplarla y tiene a cada paso las manos como una imploración para recibirla y darle un beso. Por ella conquista la gloria y por ella baja al infortunio. Afronta todos los dolores por tenerla, pero en ella encuentra los momentos más álgidos de placer, de gozo y alegría, de que puede vanagloriarse en la vida. Es el amor soberano Dios que pone primavera en las almas.

El rico y el pobre, el joven y el viejo gozan de él en sus sueños, porque "pone una pátina de sol en cada idea". Y la mujer es amor!

El haitiano que conocí en la frontera, era todo lo contrario. A la mujer la tenía como parte secundaria en la creencia de que las riquezas le vendrían por el número que de ellas tuviera. Y a pesar de esto, conocida es por todos la vida sexual del haitiano, ardiente y lujurioso, más que un cojú. Libidinoso y sensual él, no se queda en zaga ella, que es un lecho en la selva.

Lo que deseo notar es, que el amor, no es romanticismo en ellos, sensiblería engañosa para sus instintos desenfrenados siempre. Hay un interés en él para cada mujer: de gozar la hembra y de que ella lo mantenga. Por eso, él, se hará de muchas mujeres para proporcionarse esa pereza congénita del hombre. Así que, el que tenía dos o tres o cuatro mujeres, no trabajaba; vivía entregado a la mordorra de su bohío, que será siempre un rancho de tejamanil, techado de pajones o de yarey, y las más de las veces tabicado de tierra.

En esa cabaña gravitarán todas las supersticiones; se entronizarán las oraciones preparadas, los amuletos y resguardos; se usarán todos los exorcismos y ensalmos; no entrará nunca el médico, pero sí la curandera que entregará a manos llenas hierbajos y cocimientos

para todos los males; rondará el agujero acompañado del "mal de ojo", y las brujas vendrán de lo más abrupto de la serranía a prender la antorcha de sus curas milagrosas en el alma de estos simples, presos siempre del poder de la sugestión.

Era domingo, y frente al rancho hacían ron unos cuantos negros contemplando una pelea de gallos. Esta lidia es una de las mayores distracciones de los haitianos. Ellos juegan sus gallos a la guerra brava y no le ponen espolones. Los gallos no han de ser muy pequeños; ellos los prefieren de buen tamaño y bien enlatados. Tratan de estudiar la pinta que se da: si es la oscura: indios, negros, giros o si es la clara: blancos, pintos, palomos, etc. Esto se ha generalizado mucho entre nuestros galleros, crédulos y supersticiosos en sumo grado. Lo afilan y antes de soltarlo harán una cruz en el suelo y de donde se atraviesan las líneas, toman un poco de polvo untándole en el pico y en las afiladas espuelas. Si le da una "cañera botana", enterrarán el cortaplumas con que fué afilado el gallo o rociarán la cuerda que le sirvió de traba tendida al suelo a todo lo largo de ella. Si por un "golpe de zumbío" el gallo se pone loco, se acucillarán dando la espalda, evitando ponerle la mirada a los combatientes y cojerán un buche de agua sin botarlo de la boca. Si gana su

gallo, le daràn tres vueltas a la izquierda y luego tres vueltas a la derecha para que la suerte le siga favoreciendo en todos sus pleitos. Ellos creen que a sus gallos se los ponen locos y que se los hacen perder con oraciones y ensalmos.

Cuando me detuve, ya había uno *tumbao* de un fuerte espolazo. Era el indio. El canelo cantaba triunfante. Van a *careo*. El negro que sostiene al moribundo es muy entendido en la lidia de gallos, y trata de hacer que reaccione y para ello le limpia la sangre chupándola con la boca. Dice algunos ensalmos y hace signos cabalísticos en la tierra. El otro se complace tan sólo rociando su canelo y la *traba* con cierta nerviosidad. “—Al pleito!” — grita el que sirve de *garitero*. El negro sostiene su indio entre las manos y el otro corre tirándole, mientras los que contemplan el combate con voces van infiltrándoles ánimo a los batalladores. Y tira! y tira! y tira el canelo! y todos los espolazos van a las manos del que sostiene al indio para que no huya, ni grite. ¡Y qué valor, Dios mío, el de este negro! Ni porque su mano sangre de las heridas que recibe, lo deja. No piensa en el encono de esas punzadas; lo que quiere es que su gallo gane. Parece insensible a los dolores que debe sufrir su mano... Al fin, lo da por perdido.

Cuando comenzaron los comentarios de la pelea y las discusiones que siempre promueven la lidia de gallos, yo me llego atraído por un albino a la casa. Los albinos, es decir, aquellos que le falta entera o parcialmente el pigmento que da a ciertas partes del organismo los colores propios de cada raza: piel, iris, pelo más o menos blanco, nacen no sólo aquí, sino en Alemania donde hay muchos y en Haití donde suele encontrárseles.

El albino que contemplaba tenía todas las facciones de un haitiano; tendría un año y medio; pero, era blanco y como estaba rodando por el suelo, parecía un trapo de olla. El iris era igual al de nuestros albinos y las pasas de sus cabellos como motas de algodón.

Una haitiana un poco acabada, sentada en el suelo, me pareció la madre del chicuelo.

—Es hijo suyo?— le pregunto.

—Uí, compé.

—Y el papá?

—Èi taita e musié Clemén.

—Oh! Pues yo creí que usted era la mujer de mi compai Totó.

—Sí, compè.

—Y ese muchacho no es hijo de mi compay Totó?

—No compé, mío y de musié Clemén, síi.— me contestó con la cabeza baja.

—¿Cómo de usted y de Clemén? ¿No

me dice que es la señora de compay Totó?

—Sí; semo casao—, y me muestra la alianza. Toda mujer que ha celebrado su *marriage*, es decir, su matrimonio civil y religioso, usa su anillo de bodas.

—¿Y cómo es eso entonces? ¿Le jugó usted sucio?—, lo que no es extraño.

—No, compé, e jije de musié Clemén.

—Carai! ¿y quién es ese señor? — Me tiene intrigado esta haitiana.

En esto entró mi compay Totó, quien me libró de esta encrucijada. En verdad, el hijo no era de él, pero su mujer era honrada; no había cometido adulterio con tener un hijo de otro, estando casada. Lo que resultaba era que a los albinos se les considera hijo de Musié Clemella, un *sance*, es decir, uno de los santos o dioses del vodù.

Como son hijos de un espíritu, a los albinos no les cae, ni maleficio, ni brujería. Son dueños de grandes poderes sobrenaturales.

Así también suponen que son los mellizos, seres superiores, dotados más que los otros individuos, de mayores facultades. Pero el que posee todas las virtudes, envidia de los mortales, es el que nace después de los mellizos, que se le llama DOSU. Esta es la casta de los visionarios; son los protegidos de los dioses. El que anda con un *dosú*, nada le pasa y estará libre de todos los espíritus perversos.

sos, porque la influencia que mana de su persona es tan superior a la de otros seres, ya sean del mundo de los vivos o de los muertos, que estos últimos se acobardan y le huyen.

Para el *jimó* o gemelo, de que hemos hablado, y para el *dosú*, son todas las primicias de las cosechas que haga el haitiano en su conuco. Ellos prepararán ensalmos y por el poder de la sugestión curarán a los que en ellos tengan fe. La sugestión es fuerza creadora; es potencia encaminada a llevar por determinadas sendas los procesos psíquicos y crear la salud o a esperar la enfermedad que puede provocar la subconsciencia. "Todo médico —escribe un reconocido psicólogo— os dirá que una enfermedad real puede sobrevenir por resultado de una perturbación imaginaria, especialmente con motivo de la tendencia humana para fijarse en síntomas inquietantes y de manera tan persistente y absorbente, que la conciencia moral crea realmente la enfermedad". Muchos enferman por sugestión.

Al *dosú* y al *yimó*, le celebran fiestas, donde ellos son los invitados de honor, dispensándoles todas las cortesías. En estas fiestas se vende comida para recabar fondos los cuales son entregados al *yimó* o al *dosú*, que presidió la bachata. Cada plato de comida



tiene que ser vendido, por dinero none o pico; es decir, por centavo y medio, por tres motas, por dos centavos y medio, nunca por dinero par, porque entonces la ofrenda que se hace con la compra o la petición que se eleva a los espíritus buenos, no tienen efecto. El precio está a la voluntad del comprador y con centavo y medio se adquiere un plato sobrante para un camionero. Es de suponer que el *yimó* y el *dosú*, son hijos de algún *sance* o *luá*, como lo son los albinos, aunque no puedo aventurarme a decir de cuales de ellos, pero es de suponer de que *tutumpote*. Según he podido darme cuenta, muchos les temen y otros les envidian, principalmente al *dosú*, que según hemos dicho es el que nace después de los gemelos.

o0o—o0o—o0o—o0o

El haitiano hará tan *sociables* a sus mujeres que reunirá a todas sus queridas bajo un solo techo. Ellas tratarán de superarse unas a otras con el cariño que le dispensan a su hombre. Todo el dinero ganado en las ferias, es para él, para que lo juegue los domingos a los gallos o se prepare para que ofrezca un "vodù" con todo el renombre de una fiesta patronal.

Para vivir libre de ellas, primeramente le preparará a cada una su conuco. Ellas lo

cultivarán del todo. Ellas harán la cosecha. Ellas irán a vender los frutos a la feria, no importa que el mercado esté a grandes distancias; ellas caminarán a pie amarradas apretadísimas por la cintura con la falda muy por encima de las rodillas, con su grande carga a la cabeza o si su estado económico le ha permitido, en un pobre borrico, bajo las estrellas cantando en las noches, o silenciosas bajo un sol de fuego, reverberante.

Su mujer oficial, con la cual se casará luego, será aquella que más lo atienda, que le dé más hijos, que más le ofrezca la bondad de sus ahorros ganados con las ventas de las vituallas del conuco.

Pensadlo bien: ¿no difieren, pues, mucho de los dominicanos?

Ellos celebran dos matrimonios: el *plase* y el *mariage*.

El primero es una fiesta que prepara el padre de la "mademoiselle" para entregar a ésta sin ninguna ceremonia al novio. Entonces el *plase* resulta una comida donde el antitrión y padre de la novia, ofrecerá *moro* de gandules, semillas de cajuiles y molondrones que nunca faltan. Eso sí, se beberá unos traguitos de *clerén*, y si es posible, se bailará un poco.

El novio se lleva a su mujer y aquí comienza un período de pruebas. El marido no

carga responsabilidad ninguna; así que cuando una de las partes no le convenga este "vivío" lo da por roto. Ella si quiere volverá al hogar paterno o a lo mejor seguirá viviendo su vida nómada por los caminos, camino de las ferias, pues estará dispuesta a seguir trabajando para cualquier otro que la pretenda.

Yo llegué a ver a muchas detenerse en cualquier ceja del monte a la orilla del camino, a parir un muchacho. Preparan el niño con los jirones de un vestido sucio y la parturienta se tapa los oídos con un poco de algodón, y sigue el tránsito con las compañeras que la esperaban. En el río, bañan al recién nacido y, va y hace su feria como seguirá haciéndola por toda su vida. Ellas no tienen riesgo, pues él todo consiste en tener tapados los oídos con algodón y amarrarse un paño a la cabeza por unos cuarenta días. ¡Cuán diferentes ¡a las nuestras que las más de las veces pasan en cama metidas bajo un toldo nueve días comiendo puré de papas y sopa de gallinas, y cuarenta *sin botar las chancletas*, evitando todos los desarreglos!

La virginidad no tiene ningún valor; así que los novios un día que venían de la feria o del conuco, resolvieron mudarse y no hay objeción ninguna entre parientes de que el monte sea el desposorio. No hay ley que persiga la substracción, ni la gravidez. Quizás por

esto sea que se multiplican más que los peces o que los insectos.

Cuando ya han procreado una larga familia, viene el segundo matrimonio, el verdadero matrimonio civil y religioso: es el *mariage*.

El "mariaj" no suele celebrarse de jóvenes; ya son viejos experimentados.

Ese día vestirán de blanco los novios. Llegarán al pueblo en grandes cabalgatas, como aquellos solemnes matrimonios campesinos de antaño, cuando los carros sólo eran reservados para unos cuantos privilegiados, y solían hacerse a caballo las bodas.

Unidos por el vínculo civil y religioso, vuelven a todo tren haciendo siempre alardes de jinetes.

El chocolate será la bebida con que se celebrará las bodas. Se beberá también *tasía*, pero antes han debido pasar los novios por un arco de bambues donde los padrinos les darán la bienvenida.

La novia entonces, va y se encierra en su cuarto. El novio llama a la puerta implorando y ella se niega a abrir. El le toca y vuelve y ruega que le abra la puerta. Mas ella le dice que no. Pero por fin, levanta la aldaba y abre. El marido irá y tomará a su mujer, dándole un cachete, mientras encarado le dice: "Debes obedecer!", y ella se lo promete. Entonces comienzan hombres y mujeres



a besar la novia y al novio, en la forma del ósculo francés.

Y antes de poner la mesa, viene lo bueno: a correr el matrimonio; a celebrarlo!

Todos se harán de una bandera y de su madrás colorado. Cada uno busca su montura tratando de lucirla con el arnés más rico, dado su estado económico. Así vemos al galápago elegante para montar a la inglesa, junto a un pobre aparejo de hojas de plátanos y cuero de chivo.

Y comienza la caballería con aquellos potros que no dejan de ser briosos y elegantes, seguido por aquellos pencos, la mayoría, trotones y mañosos, que se encabritan en medio de la corrida con resabios de viejos indigestos. Y comenzarán a galopar de Norte a Sur, de levante a poniente. Y no deja de haber aquel que en su borrico trata de emparejarse con la caballería mayor dando al traste el espectáculo de que el orejudo animal, diga *bueno*, y se plante..... se obstina en no dar un paso; fija como estacas las cuatro patas, pegadas al cuello las orejas... inerte. Porque el amo maldiga, grite, reniegue, le muela a palos, el asno levantará la cabeza y no se moverá ni un punto de su sitio.

Se apea aquel enorme negro; le da palos por el cuello, por el vientre, por las patas, por

la cabeza..... Se desespera; descarga sin compasión los golpes... Pero el burro ha jurado por su madre, no moverse y no se moverá. El negro, sudoroso, le hala por la cuerda... Debe armarse de paciencia y esperar con resignación que le dé gana de echar a andar al burro...

Pero ya vuelve la caballería, que por sí da un espectáculo cómico, con esos vestidos de tan extraña combinación de colores al aire, resaltando entre los rostros sudorosos de tantos negros, que relumbran como un nido de hormigas bobas deshecho, puesto entre el sol y la tierra. Y marcharán de aquí para allá: de Norte a Sur, de levante a poniente. Y yo os aseguro, que el negro y el burro se irán a los dientes, pero el jumento no se moverá ni con oraciones.

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO. - REP. DOMINICANA



---

---

## CAPITULO IX

### EL PAPEI AGUANTA TO, Y LA LENGUA NO TIENE GUESO.

Uno de los compañeros va dispuesto a amarrarse una jumera de marca mayor, de apaga y vámonos. A nosotros nos mueve la curiosidad, como a otros por si le sale algo.

Cuando llegamos al Ballí, entraban un hermoso *cojú* (chivo sin castrar), para el sacrificio. Le habían adornado las astas con cintas y coronas de flores; al cuello le habían amarrado una chalina roja, y todo el cuerpo estaba cubierto con un paño y con lazos de cintas de vivos colores. Iba como marchando al son de la música. Como le habían dado a beber algún brebaje, estaba como adormecido, si no era turbado con el ruido ensordecedor de los tambases y las voces de las cantoras. —Va *montado*,—me dijo uno. Lo que quería decir que llevaba el chivo no *ser* en el cuerpo o que era *caballo* de un *luá*.

Cantaban con apasionamiento:

“Ati guaguá ña pué lambigué



Ati guaguá ñapué lambigué  
Ati guaguá ña pué ña pué  
lambigué oh! oh!

Lo llevan frente al altar, hacen las ceremonias, le untan con esencia los pies y los cuernos, le acarician, y con una larga espada le dan un estoque al macho cabrío que se queda mudo. Rueda sin vida por el suelo el sacrificado, y luego lo arrastran y para la olla. La sangre fué recogida y uno de los Bocoses y otros fieles tomaron de ella.

Han bailado como la primera vez. Aquí lo único raro fué un hombre que tomando una botella, comenzò comiéndola desde la boca hasta el fondo como si hubiera sido un mollete de cinco centavos.

Mientras bailaban, se presentó Musié Culebro *montado* en una mujer que hacía contorsiones y se arrastraba por el suelo, haciendo eses como las serpientes. Quería meter la cabeza por los barrotes de las sillas y éstas fueron levantadas para que la mujer no se partiese el pescuezo, lo que ha sucedido, según me manifestaron, cuando hace su aparición el espíritu del ofidio, que nos recuerda la Serpiente Emplumada, adorada por los indios mexicanos, la cual, sin tener plumas, es el símbolo del culto voduísta.

El Ballí estaba como una pocilga: era un fango. Habían derramado mucha agua en

los rituales, y sobre el lodo bailaban.

Una mujer se presentó con una linda gallina blanca para ofrecerla a Papá Guedé, y entonaron un canto.

Luego un negro se acucilla, cierra los ojos, se lleva las manos a la boca para que su voz saliera cavernosa, y comienza la cabeza como un péndulo mientras cantaba:

Totó que si mi ma legle

Totó que si mi ma legle

Totó togó qui si ma legle oh!

Se va a repartir el "manyé". La comida no ha dejado que desdecir. Sólo una protesta hubo: al compañero de la jumerá, que está más tomado que un alambique, le han puesto en su plato un pedazo de carne del chivo cojú, y se ha desbordado como un río en creciente, gritando de voz en pecho:

—Ustedes creen que yo soy perro como ustedes,... jartos de mondogo podrío y de vacas muertas en la sabana,... que no perdonan ni a los puercos con dandí,.....aquerosos...!

Nos ha costado aplacar al enfurecido compañero, el cual no se apaciguó hasta que no le buscaron una media pieza de gallina adobada y una tercia de *babancú*.

Ahora el amigo, se ha puesto impertinente; se ha mezclado entre todos los negros a bailar. Una mujer que traía una gallina negra para su ofrecimiento, se la ha arrebatado gritán-

dole que él era no sé que *luá*. Casi ha desnudado a un negro y le ha quitado la túnica roja con que cubría su personalidad de Bocò. Se la ha puesto, y comienza eautando:

Alou man di he!!!

Y rueda por el suelo dando patadas, *montado*. Se acerca a nosotros y nos grita: "Que los tumbo!" Y trata de sugestionarnos brincándonos y por arrañarnos. Nosotros reíamos. Pero hay entre el grupo un crédulo, que se ha metido en miedo. "-Sí, está montado"— nos dice.

— Yo soy Ogeon, y te tumbo; — le grita al que sabe que puede ser su fácil presa; y mirándole a los ojos, trata de sugestionarlo. — Si no cae por el suelo, te tumbo yo y te mato. ....

Nos ha costado agarrarle, no vaya a pasar una desgracia entre compañeros. Y el *montado*, echa una carcajada. Y el otro cohibido, como avergonzado, trata ahora de cubrir su simplicidad, entregado a una borrachera que sobrepasa a la del otro perverso.

Y celebramos la mala jugada, pues ahora tenemos que luchar con dos borrachos que en disputa tratan de tragar más clerèn. Estos son los inconvenientes de siempre.

Los tambuses y *catases* acompañados de maracas no cesan. Parece un ruido de tormenta. La tierra se estremece y tiembla la eu-

ramada.

Con voz sorda y bronca, cantan a Mambó Isán.

“Mambó Isán mapralé, oh!  
mapralé que le fê, oh!”

Nuestros borrachos siguen impertinentes. El calor dentro del ballí es el de un horno, y los que se revuelcan en el fango, salen como una manada de puercos de una pocilga sin techo en tiempo lluvioso. Y la noche iba pasando tediosa, para los que sòlos sentados contemplábamos el vodú.

Cuando cantaban a Solongó: “!Tusà Tusá relé tu Solongó, Tusá Tusá relé tu solongó oh!”, nos hemos retirado.

El carro vuela estruendoso por la carretera y se siente el aire fresco del amanecer que se avecina.

—Tú no creía, vite, vite — me habla uno de los borrachos que viene cabeceándose a mi lado. —Vite.....como esa mujé se bañaba en candela .....como esa mujé se ponía chiquita como una holmiga, y se volvía culebreándose más alta que una palma,... no puede decil que no la vite .. Yo la vide. Ahora prétenme la tola pa dal'le un beso. Que dice tû no la vite?

—Si, hombre, vi todo lo que tû dices. Caray! ¿Ven ustedes? le grité a los otros compañeros que venían sí tomados, pero no ebrios. Este es de los que comienzan a fantasear en

su borrachera, y trata de convencerse él mismo de lo que no vió. Éste es de los que dicen barbaridades: que un hombre bailó en la candela; que otro de espaldas sin poner la mano, subió desde el tronco a las ramas de una palmera; que agarró serpientes que se le volvieron no sé que cosa... ¿Por qué yo no he visto, lo que éste dice que vió? Qué un hombre coma candela, qué muele con los dientes vidrio, qué trague plomo derretido? Tal hacen los faquires e ilusionistas, los magos de circo, sin estar *montados* de ningún *luá*. Qué conocen estos haitianos ciertas plantas que trastornan los sentidos? Ésto ya es otra cosa.... Y yo no dudo, que éste vió lo que dice ver bajo algún narcótico que le dieron en algún trago, y que todavía lo lleve reventándole el buche y dislocándole la imaginación. Yo que vengo a ver ¿por qué no veo? Por qué soy incrédulo, por qué no tengo té, por qué no hay quien me sugestione? Quizás no vimos porque nosotros sólo tomamos ron de nuestro ron, y éste se jartó del que ellos le ofrecieron.

—Yo, —me gritó el borracho como despertando de su jamera — sí bebí mucho *trampé* (es el aguardiente preparado con hojas de limón, ozua, cáscara de naranja, etc),... pero no por eso he visto. Ustedes no les dió ganas de vel..... Estarían fuera cuando yo la vide, a la mujé.....

Caray!.....y lo jura!

Y quiere pelearse conmigo porque le digo de sus insolentes mentiras. El carro quiso convertirse en un Campo de Agramante. Y la Aurora, puso un cendal de luz en el paisaje.

Qué hay haitianos que tienen algún poder? Lo creen la mayoría. Lo que yo sé es que en los momentos extremos tal no le sirve ni para guardar el pellejo. Si lo sabré yo!

¡Fantasía o realidad? Me contaban, y sólo de cuento va, que una mujer de un pueblo de los del Cibao, era muy bella, pero le faltaba ese divino encanto de hacer eterna la admiración. Le faltaba "ello". Era rubia como el sol y de ojos azules como el cielo en tiempo tormentoso. Todos cuantos la veían a primera vista se enamoraban de ella, pero al acercársele, todo encanto moría en el hombre, no porque ella no tratase de ser simpática, sino porque faltaba esa influencia magnética con que la mujer atrae y seduce. Trató de ser coqueta, pero era como que le faltaba el alma; infundía un pesimismo enervante; un no sé qué de repulsivo. Con todo y eso se casó. Sin motivos reales, el esposo se separa de ella abandonándola. De tumbo en tumbo, llegó hasta un cafetín de meretrices. Pero la mujer no "corría": Todo el mundo la codiciaba a primera vista. Pero no tuvo un compañero de dos noches. Las otras mujeres trataban de aleccionarla. Pero

había una cosa en ella, como que la sumía en una eterna pesadumbre.

Fué arrastrada hasta Haití. Allá una noche consultó un papabacó. Éste le manifestó que a uno de sus familiares le habían echado un "trabajo" y que había caído en ella.

—Yo le saco su mal — le dijo; — pero tiene usted que buscar una gallina negra que representará su madre, para sacrificarla, pues ha de morir.

Ella no entendió el agüero fatal del Bocó, y la noche que se celebraba el Vodù, se presentó con su gallina negra, la cual con todos los rituales fué sacrificada.

—Usted está libre de todo — le dijo el Bocó terminada la ceremonia.

La mujer sintió el cambio de súbito; un optimismo para la lucha por la vida nació en su alma, como una primavera, como la tierra de su Cibao que evocaba en su destierro. Pero, ¿cuál no sería su sorpresa, su dolor, cuando al otro día recibe un telefonema diciéndole que su madre había muerto aplastada por un camión? Casi desesperó. Ella había sacrificado a su madre. El Bocó cuando mataba a la gallina a quien le quitaba la vida era a la madre de la mujer que solicitó el trabajo.

¿Es un hecho de la vida real, lo que he terminado de contarles? Yo no lo averigué. Pero si lo tomáis por tal, os pregunto: ¿Casualidad

o qué?

En verdad que he leído un hecho muy similar que sucedió en Nueva York.

Un neoyorkino fué de visita a una de las tribus de indios pieles rojas. Hablando con uno de sus príncipes, éste le adivinó que tenía un enemigo que siempre le molestaba y trataba de perjudicarlo. Le propuso entonces el indio, que si quería deshacerse de su enemigo.

—Claro! Cómo no! — le repuso el yanki.

—Pues vamos a matarlo ahora mismo, — dijo el Cacique.

El americano no abrigaba sentimientos malos ni perversos; si aceptó la propuesta del indio, fué porque creía se trataba de algún juego.

El Cacique, ha tomado su arco y su flecha, y dirige su puntería a la distancia. Se distiende el arco y vuela la flecha rompiendo el aire veloz más que un gamo.

Se dirigió esa misma tarde el yanki a Nueva York y, cuando en la noche desmonta en la estación, compra la prensa, y ¡oh sorpresa!... lee la muerte misteriosa de su enemigo causada por una herida que nadie supo quién se la diera en la conglomeración del metro al tomar un tren, más o menos a la misma hora que ejecutaba el indio en la soledad de su tierra, el supuesto homicidio.



Pero no os alarméis por esto, que pueden ser cuentos de camino. El campesino cuando no le da gana de creer una cosa que está escrita o que le dicen de boca, exclama:

—Ei papei aguanta to y la lengua no tiene güeso.

---

---

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

## CAPITULO X

### VICTIMAS!

Me ardía en la mente y me quemaba en la lengua por decirlo:

Una señora de la ciudad tiene dos hijas y está sufriendo de catarata. Cada día sentía que perdía más la vista. Resolvió consultar con un Papabocó, atraída por el renombre de curas milagrosas que de él se contaban.

El primer día que por ella invocaba un *ser*, se presenta Papá Guedè prometiéndole que la curaba, si le daba una de sus hijas, "porque a Papá Guedé le gustan mucho las mujeres." Crédula la vieja, ofreció una de las hijas, la cual fué sacrificada en brazos del Bocó "montado" de Papá Guedé.

La segunda vez, fué antojo de Tinyó *montar su caballo*, (el Bocó *montaba* varios *luú*) manifestándole a la señora, que si no le daba la otra hija Tinyó se pondría celoso; de lo contrario no hay "travail".....

Y la otra perdió en brazos del Papabocó su virginidad, para complacer a Tinyó, espe-

ranzada en la cura de su madre que se quedaba ciega.

Con toda la fe y optimismo que es de suponer, se presenta la vieja, deseosa de ver la luz que viene faltándole a sus ojos, al Ballí del Bocó cuando éste “monta” ahora a musié Candelo, quién al no encontrar carne fresca y nueva, le echó el ojo a la vieja.

¿El resultado? Bueno..... el desenfreno de este haitiano, que no sólo la moral condena, sino que hasta el instinto repudia, y luego, una recomendación para el Dr. Grullón en Santiago, para que le hiciera la operación requerida.

¿Repugna?

Una señora de sociedad va donde Trina para que le haga un trabajo. En esos días Trina tiene la visita de un Bocó que le acompaña en “le travail.” La mujer quiso consultarle a éste, porque siendo haitiano tenía que ser más sabio en el ocultismo y en la magia negra..... Se trancan en un cuarto y, cuando una de las ayudantes de Trina va a buscar no sé que menesteres a la habitación, se detiene pronta, mira, y gira sobre sus talones..... Va y le dice del cuadro a su ama.

—Ah! exclamó Trina con todo su descaro.

Si no era así, el “laá” no podía hacer el trabajo; más bien que era así, como el “sance” le arrancaba su mal, y ella sufría de insomnios

y "maleza" en los sesos, tras el empleo que debía conseguir para el marido.

Después de comenzar a escribir este capítulo con los varios casos que tengo en mis anotaciones, de idénticos resultados que los dos ejemplos anteriores todos ellos, he resuelto darle punto final, por escrúpulo de no tener que decir de ciertos hechos aún más repugnantes, que alarman toda moral.



---

---

## CAPITULO XI

### SOBRE EL VODÚ Y EL ZOMBÍ.

Lo que tuvo a bien manifestarme un haitiano sobre el Vodù.

“No tuve oportunidad desde pequeño conocer las costumbres de mi pueblo. Desde muy temprana edad, fuí a cursar estudios a París, viviendo más en el extranjero que en Haití; no obstante esto, puedo decirle que yo he estudiado el vodú, por lo que significa para el adelanto cultural y moral de mi patria. Debería suprimírsele, pero, es una de las más viejas tradiciones de mi pueblo, y es imposible desarraigarla. Las leyes lo prohíben, pero, qué hacen? Lo mejor ha sido permitirselo, a que sigan buscando la soledad y los montes para celebrar sus fiestas alejándose del progreso y de la cultura.

“Tous faiseurs de ouangas, caprelatas, vaudoux dompedres, macandals et autre sortilèges seront punis de trois à six mois d'emprisonnement par le tribunal de simple police; et en cas de recidive, d'un emprisonnement de

six mois à deux ans par le tribunal correctionnel, sans préjudice des peines plus fortes qu'ils encourent à raison des délits ou crimes par eux commis pour préparer ou accomplir leurs maléfices.

Toutes danses et autre pratiques quelconque qui sont de nature à entretenir dans la population l'esprit de fétichisme et de superstition seront considérées comme sortilèges et punies des mêmes peines." (Código Penal haitiano, en su Artículo 409)

"Lo que sé, apesar de esto es, que el vodú ha sido muy desacreditado, pero para nosotros no entraña ningún peligro, ningún inconveniente. . . . La forma en que lo bailan es lo único censurable por lo inmoral que lo hacen, pero después, ¿qué tratan de comunicarse con los espíritus de los muertos? Toda la humanidad ha tratado de ello. Los pueblos más civilizados y los hombres más cultos abren sus centros de espiritismo. Hay una necesidad de sentir lo sobrenatural que se manifiesta en muchas formas. Yo no sé si usted cree en los fantasmas, pero en Inglaterra los tienen catalogados. Viejas crónicas hablan del "Doncel radiante" que causó la muerte del Marqués de Londonberry; la "Dama Blanca", el pálido espectro de la sobrina de Guillermo el Conquistador, envenenada por su esposo; el espectro de sir Henry Rich decapitado por alta trai

ción, y que mora en Holland House y se le ve a media noche llevando su cabeza en ambas manos; la otra "Dama Blanca" que habitaba en el castillo de los Hohenzollern en Alemania, de fatales consecuencias para los primogénitos de aquella dinastía; y así un sinnúmero, en toda la Europa y en la misma América los hay famosos".

"Para las gentes del pueblo, el vodú es una danza sagrada; el mismo pueblo elegido por Dios tuvo las suyas; los griegos, los aztecas y los indúes han contado con sus bailes sagrados. El campesino haitiano es celoso de esa tradición".

"Nadie podría quitar que la música empleada es apasionada y mística. Ser lùgubre, es su característica, y tendría que serlo así, en una tierra de montañas donde se le rinde culto a los muertos. Esta adoración que se hace a los poderes sobrenaturales es propio de todos los pueblos. Las Piramides de Egipto, están ahí, inmutables y eternas. Al mismo Cristo lo ungieron con aceites olorosos y los indios americanos guardaron las momias de sus grandes muertos como en el Valle del Nilo.

"Los sacrificios?..... La misma religión Mosaica, hacía sus sacrificios humanos. Abraham, el padre de los crédulos, llevó hasta la cima de una alta montaña a su hijo y lo tendió sobre un haz de leña para sacrificarlo en ho-



locausto a su Dios ... Llegó a levantar la mano para herirle. El pueblo Azteca que se distinguía por su grado de civilización en la América pre-colombina, tenía también sus sacrificios humanos. El "Vodú" hace sus sacrificios simbólicos, como la iglesia que usa el pan ácimo para las ceremonias del culto, que representa el cuerpo de Cristo, que ha de sufrir en la santa misa otra vez su Via - Crucis. El vodù hace sus ofrecimientos a sus dioses sacrificando aves de corral y ganado caprino, que luego usa en su consumo."

"Así como todos los sacerdotes encargados de los oficios religiosos viven de su culto, el Papabocò vive de su "vodú." Muy justos Cándidos son los que se dejan engañar. Pero ellos nunca son engañados; ni los que hacen su ofrecimiento costeadando todos los gastos de la fiesta, porque tienen fe. Y la fe es la que salva, es la que siembra de optimismo el alma, la que hace triunfar en la vida; ella quita los dolores y las enfermedades tanto del espíritu como los del cuerpo....."

"El respeto que guardan en el "hunfort" o Balli, es el mismo que nosotros los cristianos reservamos a nuestros templos. Pero he dicho que el vodú ha sido muy desacreditado....."

"Los que han llevado el vodù principalmente a la República Dominicana, no han sido más que unos timadores, que tratan por esos

medios de satisfacer sus apetitos. Un vodú entre haitianos es muy diferente: se bebe, se fuma, se come; todo el mundo se entrega al placer, al contento, al regocijo. Más ninguna desgracia suele reseñarse..... Yo reconozco que mi pueblo es muy crédulo, y tiene mucha fe en sus exorcismos.

«Pero no son todos talismanes y agüeros, alicornios y ensalmos; el haitiano se ha transmitido por herencia, de padre a hijos, ciertos conocimientos sobre botánica. El sabe preparar ciertos sumos y hacer ciertas tisanas. Cou brebajes causa un ataque catalèptico, en el cual muchos médicos han declarado la defunción. Luego de enterrado, el brujo lo resucita y tenemos el zombí que sufrirá una amnesia completa para toda la vida. Tambièn prepara ciertos hierbajos que producen hinchazón en los piés; otros cocimientos trastornan el sistema nervioso, como afectarán los màs el estómago.»

“Fué muy comentado el caso del negro que se volvió blanco. Este señor venía sufriendo de asma. Tomó la semilla del ojo de mate y fué perdiendo la vista y el color de la piel. Luego fué curando su ceguera y cuando volvió de nuevo a la vista, comprobó que todo su cuerpo se había tornado blanco rosado, como un hombre de raza blanca.”

“Los médicos y sabios estudiaron el caso y encontraron en la semilla del mate una sus-

tancia que afectaba el pigmento de la piel.

—Y por qué muchos no habrán probado el mate? -le he interrumpido.

—En mi pueblo, -repuso al momento- no nos preocupa, tanto como en Cuba, el color de nuestra raza. Debo advertir, que hay pequeños casos en Haití, de personas que se creen superiores, de cierto rango, porque pertenecen a la raza blanca; son algunas ramas de los viejos franceses que poblaron esta parte de la isla y viven en su engaño, pero nosotros no les damos importancia. El negro en nuestro pueblo se cree tan superior al blanco. Todos estamos al mismo nivel. Haití no confronta ningún problema eguológico, aunque en puridad debo decir, que el haitiano trata de refinar su raza.

Hasta aquí en resumen las palabras de mi amigo, las cuales damos sin ningún comentario. Es de advertir que él no es negro y tuvo recordándonos que sus abuelos eran dominicanos, que vivían por San Miguel, cuando éste era parte del territorio de nuestra República.

—o0o—

—o0o—

—o0o—

Mi amigo ha dicho algo sobre el ZOMBÍ y yo recuerdo que en una fiesta de La Antigua, muy celebrada en Ouanaminthe

una tarde que me encontraba presenciando el "bule buá", que consiste en hacer grandes fogatas con leña en diferentes partes de la ciudad, y bailaban y cantaban a su rededor, en el parque central me mostraron un "zombí". Era un negro de mediana contextura, un poco flaco; de ojos inexpresivos; atontado, como un cuerpo sin alma, sin voluntad, sin expresión en el semblante que no fuera aquella cadavérica, del que termina de salir de una fuerte convalecencia.

Me manifestaron que lo habían puesto así, y que andaba y trabajaba, más que lo que comía. Que ésta se la daban sin sal.

El "zombí", es un hombre que por medio de ciertas drogas no conocidas aún por la ciencia, se le causa la muerte. Le dan sepultura. En la noche lo desentierran, y por medio de otro brebaje lo vuelven a la vida, pero a una vida sin voluntad, inconsciente, todo un idiota que no recuerda quien fue, ni reconoce a nadie de los suyos. Sufre una amnesia completa por toda su vida. Hacen al zombí para trabajar en las fincas de caña y en las grandes labranzas. No será menester pagarle salario, ni él se preocupa por la comida ni por la ropa; es un verdadero estúpido, sin egoísmos y sin odios, cuya misión es trabajar, trabajar, sin sentir fatigas; un verdadero esclavo, sin preocupaciones.

Dicen que al zombí no se le puede dar comida con sal, porque se vuelve al cementerio o comienza a vagar sin poderlo apacentar en ningún sitio.

El motivo de convertir a una persona en zombí, es generalmente por enemistad, por venganza, por envidia, por odio; también con el fin que hemos dejado asentado, de hacerse de un autómata que le sirva desinteresadamente como un animal que sólo hay que darle alimento.

Hay muchos ejemplos de personas que han sido convertidas en "zombí". Pero sólo nos vamos hacer eco de un caso que sucedió en Port-au-Prince por el año de 1908, el cual ha sido muy comentado en libros y por la prensa.

Un señor tenía unos enemigos y éstos se dispusieron a convertirlo en zombí. De un momento a otro el hombre fué atacado por una fuerte calentura y enferma de gravedad. Llamaron al médico y hubo necesidad de mandar a buscar al cura para que lo confesara pues el caso era de muerte. Todo el esfuerzo de la ciencia médica, fué inútil. El hombre muere. Con toda solemnidad fué enterrado por el cura.

A los pocos días un campesino encontró a este mismo hombre amarrado a un árbol lamentándose como si sufriera un gran quebranto. Libertado de las amarras, fué llevado al hospital. Aquí fué reconocido por su esposa,

por sus familiares, y por el médico que lo asistió en su enfermedad y firmó su defunción, y por el cura que lo confesó y le dió cristiana sepultura. Pero el que había sido vuelto "zombí", no reconoció a ninguno de ellos. Tenía la voz apagada y articalaba sonidos incomprensibles. Era un triste caso. ¡Dolorosa forma con que sus enemigos se habían vengado!

“Esta práctica está castigada por el Artículo 249 del Código Penal haitiano, que reza así textualmente:

Est aussi qualifié attentat à la vie d'une personne, l'emploi qui sera fait contre elle de substances qui, sans donner la mort, produisent un effet léthargique plus ou moins prologué, de quelque manière que ces substances aient administrés, quelles qu'en aient été les suites. Si par suite de cet état léthargique la personne a été inhumé, l'attentat sera qualifié assassinat.

(TRADUCCION) — “Es también calificado atentado a la vida de una persona, el empleo que se haga contra ella de sustancias que sin dar la muerte, producen un efecto de letargo más o menos prolongado, no importando la manera de administrar dichas sustancias. Si por consecuencia de este estado letárgico la persona ha sido inhumada el atentado será calificado como asesinato”.



---

---

## CAPITULO XII

### HARLEM!

He leído en una revista un artículo sobre Harlem, el barrio negro newyorkino, estos párrafos muy atinados:

“El negro sufre tanto cuando trabaja, como cuando está sin trabajo. El sufre por su condición de negro. La esclavitud fué abolida por la Guerra Civil, pero la libertad no ha sido uno de sus resultados. La esclavitud aún persiste en los campos del sur, en los centros industriales del norte, en las escuelas, en los tribunales, en las calles.....”

“Harlem es un campo fértil para los visionarios que murmuran en las esquinas sus utopías inverosímiles. Fantasma de espíritus bondadosos bogan en el cielo de la capital negra, arrojando sus sueños de riquezas. Pues cuando el negro puede soñar con el Reino de los Cielos o con un billete de diez dólar para pagar su renta, su mente se tranquiliza. Más que eso: entonces se convierte en elemento explotable. En ningún lugar hay tantos charlatanes y curanderos como en Harlem. Garan-



tizan honor, fortuna, amor, éxito, una nueva vida en lugar de la miseria, la desesperación y la deshonra. Compran libros de sueños africanos, amuletos, incienso hecho con la sangre del dragón. Gastan hasta el último centavo en cremas para blanquear el cutis y en lociones para alisar el cabello. Pero de todos los fantasmas beneficiantes que rondan en Harlem, la religión es el más poderoso y sutil."

"Si ellos sonríen beatíficamente ante el espectáculo de un hombre diminuto que se llama "Dios" (se refiere al negro que con el nombre de PADRE DIVINO, le creó una religión) es porque él les habla de la igualdad de razas, de los crímenes de la sociedad contemporánea y de un paraíso en la tierra".

"Si están en Harlem es porque hombres blancos robaron sus antecesores, vendiéndolos como bestias de carga, cuando eran dóciles, y como bestias salvajes cuando resistían; los blancos les enseñaron el uso del alcohol, las drogas, el juego y la prostitución. Les dieron la tuberculosis y la sífilis y han linchado más de cuatro mil desde 1900. Les han dado un Dios a quien rezar, a quien temer, a quien obedecer: el inexorable Dios blanco, el Dios fiel de los piadosos Rockefellers, del devoto Henry Ford, del juez Lynch y de Theodore G. Bilbo, el senador de Mississippi."

Lo anterior no necesita ningún comentario.

El negro vive lleno de prejuicios raciales y de pereza de intelecto. Harlem está poblado de negros de Las Antillas y de la América Central, y, más abundantemente, por puertorriqueños.

—o0o— —o0o— —o0o—

### SUPERSTICIONES

Es notorio cuando las haitianas van a hacer primera venta del día en las ferias: tratarán de que la primera persona que le venga a comprar sea del mismo sexo que su primogénito, porque creen le dará esto buena suerte. Así, si su primer hijo es varón deseará que sea varón el primero que le haga la compra; si es hembra, quiere que sea una mujer. Pero, en caso que le venga la suerte extraviada, rogará que la persona que hace la compra le pase el dinero a otra de diferente sexo para recibir de ésta la paga. Si su primogénito es varón y viene y le compra una mujer, ruega a ésta que le pase el dinero a un hombre para recibirlo de éste. Como es mala suerte recibirlo en la mano como que le cuenten las monedas en ella, le dice:

—“Me tei la te pue mue” (Tíremelo en el suelo.) Y entonces toma su paga.

Por eso visteis siempre a las haitianas po-

ner sus mercaderías en el suelo y ellas acucilharse a su lado.

Para el haitiano todo tiene un fondo supersticioso: si van a comer o a beber, hecharán un poco de la comida o bebida al suelo. Esto es para que los muertos coman y beban también, o para que el diablo no le tome en cuenta que lo dejan a él muerto de hambre. Muchos le suponen más poder al diablo que a Dios.

El haitiano no dará nunca a un desconocido su nombre de pila, porque si lo dá, pueden echarle un *guanguá*. De aquí que todos usen apodos, estos algunos muy extraños: De san de gaving [202 cañadas;] Ti cut [cortico] Artellón, Pandoroso; Dameís, Tiamè, Desin, Tigueís, Presán, Montil.

Usan como apellido el nombre del padre; así, que el hijo de Pedro Pie, Juan, se llamará Juan Pedro.

Todas sus enfermedades se las curarán con brujerías y ensalmos. Si el brujo no ha podido aliviar nada a su cliente, por ejemplo de una herida que se dió en su conuco, éste se puede por ella antes que ir a donde un médico. Son como los chivos cuando en el monte les cae queresa, que nunca dirigen sus pasos al chiquero donde con creolina se las curarían, sino que se quedan en las cuevas de los montes escondidos, donde morirán lentamente. Como las curas el brujo las hace con ensalmos, los hay

para sacar una paja de un ojo, para un dolor de oído o de muela, para parar una hemorragia, para un brazo roto, etc., etc.

Una vez una vieja haitiana me hizo un "tuse" para un pie dislocado en una caída; me lo llenó de cruces y de signos cabalísticos; hizo no sé cuantas oraciones; y sí curé, pero fueron unas bilmas que me puse. Hay ensalmos para volverse culebra, para que las balas no le entren, para hacerse invisible; pero ya es bueno que volvamos a hablar algo del "Vodú".



Caramañón es un luá que se presenta simpático pues se cree el más buen mozo de todos los seres y hace piruetas y *mojigangas*, con el fin de cansar risa, para castigar a los que rían ¡chupándole la sangre, pues come gente.

Cuando monta, canta:

*Caramañón, mayé piti — Caramañón aeh!*

*Mayé granuí, — Cua! cua! cua! cua!*

Después que echa su carcajada se pone serio para que rían, y saciar así su instinto sanguinario.

---

---

## CAPITULO XIII

### LAS TRIBUS DE LOS FON. LOS DIOSES DEL VODÚ.

Se ha buscado el origen de la palabra "vodú", y muchos han creído encontrarlo en la palabra "Veau d'or", que significa becerro de oro. ¿No recordáis que los egipcios se arrojaban ante el buey Apis; que la diosa Isis jamás había de olvidar en su lindo tocado los dos grandísimos cuernos de vaca; que los mismos judíos, cuando Moisés subió al Sinaí, vuelto con las tablas de la ley, los encontró danzando locamente al rededor del becerro que con sus propias manos les había fabricado Aarón? Pero esta palabra "Vodú" no viene de Veau d'or ni de *Vandois* del Cantón Suizo, sino que procede del dialecto africano *Fongbé*.

"Vodú" es la palabra más grande de aquel dialecto, porque encierra y significa casi la vida moral y material de los Fons, un grupo racial de africanos de Dahomey, reino de la costa occidental en el Golfo de Guinea, conquista-

do por los franceses en 1892. Las tribus de los Fons eran muy conocidas como guerreras y conquistadoras, y de notable inteligencia.

Pero, ¿cuál es el sentido exacto de la palabra "vodù" en Fongbé? Esta palabra significa el genio del bien o del mal, pero inferior a "Mawu" que simboliza cualquier poder invisible de su culto sea protectorio o malévolos. De la raíz de esta palabra Vodú, tenemos inmediatamente la palabra *Vodunú*, que designa la religión del Vodú en su totalidad.

El Jefe, Papa o sacerdote, se llama *Vodunó*, *Papalú*, o vulgarmente Papa—bocó.

La forma más notable y primitiva de la religión del Vodú en África, fué el culto de la serpiente o víbora Dá, pronunciando *Dan*, con la encarnación del genio Dagbe.

Debo recordarles que muchas razas americanas prehistóricas, tanto del Norte, como del sur, eran adoradoras de la serpiente. Los Aztecas adoraban la Serpiente Emplumada, la que se encuentra representada en casi todos los monumentos de su arquitectura.

Los dos santuarios principales del culto del vodunismo en África, se encontraban en los bosques sagrados de Somorné, cerca de Allada y Ouida.

Por una contracción en la expresión dionímica "Dagbe Allada," que significa serpiente, se convirtió en Damballah Ouida el nom-

bre del dios o luá

En cuanto al término Ouida agregado al nombre del "luá" viene de una creencia de los vodúistas haitianos de que existe un algo entre Dagbe y Allada Ouida o mejor dicho "Vedó", que es la diosa del Arco Iris una especie de Juno en la mitología de Dahomey. Este es el misterio supremo, y como hemos dicho, su símbolo es la serpiente.

La base, pues del vodúismo es la adoración de la serpiente simbólicamente.

El que preside la ceremonia, si es un hombre, se llama *Papaluá* y si es una mujer *Mamaluá*.

Como todas las religiones, tiene sus sacrificios. Para sus ceremonias, sacrifican, gallos, chivos, ovejos, pavos, palomas, etc, cuya sangre es recogida y tomada. Tienen sus divinidades y también sus sacrificios humanos. Así lo vemos en todas las religiones antiguas. Y la religión del Vodú es tan vieja como la creación. Es la veneración del Sol, del Agua y también de otras fuerzas naturales. Pero sus símbolos no son mejor comprendidos, que cualquiera otra religión, porque ha sido muy corrompida y degenerada.

Todas las manifestaciones de sentimientos religiosos llevan en sí, ciertos ritos, ceremonias, símbolos apropiados y sus pompas bien calculadas para cautivar nuevos adeptos y en-



tusiasmar a sus creyentes y partidarios.

Debemos anotar que según las épocas históricas, el temperamento de las varias razas, su grado de civilización, su imaginación religiosa en que manifiesta el hombre su veneración a su Dios, que teme o ama, varía infinitamente, y, en una religión tan gerárquica como el Vodú, tan llena de misterios y fanatismo, ejerce necesariamente una atracción poderosa para las otras tribus africanas. De aquí nace la corrupción del Vodú, con la introducción de las otras creencias de las diferentes tribus. Vemos como se despoja de algunas de sus características originales y se incorpora aquellas otras malas, tales como las de los Aradaennes, Congoleses, Mines, Caplaous y Moudongués.

Los templos de Dangbé fueron servidos por sacerdotisas llamadas "dangbesí", y por eso oímos amenudo en sus cantos: "Damballah dangbesí Ouida" que quiere decir: "Las mujeres de Dangbé, Allada, y Ouida".

El culto de Dangbé, además fué muy secreto y tenía sus iniciaciones igual como los Egipcios. También tuvieron su palabra de contraseña, que daban las sacerdotisas, tales como "Bohsi", "Bohla", incomprendibles para el lego.

Otro gran dios del Vodú en Dahomey es Legbá. Es considerado como Priapo, y per-

sonificado como el dios de la generación y fecundidad. La estatua de Legbá fué erigida en Dahomey y colocada en todos los caminos y en todas las esquinas, con TODA la impudicia del arte primitivo para enseñar los atributos de este dios. Por tal motivo, èl es considerado como Jefe de las carreteras y encrucijadas. De ahí su canto: "Papá Legbá escucha y ábreme la puerta". A este dios el vodúista haitiano le sacrifica la oveja.

*Alivodú* es el dios doméstico, o genio de los árboles. Es protector del hogar. Sus árboles simbólicos están sembrados en los patios de las casas haitianas. Èl es el invocado en caso de enfermedades. Aquí el origen de la costumbre haitiana de árboles consagrados.

Héviyoso es el Júpiter de Dahoney, el dios del trueno y corresponde a Pié Jupité-Toné del vodú haitiano.

Baròn de Samdí (dios del Sábado.) Baròn Cimenterre (dios del Cementerio) Loco Attisón (dios del misterio y conocimiento) Musié Candela, Guedé, Ogùn Balenyò, Mamambó, Juan Batalà, Tisolei, Gombolosí, Picáu Cuaná, *Metreseli*, esta es hembra y etc. y etc. Hay más dioses en el Vodú haitiano, que en toda la mitología Griega y Romana.

Este culto fundamental animístico, tiene la creencia firme en la posibilidad de la en-

carnación de todos estos dioses o luá en el cuerpo de sus servidores. Así por ejemplo, el que sirve a Ogún Bolenyó, es el *caballo* que *monta* ese *sance* o *luá*. Cuando está *montado* ya no son las facultades personales las que actúan, es Ogún, que habla, que acciona, que pide, que baila, que hace sacrificios.

• De la mezcolanza de la tradición del Vodú, llevada a Haití por los esclavos de todas partes del África, resultan dos principales ritos predominantes: el de la Guinea y el del Congo. Uno tiene su creencia en las influencias buenas, y pide por tanto menos necesidad en el sacrificio de sangre, y otro, desea las prácticas del mal.

---

---

## CAPITULO XIV

### ALTARES, SACRIFICIOS, etc.

El lugar donde celebran sus iniciaciones, fiestas, sacrificios, etc, se llama *Balli*. Sus paredes están decoradas con el símbolo de la serpiente, con figuras grotescas de sus dioses, de formas fantásticas, en fin, es un lugar algo siniestro.

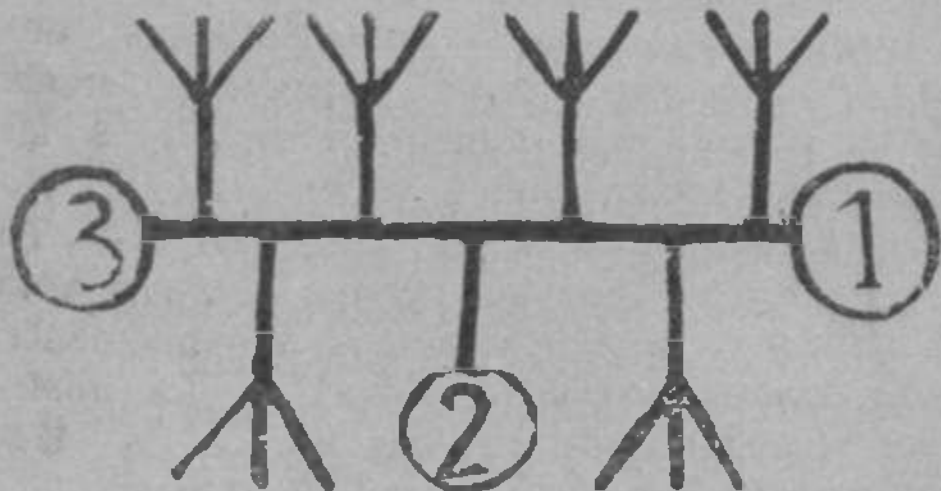
El altar es como el retablo de cualquiera iglesia, adornado con su mantel blanco bordado, un crucifijo, el símbolo de la serpiente hecha de madera en forma horizontal montada en su pedestal, "piedras de rayo", iconos y medallitas de santos católicos, collares de vértebras de culebras, pan, platos con comida, jarros de agua, botellas de vino fino, galletas, maíz tostado, ron, aceite, cigarros de buenas marcas, velas, etc.

En una esquina del altar se coloca el crucifijo y en la otra el símbolo de la serpiente; en otro lugar se hace en forma cónica un montón de harina de maíz, con un huevo

puesto encima. Es de presumir de que el huevo significa renacimiento, producción, fertilidad, creación. En frente del altar se colocan velas y *jachos* de cuaba o de goaconejo y los tres tambores sagrados.

Antes de principiar la ceremonia, el Papaluá vestido con su traje de sacerdote, toma harina de maíz del altar y traza sobre la tierra frente a éste, unas señas cabalísticas, así:

Una línea recta a todo lo largo del altar con cuatro tenedores en forma de horquillas de tres puntas, mirando la mesa y dos tenedores del mismo estilo mirando para los fieles; y tres círculos, así: un círculo en cada punta de la línea de harina y otro en el centro.



Estos círculos significan: (3) la Tierra (2) el Cielo, y (1) el Agua. En las enseñanzas esotéricas indican Tierra, Aire y Agua, y

en otras enseñanzas secretas: Tierra, Aire, Fuego y Agua.

La línea de harina conectando las seis borquillas es el símbolo del sendero invisible en donde se mueven los dioses y sus misterios.

Al terminar esta operación el Papaluá derrama en el círculo que representa la Tierra, aceite, harina, y vino, mientras los fieles cantan *Vangol es el jefe de la tierra*. Luego derrama ron y ceniza en el círculo que representa el Cielo, y se canta: *Damballa Ouida tú eres el jefe del cielo*. En el círculo que representa el agua derrama de este líquido, mientras entona: *Padre Ogué es el jefe del mar*.

Mientras los fieles siguen sus cantos, el Papaluá continúa sus funciones trazando una red de líneas con la harina de maíz en frente de las puertas para impedir la entrada a las influencias malas, pues al tratar éstas de entrar se enredarán en ese laberinto tejido. Al terminar esta operación levanta la manos ante el altar y en alta voz exclama solemnemente: "*En nombre de todos los dioses y los misterios*", haciendo a la vez una señal a la Mamaluá para que ésta se aproxime al altar.

Ella viene ataviada con su traje rojo de sacerdotisa, traje ritual; se aproxima danzando; parece arremolinarse empujada por el viento sin dejar un momento quietas sus am-

plias caderas y cae postrada en el suelo delante del altar, con la cara besando tierra.

En este momento se presenta un ayudante con las aves para el sacrificio, que regularmente son gallos, palomas y pavos. Estas aves son tomadas una a una, como el caso lo requiera por el Papabocó, quien las acaricia tiernamente y les da a comer migas de las pastas de harina del altar. Después que ellos hallan camido las migas, el Papaluá solemnemente traza con harina de trigo una cruz sobre la espalda del animal y se lo entrega a Mamaluá ya en pie- quien lo toma por el cuello, sigue su baile temblando su cuerpo; hay vibraciones en sus manos y contorsiones en sus caderas; gira y sacude, y la cabeza del ave queda desprendida del cuerpo. Las palomas sufren lo mismo. La sangre es recogida en copitas de cristal o de porcelana y tomada por los sacerdotes y los fieles.

A los chivos les adornan los cuernos con cintas rojas, y sus patas untadas con vino y aceites olorosos. El animal está como hipnotizado; va al sacrificio marchando al son de los tambores, y con un arma blanca muy bien afilada se le estoquea y la sangre es tomada también por los fieles.

Ninguno de estos sacrificios son hechos con brutalidad, sino con toda solemnidad. Luego los animales sacrificados son llevados a la

olla y empleados en el banquete. Muchos ven en estos sacrificios el misterio de la muerte y su purificación.

Los santos católicos usados en el altar y en las ceremonias, no representan lo que para nosotros; son puestos ahí, porque sus atributos semejan los de los dioses del Vodú, ya que les he imposible hacer los iconos de su verdadera religión.

*Ogún*, dios de la guerra, quien come gallos y trijoles rojos, quien protege a sus creyentes de heridas mortales, es representado por San Santiago el Mayor; *Ogué*, el dios del mar, está identificado por San Expedito; *Damballa Vedó*, el más poderoso de todos los dioses, está representado por San Patricio; *Erzilie*, es una mujer rica fabulosamente, cargada de piedras preciosas, de sortijas y cadenas de oro, es la Virgen María, y la limpieza es el mejor tributo que exige su culto; *Papa Legba*, el dios de la procreación, guardia de las carreteras y el que cuida las puertas y portales, está representado por San Pedro. Papa Legba es el que sirve de intérprete cuando el Papabocó llama a los otros dioses.

Los vodúistas haitianos no matarán las culebras porque suponen que un espíritu vivirá dentro de ellas: en las culebras reencarnarán los espíritus. Por eso el culto que en el Vodú se les rinde.



Estas fiestas o ceremonias están siempre acompañadas con la música sagrada de sus tambores. El vodù sólo usa estos tambores que son siempre tres en número, cuyos nombres son: "Mamán", "Papá" y "Catá". Muchas veces acompañan a éstos unas maracas.

Estos tambuses son bautizados con toda solemnidad y gran pompa; con sus padrinos y madrinas y dedicados al servicio de sus dioses: *Radá* y *Petro*. Estos tambuses dedicados al servicio de estos dioses, nunca son tocados fuera del templo. Son generalmente pintados en colores, rojo, azul y amarillo, y jaspeados tal vez para imitar el color y cuerpo de la culebra.

El vodù ha conservado el ritmo de su música original sin ningún cambio. Un ritmo muy particular a este culto. La música es muy desigual en su movimiento y las danzas sagradas son a veces melancólicas y apasionadas, voluptuosas, pero siempre llenas de efecto.

---

---

## CAPITULO XV

### UNA DISCIPULA DE TRINA

Habla una de las más allegadas de Trina, aquella mujer que dimos a conocer al principio de nuestro libro y de cuya muerte ofrecimos los pormenores.

Mi madre se estaba curando con ella, —comienza diciéndome— y me dió a ésta, para que se ocupara de mi crianza y educación. Tendría yo de once a doce años.

Me llevó para Salcedo. Trina tenía muchas muchachas bajo su tutela, las que estaban encargadas para ayudarle en sus trabajos, cantando cuando ella *montaba un luá*; sirviendo plantas para dar como "botellas" o sirviéndole en las atenciones que debían prestárseles a sus clientes o en los quehaceres de la casa.

Con Trina me inicié en las prácticas del vodù, de las cuales yo podría hablar muy extensamente.

Yo fui *caballo* de un *luá*.

Cuando llegué a donde Trina, yo nunca

había visto un *ballí*, ni menos una mujer *montando* un espíritu. Cuando ya sabía algunos cantos, fuí llevada al primer vodú, para participar de las ceremonias y del culto. La primera impresión no la podría olvidar nunca. El ruido de los tambuses y las reverencias y las manifestaciones de adoración que todos hacían a los poderes sobrenaturales, me infundieron un miedo, un temor grandísimo como el que se encuentra en un hoyo muy profundo cuando va perdiendo la esperanza de poder salir de él..... Cuando ví rodando por el suelo a todas mis amigas y compañeras, me quedé muda, atolondrada.....; entonces uno de los ayudantes con la cara transfigurada, *montado*, se llega a mí y me grita: —“Papá Guedé quiele tñ cante”. ¿Qué hacer, si no podía seguir cantando? —“Baile! cante! te tumbo!” me repetía el hombre como un endemoniado.

Yo veía el inconveniente de las que se entregaban al baile, que al estrallarse al suelo caían con las faldas levantadas, dando un espectáculo indecoroso frente a los muchos visitantes que contemplaban la escena. Toda llena de miedo me llego a donde una compañera que cantaba y le pregunto que qué debía yo hacer. Entonces ella me dijo que si volvían a decirme que me “tumbaban”, que me tirara al suelo y fingiera como que estaba *montada*.

Me castañeaban los dientes: era un temor supersticioso el que se me había infundido. Y cuando volvió a mí uno de ellos y me dijo: —!Qué te tumbo! — y me rozò con la mano en la frente, yo me dejé caer, más por miedo, que por ninguna otra influencia.

Cuando fui tomando confianza con las amigas y compañeras ya aleccionadas por Trina fui perdiendo el miedo. Aprendí a *montarme* en Tinyó: hablaba como él; también con otros *sances* y en Metrés Ercilie, y sabía entonces cantar y hablar en voz fina y aguda como la voz de esta diosa.

Pero Trina seguía sugestionándonos siempre. Nos decía que Musié Culebro se *montaría* en nosotras y nos partiría el pescuezo: que tal muerto se nos subiría, que tal cosa por aquí, que tal cosa por allá ..... y así vivíamos en un sobresalto, en un temor siniestro.

Yo puedo decirle que le temía tanto a Trina, que mientras estuve bajo su tutela, no me atreví a ver un hombre de frente. Cuando salí de sus manos, me sentí libre, había roto las cadenas de esa esclavitud, la más grande, la de ser prisionera de ese miedo supersticioso de que le hablo.

Trina hacía curas. Era curandera. Pero había que tenerle fe. Si se le tenía fe, ella lo sugestionaba y con la sugestión lo curaba, curas muchas veces milagrosas.

Por ejemplo: los que sufrían de mala suerte iban donde Trina, y ella les copiaba una oración y se las daba. Ese hombre tenía fe y veía como su suerte cambiaba. Otro que era perseguido de los muertos, ella le preparaba un ensalmo y le decía "llévelo con usted," y ese hombre perdía el miedo. Algunos iban enfermos de la vista, de enfermedades mundanas, de calentura, y Trina que conocía muchísimas plantas medicinales, les preparaba su *botella* y les recomendaba que tuvieran fe al tomarla, pero antes les decía que era por ejemplo Ogún que les daba ese remedio, y muchos fueron los que curaron. Curas asombrosas muchas.

La sugestión puede mucho y el poder de la fe, lo sabemos, hace milagros.

El ocultismo, no es mas que una sugestión. ¿La oración del perro para caminar largas distancias sin cansarse; los que andan huyendo por crímenes y no es posible hacerlos presos, porque se pierden en cualquier rincón sin ser vistos; los que tienen esos poderes y nosotros creemos que son dones sobrenaturales? No es mas que una gran fe que tienen en sí mismos.

Puedo hacer la prueba. Si me paro en la puerta que da a la calle y creo que todo el mundo me ve, todos los que pasan se fijan en mí; pero si creo que nadie me verá,

que me haré invisible, pasarán muchos y no me verán; para éstos, no estoy yo ahí, estoy invisible, así lo creo yo, y sucede así.

Los que iban en busca de estos ensalmos Trina les recomendaba, después de darles una oración: "Si lo están buscando, y usted está sentado, póngase de pie, y dó la espalda, y no se mueva". El conjuro de estas oraciones se perdía, cuando el que la poseía se daba por la tentación de saber lo que llevaba a su lectura. Por este medio, se perdieron en muchos el poder mágico.

Trina trataba de sugestionar a sus enfermos; luego les decía que ya no tenían nada; pero si éstos no cambiaban en sus dolencias, no se sentían curados, ella se valía de otros medios para crear en esos individuos el estado de salud: le preparaba un entierro; lo conmovía; le decía que toda su enfermedad era debido a un *trabajo* que le habían enterrado en el patio de su casa; que no sanaría hasta que no lo sacara y que ella estaba dispuesta a devolverle la salud. Y hasta que este hombre no se sintiera sano por esa fuerza de optimismo creada en él, Trina no desistía de evocar sus espíritus infundiéndole fe a su enfermo: lo violentaba a la salud.

No eran uno ni dos los que iban diariamente a casa de Trina atraídos por sus curas milagrosas: de locos, de parálíticos, de los

que tenían espíritus, de los que le habían echado brujerías, los que sufrían de dolores de cabeza..... Y yo crecí con ella, y aprendí la fórmula de todos sus engaños: sugestionar al enfermo y crearle la fe. Métodos sugestivos por todos los medios y ser creyente que los "luás" pueden devolver al cuerpo y al espíritu la perdida salud. Así que los que no tenían fe en Trina no curaron ninguno, por más empeño que ésta puso en sanarlos.

Uno de los medios más eficaces, para sacar dinero y sugestionar a los crédulos, era el método de los entierros

Un señor de San Francisco, vino donde Trina, porque tanto sus negocios como su salud no marchaban bien. Se sentía apesadumbrado, agotado, sin ánimo, sin deseos para seguir su ocupación antes lucrativa y ventajosa. Todos los días iba más en bancarrota.

Trina trató de averiguar su mal, y le adivinó que lo que a él le pasaba era el efecto de un entierro que le habían sembrado en el mismo patio de su casa. Y como se acercaba Semana Santa, le dijo, que para hacerle el *trabajo* de sacarle el entierro, tenía que ser en Viernes Santo.

Para esta fecha, un Cristo que yo había robado a una vendedora de santos en la plaza, estaba ya listo para el entierro. Tomamos

el Crucifijo; lo rozamos en la pared; lo amarramos por todas partes con cáñamo y le atravesamos todo el cuerpo con alfileres y por último le quebramos un brazo y un pie, forcejeándole de la cruz. Lo envolvimos luego en un lienzo de pana junto a unos cuantos granos de sal, pimienta, ajíes picantes, cebollas, etc. Y todo ésto, lo colocamos en una caja de latón de esa de galletitas.

Por la mañana del Viernes Santo, nos dijo cual sería nuestro comportamiento en el viaje que haríamos a San Francisco, y en la tardecita en un carro fletado salimos para esa ciudad. Yo llevaba un traje con una capa. Todas estábamos vestidas más o menos igual, con una capa corta que nos cubría los brazos. Debajo de ella llevaba yo el entierro tratando de ocultarlo.

Cuando llegamos ya era de noche y nos fuimos directamente a casa del comerciante a quien le íbamos a hacer el trabajo. Nos dispusimos a preparar el altar en una de las habitaciones. Ya como a las doce de la noche Trina comenzó las ceremonias; primeramente, leyendo lo que decía una vela encendida. La luz de ésta, le indicó el sitio del patio en que se suponía que estaba el entierro. Era cerca de una mata de cana. Había que hoyar con una coa. Esta operación la comenzó uno de los hombres que habían ido con nosotras des-



de La Vega. Después dijo Trina que hoyara el dueño de la casa y que tuviera ánimo, pues el espíritu del muerto estaba ahí presente. Más tarde señaló a la mujer que tomara la coa y cavara la tierra. Nosotras cantábamos y bailábamos. Trina permanecía *montada* mientras tanto, para que el *luá* dirigiera los trabajos. Como yo era la que ocultaba el entierro, me estaba muriendo del miedo, no fuera a notárame el bulto o caérseme al suelo. Estaba turbada sin saber como colocar mi paquete dentro del hoyo, pero, cuando éste tuvo más o menos un metro de hondura, haciendo unas ceremonias Trina me lo quitó, y se encargó del resto. Prendió otra vez la vela y se puso a decir lo que le indicaba la luz: de que el entierro iba subiendo. —!Sube, sube!— gritaba, mientras frente al hoyo hacía signos con las manos haciendo como notar de que subía algo al conjuro de sus palabras. Luego se *montó* y el *sance* dijo: —“Venga a sacarlo Ud. señora”— señalando a la dueña de la casa. Pero ésta se negó alegando que no tenía valor para ello.

El patio estaba lleno de curiosos a esa alta hora de la noche. Se derramaba esencia y perfume hasta por el más oscuro rincón y se quemaba incienso para apaciguar el espíritu o los espíritus vagantes.

Como la mujer se negó rotundamente no

meter su mano en el hoyo para sacar el entierro, que sin nadie darse cuenta ya Trina había colocado dentro, ésta entonces expresó que todo el trabajo se iba a perder, pues el *ser* había dicho que la señora debía sacar el entierro, y que debía ser así. Pero frente a las negativas de la señora se resolvió *montar* otra vez, mientras nosotras cantábamos pidiendo perdón e indulgencia para que el hombre fuera el que lo sacara. Y así fué que el *luá* concedió la petición, pero el hombre se había impresionado tanto, que después de acceder, estaba resuelto a que se perdiera todo trabajo. No poca lucha le costó a Trina para cambiarle su resolución, dándole valor para que metiera la mano en el hoyo recién abierto. Pero era tanto el miedo, que metió la mano y dijo no encontrar nada.

Trina vuelve y prende su vela, mientras nosotras cantamos para que suba el entierro, y la luz le dice que está casi a flor de tierra, que hoyaran otro poquito más. Aquí no confiò Trina la cosa a nadie no fuera a malograr el paquete, y se puso a cavar ella. El dueño de la casa, vuelve e intenta ver si encuentra algo, y por fin grita:

—!Aquí está! !Aquí está!

Trina se lo arranca de la mano, y con un canto a *Metre Inosán*, fué llevado el entierro desde el fondo del patio hasta el altar que

estaba en una de las habitaciones de la casa.

Aquí se abrió el entierro. ¡Qué sorpresa para todos al ver a ese Cristo en tal forma de crucificado!

Entonces Trina habló:

—Usted ve; — le dijo al señor; — usted estaba crucificado completamente, amarrado de pies a cabeza y atormentado con miles de afileres. Este Crucifijo está así, para que usted sufriera lo que está sufriendo él con tantas sogas, con tantos puñales, con rotaras de pies y manos, con abolladuras en todo el cuerpo. Usted no echaba para adelante: mire como le habían salao. Usted no podía vivir bien con su familia ni con nadie para esos tormentos son estos ajies caribes. Y le dijo miles de cosas.

Después de repartir el banquete, y obsequiar bebidas y cigarros, nosotras nos volvimos para La Vega. Era tal el temor que Trina nos infundía, que recuerdo, cuando el carro salió, nos prohibió volver la cara atrás porque el muerto dizque se nos pegaba.

Los entierros que preparamos en La Vega, dan motivo para una nueva historia.

El trabajo del entierro de San Francisco, fué hecho por DOS CIENTOS PESOS. Y el hombre quedó tan agradecido, que siempre le mandaba su dinerito mensual, pues según él escribía, todos sus deudores le pagaban, obte-

tenía buenos beneficios en sus negocios y se sentía con ánimo de trabajar y de conquistar el mundo.

La mujer de quienes son estas palabras, no es una persona culta, y como es de suponer, es una mujer del pueblo, pero sí, ha sabido ser sincera en esta confesión que me hizo, y la cual yo escribí sin omitir detalles, pero sin agregar pormenores.

Belié Belcán, es un *luí* de proceder avieso: se place *montar* para encaramarse por las paredes y en los árboles, tirándose luego de cabeza al suelo, abandonando en el espacio a su *caballo*, para que éste se parta el pescuezo. Así sacrifica impiadadamente a sus *servidores*. Está representado este *ser* como un muchacho sin reflexión y de un instinto sanguinario que lo arrastra a ser asesino.

---

---

## CAPITULO XVI

### LA SUGESTION (1)

Nadie ignora que muchos hay que están a merced de la sugestión. Les domina la timidez; una nerviosidad que no los deja actuar libremente. Muchos se autosugestionan y se crean lesiones graves del sistema nervioso y de otros órganos en que éste que supieramos nosotros no ejerce su influencia. Se pierde la confianza en sí mismo y toda eficacia para la lucha ya sea por la salud o la vida diaria, decae lamentablemente, fatalmente, para crearos la infelicidad. Así como enfermamos por la sugestión ejercida, ya sea por nosotros mismos o porque personas bajo cuya sugestión nos encontramos, creando en nosotros esos es-

---

[1] — Se llama su atención a la Revista *PERSONALIDAD Y CULTURA MENTAL*, No. 46 Febrero 1940, La Habana, Cuba, Directores: Profesor Juan Marin y Maria J. Obregón de Marin Pag. 7, trabajo titulado: "Sugestión, Salud y Exito. De aquí extractamos parte del presente capítulo.

tados inquietantes que nos hacen enfermar de veras; también por la sugestión podemos combatir las enfermedades de que adolecemos. Hay cierta cantidad de defensa en el organismo que debemos emplearlas para crear en nosotros esos estados sugestivos y por ende proporcionarnos el vigor y la salud requerida. Podemos rechazar muchas enfermedades por esa defensa inherente a nuestro ser. Los medios autosugestivos empleados por la Psicoterapia, dependen de la naturaleza psíquica de cada individuo.

No es que todas las enfermedades puedan curarse por los métodos autosugestivos, o aliviarse, pero muchas de las tantas que afectan al hombre acosado por una intoxicación o degeneración nerviosa, pueden llegar a desaparecer, como si no hubieran existido nunca.

Es reconocido por todos, que cuando un individuo se cree enfermo, aunque su organismo esté sano, basta esta influencia espiritual, para que de verdad enferme. La selección de nuestros pensamientos, tiene una gran importancia en el estado de salud de nuestro organismo. De aquí la gran importancia de la autosugestión.

Como escribe el eminente M. A. Middleton, redactor de la *Practical Psychology*: "hay una cantidad de salud reservada para todo aquel que se consagre al estudio práctico de es-

ta ciencia. Hoy día no hay la más leve excusa, salvo en casos de accidente, para que una persona caiga enferma, y este es un hecho que la clase médica del mundo entero ha reconocido. Cuando esta creencia sea difundida y sea sustentada por la mayoría, la enfermedad desaparecerá. La salud es un derecho que todos recibimos al nacer, y los que de ella están desprovistos deben culparse a si mismos". El Profesor Alejandro Erskone, sabio neurólogo, cuyos excelentes servicios como médico y terapéutico sugestivo están solicitados por los más grandes hospitales de Londres, escribe en Julio de 1935: "que la sugestión obra sobre el espíritu subconsciente como agente curativo de suerte que si el espíritu está inspirado por medios intermedios y apropiados la sugestión ejerce un efecto saludable en el cuerpo. El espíritu ha creado el cuerpo y puede restaurarlo. Pero ¿cómo puede hacerlo? Antes que nada, por medio de la fe, y la fe considerada desde el punto de vista científico, es una cosa admirable".

De todo esto se desprende, que utilizando los medios sugestivos podemos aliviar nuestros sufrimientos físicos, morales y nuestras enfermedades mentales.

Ahora poco importa que la sugestión sea creada por uno mismo o autosugestión, o por otro cualquiera que desencadene la fuerza o



los impulsos de nuestra subconsciencia, en ambos casos, el resultado es idéntico y de igual eficacia.

El Dr. Ravine, sustenta la teoría de que la fuerza física está en realidad formada por dos elementos: consciente y subconsciente.

Todos los sabios modernos reconocen que la capacidad de la subconsciencia (o naturaleza psíquica del hombre) para influir en la conciencia moral es por decirlo así ilimitada.

La enfermedad puede ser provocada por la idea fija de una espera de la enfermedad [hipocondría], así como la subconsciencia puede crearnos fácilmente la salud y ahuyentar la enfermedad. Es decir que la sugestión debe orientarse a un estado sano del espíritu. Lo que quiere decir, que provocando la autosugestión o creando otra persona en nosotros ese apoyo de nuestros centros psíquicos, esa fuerza sugestiva, "impedimos el acceso a las tendencias mórbidas, pues el estado de espera confiado y repetido de la curación es el medio más poderoso para provocar la cura que se desea."

Ahora, lo mórbido se impone, y no es que descuidemos ni dudemos como antes hemos dicho, de la eficacia de la sugestión sana que precisamente eso es lo que falta en el enfermo, él duda de si puede colocar frente a la idea mórbida la idea reguladora y equilibrada;

y en esa duda está el conflicto; los más se dejan vencer por la idea fija, que cada vez se hipertrofia más y más y a lo menos triunfará no sin antes lograr su espinosa lucha. Pues en auxilio del que se bate anonadado, entre la duda, viene el consejo y la receta del psiquiatra a cuya utilización propugnamos en estas páginas como medio de combatir la terapéutica del Papabocó y del curandero, que se arraiga cada vez más en nuestra gente humilde y sencilla.

El agotamiento de las reservas de energía subconsciente provoca en nuestro organismo desórdenes mentales y nerviosos. Hay una lucha entre el consciente y el subconsciente, cuyo resultado es, cuando predomine éste, el optimismo que nos llena de esperanza y de fe, nos pone en disposición a sentirnos confiados, a que vamos a llegar al triunfo; y, cuando no ponemos nuestra voluntad, dejándonos vencer por la pesadumbre y el fracaso, el pesimismo nos inyecta su virus emponzoñado, haciéndonos negativos para la lucha y una víctima de la hipocondría. Nada contribuye más al fracaso, como sentirse vencido desde el principio; como creernos además, inferiores en las cualidades con que nos ha dotado la naturaleza frente a las cualidades iguales de nuestros semejantes. Hay quien piense, que esta inferioridad tiene su punto de partida en

la exageración de la humildad que tonificada a medio, constituye una virtud, y, exagerada, la fuente tórbida de donde ha de nacer el complejo de inferioridad de tan fatales resultados y consecuencias para el triunfo en la vida. Pero nada nos lleva al triunfo, a la gloria con galopar de luz, que cuando ese sentimiento de confianza nos mueve a la obra, a la lucha, cuando la fe nos llena de esperanza.

Así pues, que por medio del pesimismo enfermamos de cuerpo y de espíritu, así, como sanamos de nuestros dolores físicos y de nuestros sufrimientos morales, por la fuerza de optimismo que sepamos engendrar en nuestra subconsciencia. La sugestión puede ofrecernos estos dos estados: el uno nocivo y el otro terapéutico. Para éste, necesitamos también de la fe, la santa fe, que siembra de esperanza nuestra alma.

Todo lo expuesto nos demostrará, que muchas de las enfermedades que suponen los creyentes en brujerías, en "saucos" y en "luás", que les echan como males, no son más que estados autosugestivos de pesimismo enervante. Otras son debidas al empleo de plantas maledicas de que son portadores los Brujos y Papabocoses, para crear envenenamientos y dolencias, que ya hemos estudiado. Así también, son causa de la sugestión las curas milagrosas no sólo de las perturbaciones nerviosas de ca-

rácter conocido, sino de muchas otras enfermedades en que éste sistema al menos en apariencias, no ejerce cierta influencia.

No hemos hablado de las consecuencias fatales creada por la sugestión, aunque a esta de buena fe se la quiera encaminar por el estado de salud, cuando es ejercida por personas ignorantes que desconocen los complejos psíquicos. Un psiquiatra os podrá ilustrar conscientemente al respecto.

Nuestro estudio nos demuestra ésto, y no dudamos en afirmarlo, que frente a estas consecuencias fatales, irremediables que ofrece un Papabocò o un curandero ignaro a quien se le entrega la salud que peligra para toda la vida, el valor terapéutico de un psiquiatra es la ruta a seguir para librarse de las cadenas de tantas dolencias humanas.



---

---

## CAPITULO XVII

### EL PODER DE LA SUGESTION Y LA FUERZA DE LA FE

Vivía yo todavía en La Línea, cuando recibí la visita de uno de mis más distinguidos amigos, que fué a pasarse unos días a mi lado. Una mañana, fué de pasadía a casa de una señora muy atenta y distinguida a la cual yo se lo había presentado días antes. Ellos bien no se conocían, por su puesto. Y no recuerdo por qué no le acompañé en esa visita.

Al regreso de mi amigo ya en la tarde, viene contándome de las atenciones con que fué recibido y tratado por la dueña de la casa.

—Me trató como a un rey —me decía—. Una suculenta mesa. Me preparó antes de comida un baño aromático, para que se me quitaran las dolencias del trote del animal.

—Cómo, un baño! —le dije asombrado, llevándome las manos a la cabeza y paseándome por la sala, para demostrarle mi sorpresa, deseoso de hacerle una mala jugada conocedor de que mi amigo era supersticioso y crédulo.

—¿Y tú te bañaste?

—Y por qué no! ¿Qué de malo tiene eso?  
—me repuso.

—Ay! Dios mío! Lo que tú has heecho... Doña Tana venga acá!—. Llamo a la dueña de la casa donde yo vivía, y cuando esta llegó, picándole (guiñándole) un ojo, le digo con asombro: -¿Usted no sabe que fulano, se ha bañado en un baño que le preparó la Señora donde fué de visita?

—Dios mío! —exclamó ella con asombro, mas guardando la risa y poniendo su cara seria mordiéndose el labio inferior. —Y usted se bañó?

—Y qué tiene eso de malo, doña Tana?

—Pues tú no te das cuenta, —repuse.

—No.

—Pues te diré: esa Señora te dió ese baño para amarrarte.....

—¿Y qué interés tiene esa Señora para querer amarrarme a mí? — me pregunta.

—Pues te explico: fíjate. Ella se encarga de comprar haitianos para venderlos en los centrales para que hagan la zafra. Ella, para ese negocio, necesita de una persona letrada. Como tú eres una persona inteligente, yo no dudo que te haya señalado a tí para tener-te en la falda.

—Así es! — afirmó Doña Tana, comprendiendo todos, la impresión que le producía

ese agujero en la cara de mi amigo

—Pues - prosigo yo; — ahora bien: si es que ella te amarrò, que yo no dudo, pues es una gran bruja, y sé de la necesidad que tiene ella de conseguir una persona de tu calibre, es fácil de saberlo. Tú te bañaste como a las once, ¿no es así?

—Sí, como a las once y media.

—Pues bien; once y media, doce y media.....van seis horas.....Si dentro de una hora no te ha comenzado un fuerte dolor de cabeza, es que no te ha hecho ningùn daño, pero, si el dolor te comienza, nos cuesta mandar a buscar a Bocho (un hermano de doña Tana) quien ha estado mucho por Haití y conoce mucho de brujería, para que te saque el amarre.... Así que esperemos.

No ha corrido el minutero la media hora, euando mi amigo que se ha trancado en su cuarto suponiendo yo que se mudaba la ropa, se presenta a mí con las manos en la cabeza para decirme, que fuera en busca de Bocho, que no podía aguantar el dolor.

Ya estaba bajo el poder de mi sugestión

—Que manden a buscar a Bocho.

Este vino en su caballito al poco rato y lo pusimos en conocimiento de lo que le pasaba al amigo. Le solicitamos sus conocimientos de hechicería (?)

—Bueno — dijo Bocho —; A usted lo



han amarrado, pero es fácil de curar..... Vaya y recoja en el chiquero medio bidón de sica de chivo y dígale a Tana que se lo bierva, que con tres baños que yo le dé y unas oraciones que yo le prepare, no hay poder sobre la tierra que valga. ¿Está usted dispuesto a darse esos tres baños?

—Bueno, si usted cree que se me quita este dolor de cabeza, cómo no - dijo el amigo.

—Pues yo me llegaré a la sabana a trancar las vacas..... y vengo en seguida para curarle; vaya preparándose el baño. Bocho se fuè.

Doña Tana mirando que nuestro amigo empeoraba y estaba dispuesto a bañarse con boñiga de chivo, lo que Bocho sería capaz de hacerle pues se la pelaba por una bellquería, dió por ser ella la curandera y le dijo:

—Bueno; yo le sanaré a usted, pues como el baño no hace mucho que se lo dieron y aún no se le ha entrampao, es fácil sacar ese mal. Yo le voy a hacer un ensalmo. Pero siéntese aquí.

El amigo hizo lo que le mandaron y doña Tana salió para el patio; yo la seguí y nos fuimos a reir detrás de la casa. Entonces tomó doña Tana tres hojas de naranjo; las marea al fuego; va donde el enfermo, y las pone en cruz en la frente amarrándolas con un trapo colorado. Le hace el "tusé". Le dá tres vueltas para la derecha y tres para la izquierda. Lue-

go le manda al altar, que todo campesino siempre tiene preparado en su dormitorio y le recomienda que con mucho fervor rece tres Padre Nuestro y tres Ave María

Corrió nuestro amigo al altar, y el milagro fué hecho.

—Dios mio! Dios mio! Ya me siento bien! He sanado! — corrió diciendo desde el altar a nosotros.

Podéis afirmar la veracidad de este hecho. Bocho y Doña Tana, viven aún en El Cayuco, Dajabón. El nombre de mi amigo me lo reservo por discreción. Lo que les digo, que cuando celebramos con la señora que le dió el baño, de la mala jugada hecha al amigo, rió, como reímos todos a carcajadas, apreciando lo sencillo y crédulo de ciertas almas, y lo que puede la fuerza de la sugestión y lo que vale la fe. Pues si el amigo no tiene fe en doña Tana, y ésta no hubiese hecho su trabajo como si en verdad fuera entendida en esos asuntos, tampoco hubiera curado.



---

---

## CAPITULO XVIII

### EL CREOL

El haitiano habla un francés corrompidísimo, una jerga oscura que ha dado por llamar *creol*. El esclavo no tuvo nunca la confianza, el atrevimiento podríamos decir, de preguntar a su señor, por el significado de tal palabra y a detenerse a su correcta pronunciación. Aquel venía del Africa, y èste hablaba francés, un idioma muy difícil de hablar, de escribir y de pronunciar. El esclavo oía mal y pronunciaba pésimo, pero así fué formándose su jeringonza, que le servía para entenderse entre ellos y comprender a su amo.

Debido al contacto que tuvieron los esclavos con personas más o menos cultas, nacieron las diferentes lenguas del *creol*. Un haitiano de la parte montañosa del Este, no entenderá a su paisano que nació y vivió cerca a la Capital de la República. El de Port-au-Prince, habla un *patuú* mucho más refinado y muy parecido al francés, mientras que aquél, *corta la lengua*, con una jerga oscura y grosera. Hay

una diferencia grandísima entre ambos, una incomprensión fatal para el desenvolvimiento de una civilización integral.

Hay muchas palabras que se pronuncian igual que el francés; otras difieren como de la Tierra a la Luna. Pero la mayoría de las palabras se derivan del francés, aunque el significado en ambas lenguas no sea el mismo. Se cuenta, que antes de la Independencia haitiana, un blanco dejó encinta a una negra esclava, y se fué a pasear por su madre tierra. Cuando regresó a Haití, encontró que la negra había parido dos hermosos mellizos. Los contempla y exclama:

—C'est ma race. [Es mi raza]

Los esclavos que estaban presente, que lo oyeron, pensaron que a los gemelos se les llamaba así, y desde ese día les llamaron: *marasá*. Ellos también los llaman, *jimó*. Podríamos anotar muchos ejemplos curiosos.

## EL MAYOIT

En las *juntas* que hacen para las tumbas de sus conucos, se oirá en su ruda lengua los cantos adecuados que al compás de las hachas destructoras, suben desde los labrantíos, enredados en los bejucos a las altas copas de los añosos árboles, y se pierden en el eco sin fin de las montañas. No cultivarán todo el conu-

co; dejarán un *botao* frente al camino donde colocarán enganchada en un poste de la empalizada, el esqueleto de una cabeza de vaca con sus largos cuernos. Todo esto, para que no le hagan a su conuco mal de ojo. En la línea que divide el barbecho con la parte cultivada, cuando llegan talando ahí, irán poniendo cruces. Por todos los medios hay que evitar el *mayoit*, el mal de ojo. A los niños que son los más propincuos a sufrir el mal de ojo, para librarlos de la causa de esta enfermedad que es la admiración, los trajecitos se los harán con telas de variados colores, de retazos; les colgarán al pescuezo o les amarrarán a una mano un azabache, un colnillo de perro o un collarcito de cuentas de vidrio, teniendo en cuenta que tenga una de color negro. Cada vez que uno le hace una gracia al niño es obligatorio decirle: "Dios lo guarde", para no causarle el penar de que su niño se vaya a enfermar de mal de ojo. Hay curanderas y Bocoses muy entendidos en curar esta enfermedad. En mi novela de costumbres y revoluciones de La Línea "TIERRA MIA", inédita, estadio muchos casos y con más detenimiento.

Hay otra creencia entre los baitianos, de que cuando la ballena está preñada, dicen ellos, se mueren todos los niños que nacen, pues ese animal se los come. ¿Y cuándo es que está preñada? Ellos os dirán que cuando se mue-

ren todos los niños, algunas veces muy corriente, por las pestes a que están expuestos como el Crup, por ejemplo. Podéis ver la ingenuidad de estas gentes, que no piensan que hay tantos cetáceos de esta especie en los mares del mundo, y que suelen estar preñadas, yo creo, cuando les viene en ganas.

### EL DROGUÉ

Todo el mundo aquí ha oído hablar de hombres que están ensalmados, que no les entran balas; estos son, para el haitiano los que están *drogado*.

Hay una leyenda alemana, que leí ha tiempo y no del todo recuerdo, la de Sifredo que es uno de los principales héroes de las leyendas escandinavas y germánicas, contenidas en Los Nibelungos. Es un descendiente de Odín, que se hace invulnerable bañándose en la sangre del dragón al que dió muerte con su mágica espada. Esta leyenda sirve de título y tema a la tercera parte de la tetralogía de R. Wágner: "El Anillo de los Nibelungos".

Sifredo al matar al dragón, casualmente le cae una gota de sangre en la lengua; inmediatamente oye lo que le decían los animales; no recuerdo bien si fué una avecilla que le manifestó se bañase el cuerpo con la sangre

del dragón para hacerse invulnerable. Al bañarse, una hoja que caía de un árbol se le pegó a la espalda y a ese sitio la sangre del dragón no pudo llegar, resultando que ese era el dorso vulnerable por donde podía arrancársele la vida. Entre el murmullo de las fuentes y de los ríos, a través de la heroica Selva Negra, se oye el raudó galopar del corcel, junto al ronco tañer de la bocina de plata del héroe, del semi-dios, rival de los dioses, del valiente y ágil Sigfredo, atraído por los honores, por el fuego y por el oro.

—Tuya es la fuerza y el anillo de oro de los nibelungos, el anillo envidia de gigantes y de enanos; forjado a costa de la hermosura y la gracia, a cambio de renunciar al amor, pero, él te dará el reino del mundo—; le dicen los pájaros del bosque y las voces misteriosas de la selva.

En la cumbre, defendida por un cerco de llamas, encuentra a Brunilda, hermosa y virginal, cuyos ojos ciegan y cuyos brazos abrazan.

Pero él no podía amar, llevaba el anillo discordia de los dioses y de los hombres, que los nibelungos habían forjado maldiciendo al amor; llevaba el oro del Rhin! enlodado y maldito por la ambición de dioses y mortales.

Frente a la mujer amada, Sigfredo siente la pasión abrasadora como el fuego que lo envuelve como en llamas. Pero va a morir,



había sacrificado por el oro, el amor Y, en el sitio vulnerable donde la hoja caída del árbol no dejó bañarse con la sangre del dragón, siente el saetazo mortal..... pero, como decía, hace tiempo que leí esa hermosa leyenda y no del todo la recordaba, prefiriendo ahora contarles aunque va no comulgando con la belleza que inspirara la Polifonía Wagneriana lo que me decía un haitiano: de que en Leogane, una ciudad cerca de Port au Prince, en el departamento Oeste, existen hombres con panales de avispa colgantes de las orejas y de la barba. Justo es advertir, que mi amigo el haitiano, no había ido nunca a Leogane, pero eso se lo contaban personas de su tierra que habían estado según él. Pues, en dicha ciudad, según me cuenta, hay unas pailas como fondos de hacer melado que hierven el agua, sin tener ni una chispa de fuego por debajo. Pues en esas pailas es que uno va a tomar un *droqué*, un resguardo, para que las balas no le entren, para que el filo del puñal no le hiera. y, Dios mío! el silimón de cosas. Ahora bien, antes de salcocharse uno, tiene que hacer un sacrificio. El sacrificio consiste siempre en seres humanos, en niños principalmente, para extraerles la manteca, pues con la manteca de jente se dice se hace uno invisible, y otros es porque así lo pide el Ba Moun o el Luá. No se trasquila al lobo de balde.

Son tan comunes los cuentos de que hay personas que no le entran las balas, que nosotros nos los reservaremos los que tenemos en nuestras anotaciones.

La yagua, que la da regaladamente la hermosa y cimbreante palmera de nuestro trópico, tiene un grandísimo "poder". Para las personas "drogadas", es eficiente preparar un tiro poniéndole pedacitos de yagua. No sólo para eso sirve la yagua, que nosotros empleamos para techar nuestros bohíos, si no que parece tiene otro *don*. Por el 1912 un amigo mío, cayó en una emboscada que le prepararon tres haitianos que venían a robarle. De casualidad no le mataron, al hacerlo fuego con una "vega", de esas llamadas haitianas. Él iba con un amigo y su hermano. El amigo llevaba un 50-70 y un sable, y ellos se defendieron con sus revólvers.

Como uno de los haitianos, al verse repelido y atacado, se dió a la fuga y corría más que una saeta al aire o que un gamo huyendo no se le pudo dar caza. aunque fué perseguido de cerca en una bestia que tenía fama por ligera en el tranque de potros cerreros. Otro cayó en la refriega, y el tercero acorralado, pedía perdón cobardemente, mientras se hincaba compunjado y miedoso. Estaba desnudo, amarrado a la cintura, con una barriga de yagua. En un descuido trata de fugarse, briu.

cándole al del sable como por desarmarle. Este picó la bestia, que era muy briosa, zafándosele al haitiano; y, tomando campo, volvió a toda carrera tendiéndole un sahlazo a la cabeza, que por milagro de Dios, no le partió de banda a banda como determinò de hacer el valiente manchego don Quijote al gallardo vizcaíno ..... tan solo, le desprendió toda una mano, que fué a rodar por el suelo.

### EL ENSALMO DE LA ANGUILA

La anguila tiene como principal cualidad la de ser de piel muy escurridiza así que, los que poseen este ensalmo, se deslizan o escurren con la facilidad de este pez, principalmente, cuando van a pasar un arroyo o un río a pie, por lo que suele ser muy difícil transportarlos como prisioneros si no se toman todas las precauciones que el caso amerita.

Una vez cogieron prisionero a un haitiano pendenciero y ladròn; le amarran las manos lo sientan y le ponen una estaca por entre manos y pies, y le entran éstos dentro de un cepo. Salirse de ahí era imposible si no con oraciones, según me afirman los que lo amarraron. Comienza a llover, y lo dejan en el patio en su instrumento de castigo, solo. Cuando vuelven, ¿dónde está el hombre?. Había puesto los pies en polvorosa. Según todos, este haitiano sa-

bía el ensalmo de la anguila, y se había liberado; de otra manera no sueltan los "nudos de puercos" que le habían puesto en pies y manos.

Cuando los haitianos, pasada la Restauración hicieron preso a Tomás Carrasco (su esposa vive aún, llamada Doña Eutracia), a Carlos y Dionisio Cerda, a uno de apellido Jáquez y a otro que no recuerdo su nombre, para llevarse los de rehén para Cabo Haitiano, al pasar el primer río, los detuvieron. Los *yendarmes* que los custodiaban, fueron entonces a un monte cercano, y cortaron bejuco de pega palo. Vueltos, le bajaron los pantalones a los prisioneros, y le amarraron..... permitidme no decirles por donde. ¿Sabéis por qué lo del pega palo? Pues los *yendarmes* tenían que *ce pañols* se les fueran a volver anguilas y se les escaparan como este pez escurridizo en el agua. Los infelices prisioneros lo que hacían era, que cuando veían una cañada, arroyo o río, mandarse corriendo y pasarle como quien dice de un brinco, para evadir la tortura de la amarrada con el bejuco de pega palo.

De estos infortunados murió de hambre, cargado de cadenas, con un pedazo de cáscara de plátano en la boca, el más viejo de los Cerda en una prisión de Cabo Haitiano.

## EL PRIYÈ

Todos los pueblos les han rendido cultos a

sus muertos. En Egipto tanto preocupó la idea de la muerte, que tratando de asegurar una vida duradera a los que morían, este pueblo se nos presenta como un incansable constructor de sepulcros: Egipto es un enorme cementerio. Ahí están las pirámides de Keops, Kefren y Mikerinos verdaderos monumentos sepulcrales de esos reyes, igual que la Esfinge, la estatua más grande que existe sobre la tierra, esculpida en roca viva, obra gigantesca del arte egipcio. También encontramos el Valle de los Reyes verdadera necrópolis al Oeste de la esplendorosa Tebas. Desde el más alto pico de las colinas tebanas, se contempla este valle austero, apartado de todo signo de vida, donde descansan su sueño de siglos las momias de Amenotep II en su sarcòfago y de Tutankamen, que permanece intacto bajo su dorado sepulcro. Pero yo no vengo a formular el concepto que se formó de la muerte ni del destino del hombre en la vida futura, este pueblo inclinado a hacer perdurable la vida de sus grandes muertos; que dedica todos sus afanes en la obra más famosa de su literatura, "Libro de los muertos" que trata de los ritos, de las ceremonias funerarias y las fórmulas mágicas que debían asegurar al difunto la bienaventuranza en la vida eterna, sino que vengo hablar sencillamente del culto haitiano para sus difuntos.

Estaba donde uno de mis amigos que había perdido a su mujer. La tenían amortajada en medio del rancho, envuelta en una sábana blanca. Lloraban, caían algunas con el *sance*, *motudas*; iban inmediatamente y le decían al oído un ensalmo, y curaban. Luego que dejaban de llorar comenzaban cantando: "Adoguè la made l'Elena, adogué; adogué la made l'Elena, adogué....." y hacían un rosario y una letanía con esta oración. Así se pasó toda la noche, entre lloriqueos y cantos. Por la mañana salieron con la muerta para el cementerio

No cargan como nosotros nuestros muertos en escalera sino que amarrada la caja por dos partes, le introducen un palo. Los que la van a llevar, se tercián una banda o una soga, y se introducen el palo de la litera, por debajo del brazo. No cargan al hombro. Comienzan a caminar en zic-zac, moviendo la caja; luego se mandan corriendo con el muerto, se paran y retroceden y vuelven zangoloteando la litera en zic-zac. Al pasar por frente de las casas, las dueñas cogen agua del canaril y la tiran por la ventana a la calle, no vaya el espíritu del muerto a metèrsele en la tinaja. Cuando es en loma, cargan el muerto entre dos con baboncos a la cabeza.

En la casa del mortuorio, al salir el difunto levantan el altar: una mesa se adorna con

un mantel blanco bordado, se pone un crucifijo cubierto con un paño negro, velas, el símbolo de la serpiente hecha en madera, vértebras de culebras, medallitas de estampa católica, la imagen de San Juan Bautista, del Buen Pastor, de San Santiago, de la Virgen del Carmen, de San Lázaro, los Santos Médicos, el Santísimo, Santa Teresa, San Jorge, La Milagrosa, la Virgen de Lourdes, La Virgen de Altagracia, etc. Pondrán también comida para el muerto; si bebía ron, su botella de aguardiente, su cachimbo, su tabaco. Esto último se oculta debajo del altar. Si jugaba gallo, estará aquí el más preferido de su cuadra. Si eran los dados, la *corna* ocupará su lugar. Listo así, está todo arreglado para el día del *priyé*, que suele celebrarse a los nueve días y muchas veces dura un año y más, según sea el estado económico del que está obligado a rendir esta costumbre piadosa dedicada a sus muertos. El *priyé* se efectúa, con el fin de sacar el espíritu del difunto que se quedará rondando por la casa hasta que no le celebren este culto.

Pasarán toda la noche cantando y comiendo, tomando café y fumando, hasta la albuja del nuevo día. Entonces, con todos los utensilios de comida, dinero, es decir, todo lo que le gustaba al difunto: su jarro de beber café, su plato, su cachimbo, etc. se sale de la casa cantando hasta la cruz del camino, donde se de-

jarán todos estos enseres, botándolos de pronto y dándose a una carrera, de pies para que te tengo, pues suele creerse que el espíritu del muerto se le pega al que se quede atrás.

El Vodú y el Priyé, difiere tan sólo en los cantos y en el ritmo con que tocan los tambuses y cataces. Oficiará en esta ceremonia un Papabocò, con una Mamaluà y se *montarán*, para ver si al muerto se le quedò algo que decir: si ha de cumplir una promesa; si debe el ofrecimiento de un vodú; si dejò su pelona enterrada, etc. etc.

De todo esto, lo más ocurrente es, cuando van a botar el espíritu del muerto a la enrucijada de un camino, que sin volver la cara atrás, regresan a la casa, como viento de tempestad que se lleva el Diablo

## LAS PELONAS O BOTIJAS

Historia de muertos que dan botija, que vuelven a este valle de lágrimas para conversar con los vivos, es ya motivo para otro libro.





---

---

## CAPITULO XIX

### UN VALE QUE FUE A HAITI.

Es un hombre bajito de cuerpo y mal encarado; con una tonsura en una oreja y en la cabeza, de un machetazo que le dió en batalla campal, la cruz que dice puso en su vida. Es vivaz; habla como un locuelo. Unos mal caído boses le cubren el labio superior. El torso está desnudo y la camisa descansa en el barrote de una silla. El pantalón amarrado con una sogá a la cintura, deja al descubierto por lo roto que está, ciertas partes del cuerpo que deberían estar guardadas. El machete, duerme en el suelo, y todo él está snicio como la tierra que termina de desyerbar. El me habió así, mientras el tren viene comiéndose los rieles y trae el estruendo de un vendabal que se arremolina y que sale de todo su cuerpo con estertores de voluptuosidad satisfecha, el pito de cuando en vez apuñaaleaba los aires y el eco parece burlarse del ferrocarril que pasa...enciende su ca-

chimbo y parece que busca el recuerdo que viene a su imaginación y suelta la lengua.

Me había dío pa l' Haití dipué que había matao a l' endebío ese. Pero le cuente: esa mujei había sio mía. Yo era muy desinquieta y la laigué un día, casi poi na. Ei juego era mi vicio. Pero esa mujei y ese hombre con que bibía uitimamente, bibían mai: pasaban miseria. Ei no tenía ma que una camisa tua rota, que no se la apiaba ni pa doimí. Y me dolía ella, que me había tratao en un tiempo bien. Le asiné una carrea de yuca, una piesa de batata y de cuando en cuando le dada mi rasinito de platano.

Comensaron lo jabladore y le desían a ei, que su mujei vivía conmigo. Eso no era beidá. Pero como la poibora y la candela no puen tai junta, un día que ella fue sola a mi rancho, no dimo a recoidai los s'año de nuestro bibío. Y había una yaguita poi ei suelo y sin daino cuenta, boibió a sei mía. Ahora si se dien guto lo jabladore y un día que diba poi ei camino, me salió ei endebío ese, que me taba asechando, y me tendió ese machetaso que que tengo en la oreja. Pero la Vingen de Aitagracia, mira poi su sijo, y parece que me dió con mieo; si me dá cou uu poquito má de fueisa me decocota, no hay dúa. Me le abrusé y aunque taba to llenito de sangre y medio atnido, le púe quitai ei cuchillo y le dí no má que

un pinchasito poi ei lao iquieido, pua quí, saibese ei lugai. Y calló tendío poi ei suelo, y ni mama dijo.

Vinién la s'autoridade y en Santiago me jugan: me echan un añito. Esa e la única cru que he pueto en mi vida. Le digo quei epíritu dei muevo sigue a uno poi epacio de tre o cuatro día. Utè no lo vé, pero lo siente: ta ai lao de uno. Eto se lo afirarán to lo que han pueto su crucesita..... Ei epiritu bagante quiere como bengaise dei que le quitó ei cueipo.

Pero sigo contándole. Cuando me soitaron me juí pa l'Haití. Yo no sabía coitai la lengua; eso jaitiano no jablan sino una reburujina como dei demonio, quei dete lao no entiende. Me cotó jaseime de un haitiano que sabía jablai mi lengua.

Yo diba a jaseime un trabajo a l'Haití. Ei juego era mi bisio. Llegamo ai pueblo de la Riviere; ese meino día no juimo a bei ei Papabocó. Mi compañero ei l'aitiano llamó a la pueita. Entonse vino un gallo de adentro, y aunque utè lo dude no dió lo bueno día; entramo y ei mimo ga lo no puso a cada uno una silla. No sentamo; ei gallo se jué, cuando mi compañero le dijo que quería vei a su amo.

Ai poco rato, vino rodando de adentro un calabaso y se no para eufrente. Mi compañero me dijo que me pusiera en pie y le jase seña ai calabaso; rodando frente a nojotro no guió

hata ei Papabocó

Ète tenía pegá a la baiba un gran panai de abipa. Entonce poi mediación de mi compañero me adebinó a lo que yo venía.

Me dijo que debía baibe a l'otro día. Pero ai salí, se no presentó una haitiana, de coloi indio, como de su coloi, y se puso a jablai en su lengna con mi compañero. Dipué que ella se jué, me dice mi compañero que esa mujei se había interesao poi mí y que debíamos jaseite una bisita.

No juimo poi ei pueblo a daino una buesita y dipué no dirijimo a casa de la mujei. Eta me recibìo como ai Presidente. No guaidó comía y le dijo a mi compañero que yo me quedaría a doime con ella.

Ella no me digutaba, y mi compañero me dejó solo. La mujei me llevó a su cuaitico. Ahí había de to: mucho traje de mujere; un aimario; un tocadoi; un baui grande y de la cama no hai que desí que cabían como siete peisona. Cojió entonse mi mujei, un fraco de esencia, pero no de la mala que benden aquí, sino de esa losión cara y regó poi tua paite.

Ya yo si llegué a mi casa, me dije. Y me dijo que me quitara la ropa y me bañó de esencia. Ei bajo de tanto peifume, casi no se podía aguantai. Bucó una botella y la depaltamo en un do poi tre. Y ne fajamo.....

Mi mujei beudía en ei meicao tela, esen-

sia, clerén y tenía mucho cuaito. Le entregó ei negocito a un ayudante, pue quería tai solo con migo. Me mantenía de to.

Ya llebaba bibiendo en ei l'Haití uno ocho mese. De cuando en ve dibamo a lo *juduse* Dibidè a tui mundo, ni dé mi familia, ni de mi casa me acoidaba. Ni a mi compañero lo veía.

Un día, que fuí a donde ei Papabocò solo, pue la mujei no quería que juera sino con ella, me entrevite con éte, pue la casualida que ahí taba mi compañero ei l'haitiano.

Ei Papabocó me dijo:

—Pué mire hombre esa mujei le ha jecho un trabajo, que lo tiene a utè, que ni de su familia se acueida ni de uté memo. Utè no saídrá de aquí si yo no le jago otro *trabajo*, pa libraise de esa mujei. Ya uté tiene ocho mese aquí y ya yo le tengo preparao la encomienda que le trujo a uté de Santo Domingo. Pero ante tiene que preparaise pa podei salí de aquí. Venga mañana y traiga dinero pa jaseile ei trabajo, pero tiene que sei cuaito dei que tiene esa mujei, y uté verá como pué salí de l'Haití y recoidaise de su familia y de to lo suyo.

Así jise, yo sabía donde ella guáidaba la plata, y cuando se fué pai meicao a jasei la feria, levanté ei cochón y me caigué de cuaito. Me juí donde ei papabocó, quien me jiso una cuanta atomía, y uté pué jurai, que cuando me

vine a vei ya taba dete lao de Juanamende, y recoidaba to. Mientra tube con esa mujei; na ma me acoidaba de comei y doimí.

Traía mi encomienda. . .

—Y cuál era ésta? —le interrumpí preguntándole.

—Bueno, como le desía ai prensipio, mi bisio era ei juego y ei bocò me preparó una coitapluma pa afilai gallo. La coitapluma tenía tre hoja: la ma fina era pa quei gallo que yo afilara con ella, peidiera; la otra tenía una gran mella y seibia pa ganai, y la teisera taba depuntá y to gallo que afilaba con eta, entablaba. También me preparó un pañuelo, pa conseguí mujere. Le digo que cuando taba poi l' Haití, ei Papábocò me enseñó to mi familiare y también la cara de la mujei que yo enteresaba conseguí.

Con ei pañuelo me robe una mujei, pero una ve me dí un jumo de perra y me lo robaron. No pude jasei casi ninguna abería.

Con la coitapluma si le digo que conseguí cuaito, pero yo to lo botaba; gataime jata sien peso en ana parranda, eso no era na. Tuei mundo quería que yo le afilara su gallo. Ya yo tenía lama. A uno se lo afilaba pa ganai y cuando a otro se lo afilaba pa peidei, jugaba ai contrario: siempre ganaba. Cuando eran bueno j'amigo mío y me llamaban a mí pa afile la su gallo, entonse empleaba la

hoja qepuntá pa que empataran, y entonse jugaba a tabla, y ganaba.

—Usted debiera estar más rico que Juan-sito.

—Pero le digo, que yo boté lo cuaito poi fundá.....

—Y todavía tiene usted esa cortaplumas?

—Si le cuento. Yo taba interesao de una mujei, y ella aunque era libre, de la vida, me depresiaba. Pero le pagaron una noche pa que me robara ei coitapluma. Y yo taba medio traguiao, y euando fuí con ella a un rancho, me la robó

—¿Y por qué no se consiguió unos dados preparados.

—Ei juego de dao, e ei ma franco que hay. E ei l'único juego en que la trampa, se paga con honoi. Echaile una "cabra" a uno, requiere, ai daise uno cuenta, deboibeila con una puñalá. Pero un Bocó pué preparaile uno dao, pa solo ganai sin sei "cabra" ni tai "caigao", pero pa sei eso dao se requiere mucha jodienda. Solo hay un gueso, en to ei cueipo de un hombre, que da un pai de dao, pue tiene que sei de un gueso e jente, y de uno que haya sío muy jugadoi. Y le digo, que ei único gueso, que da pa jasei uno dao e ese. Y me señalo la falanje del dedo corazón de su mano derecha.





## EPILOGO

La Linea vivía en un estado inquietante, creado por los haitianos que subrepticamente se habían introducido a nuestro territorio y poblado toda la región fronteriza.

Cupo la gloria al Excelentísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria, echar para su tierra el *peligro negro* y reprimir la invasión pacífica y silenciosa, que no podía tener sino un fin deliberado de fatales consecuencias para el progreso y la integridad nacionales.

La gratitud del pueblo dominicano se levanta para consagrar al Generalísimo Trujillo como su libertador.

Nosotros creemos hacer justicia al afirmar que: en el cumplimiento de sus deberes y en las responsabilidades que ha tenido que asumir para el engrandecimiento de su patria, sus actuaciones habrán de repercutir y de *sentirse más allá de su vida y de su tiempo, en la vida y en la historia del mundo*, como con orgullo exclamara en día memorable.

Las sombras de supersticiones que ayer se teudieron en las soleadas tierras de la frontera empiezan a disiparse... La labor de clarificación que hacen los maestros de escuelas

llevados allí por la iniciativa oportuna del Generalísimo es cada día más efectiva. El Castellano que llega a los habitantes de esos lugares por boca de los misioneros españoles está dando al traste con el último *patuá*, que, salpicando sus conversaciones, amenazaba la independencia de idioma de aquellas regiones.

Las aulas le quitan aquel miedo a lo sobrenatural que se le salía por las ojeras de insomnio al muchacho de nuestros campos.

El ruido de los *tambuses* ha pasado a la categoría de curiosidad, de mera curiosidad turística.. se oye lejos, al otra lado de la frontera, selva adentro. Ya nadie se recuerda que años atrás mantenía en tensión nerviosa a la ingenuidad de poblados y villorrios.

Se piensa ahora en el Generalísimo Trujillo: ¡y un hombre erguido, alto, cruza los horizontes de la Línea Noroeste con una antorcha en la mano!

**FIN**

**Bibliografía:**

**THE MAGIC ISLAND**

por

**W. B. SEABROOK**



*Esta edición ha sido enumerada y corresponde a este volumen el  
No.....*



*Fué terminado de imprimir este libro el día  
23 de noviembre de 1940, X año de la Era  
de TRUJILLO en La Vega Rep. Dom.*



**Doctor**

**Archibaldo Fco Perez**

**Médico Graduado en la Universidad Na-  
cional.**

**Con experiencias adquiridas en los principales  
hospitales de la República,**

**Apto para servicios de**

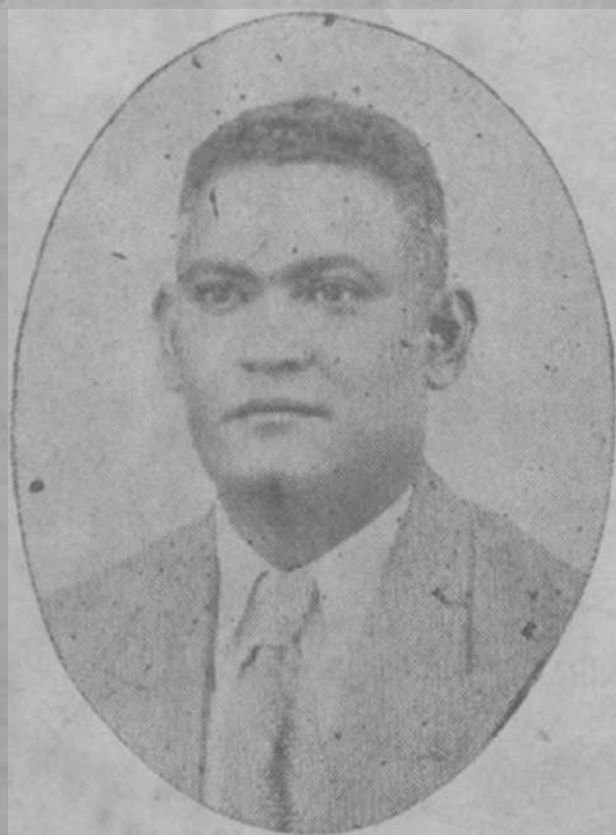
*Medicinas, Cirujía, Tociología y Pediatría.*

**Gabinete Médico situado en  
la**

**Calles "DUARTE" No 26 (Frente a Don  
Federico Basílis)**

**LA VEGA**





*Dr. JOAQUIN SOLIS*  
*De la Universidad Nacional*

*Reputado Médico — Cirujano — Partero, que goza de merecida simpatías en el seno de la sociedad ve-gana, por su espíritu progresista y su filantrópica actuación*

**Escudo de La**

**Vega Real**

**y**

**Dos Negritos**

**Font Gamundi & Cia. C. por A.**

**LA VEGA**

**Casa ANTUÑA****Calle PRESIDENTE TRUJILLO****SANTIAGO**

**Grandes Existencias de Sombreros  
Abastecemos con nuestros Sombreros  
las mejores tiendas del país.**

